DOUGLAS ADAMS

La vida, el universo y todo lo demás

3ª edición



CONTRASEÑAS

EDITORIAL ANAGRAMA

La vida, el universo y todo lo demás

Douglas ADAMS

Autoestopista galáctico - 3



mipapyreebookreader.foroes.net
El libro **La vida, el universo y todo lo demás** de **Douglas ADAMS**
publicado por la editorial **Anagrama**, ISBN: **9788433973702**
fue creado el 2010-10-27 — conforme estandar BBPP LARdT v1.14
Título original: ***Life, the Universe and Everything*** traducido por
Benito Gómez Ibáñez

Versión Actual: 2010-10-27
Versión Plantilla CSS: BBPPLARdTv1_141.css

Más libros, más libres

1

Muy de mañana, Arthur Dent emitió el habitual grito de horror al despertarse y de pronto recordó dónde se encontraba. No se trataba simplemente de que hiciese frío, ni de que la caverna fuese húmeda y maloliente. Sino de que estaba en pleno slington y de que no pasaría un autobús hasta dentro de dos millones de años.

Por decirlo así, el tiempo es el peor sitio para perderse, como Arthur Dent podía atestiguar, pues se había perdido bastantes veces tanto en el tiempo como en el espacio. Al menos, el extraviarse en el espacio le tiene ocupado a uno.

Se hallaba perdido en la prehistoria terrestre a consecuencia de una compleja serie de acontecimientos por los cuales se vio alternativamente reprendido e insultado en más regiones extrañas de la Galaxia de lo que nunca soñara, y aunque ahora la vida se había vuelto muy, pero que muy tranquila, todavía se sentía nervioso.

Hacía ya cinco años que no le regañában.

Como apenas había visto a nadie desde que Ford Prefect y él se separaran cuatro años antes, tampoco le habían insultado en todo ese tiempo.

Salvo una sola vez.

Ocurrió cierta tarde de primavera, unos dos años antes.

Volvía a la cueva poco después de oscurecer, cuando descubrió unas luces misteriosas que destellaban entre las nubes. Se dio la vuelta y miró con fijeza mientras la esperanza renacía súbitamente en su corazón. Rescate. Escapatoria. El sueño imposible del náufrago: una nave.

Y mientras observaba sin apartar la vista, pasmado, lleno de emoción, una nave larga y plateada descendía por el aire cálido de la noche con suavidad, sin ruido, abriendo sus largas patas en un delicado ballet tecnológico.

Se posó en el suelo mansamente, y el pequeño murmullo que emitía se apagó como arrullado por la calma del anochecer.

Se extendió una rampa.

Brotó luz hacia afuera.

Una silueta alta apareció perfilada en la escotilla. Bajó por la rampa y se paró delante de Arthur.

—Eres un pelma, Dent —se limitó a decir.

Era un ser muy raro. Tenía una altura singularmente extraña, una cabeza anormalmente aplastada, unos ojillos insólitamente achinados, una túnica dorada de pliegues extravagantes con un modelo de cuello nunca visto, una piel original, gris verdosa, y el viso lustroso que las caras de ese color sólo adquieren con mucho ejercicio y jabón muy caro.

Arthur estaba sobrecogido.

Aquel rostro le miraba fijamente.

Las primeras emociones de esperanza y ansiedad quedaron al instante arrolladas por el pasmo, y toda clase de ideas combatían en aquel momento por el uso de sus cuerdas vocales.

—¿Quii...? —dijo.

—Uu... ju... aj... —añadió.

—¿Quién... ra... ru... uu? —logró preguntar al fin, cayendo en una especie de silencio frenético. Sufría los efectos de no haber hablado con nadie desde no sabía cuándo.

La extraña criatura frunció brevemente el entrecejo y consultó lo que parecía cierta clase de apuntes en una tablilla que sostenía en su espigada y curiosa mano.

—¿Arthur Dent? —preguntó.

Arthur asintió débilmente.

—¿Arthur Philip Dent? —insistió con una especie de ladrido eficaz aquel extraño ser.

—Mm... mm... sí... mm... mm... —confirmó Arthur.

—Eres un pelma —repitió la criatura—, un perfecto gilipollas.

—Mm...

La criatura asintió para si, hizo un extraña marca sobre la tablilla y se volvió bruscamente hacia la nave.

—Mm —dijo Arthur, desesperado—, mm...

—No me vengas con ésas —replicó la criatura. Subió la rampa, entró por la escotilla y desapareció en la nave, que se cerró emitiendo un murmullo vibrante y apagado.

—¡Mm, oye! —gritó Arthur, echando a correr inútilmente—. ¡Espera un momento! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¡Espera un momento!

La nave se elevó como si su peso fuera una capa arrojada al suelo, planeando brevemente. Ascendió extrañamente por el cielo nocturno. Atravesó las nubes, iluminándolas por un instante, y luego desapareció, dejando solo a Arthur, que bailaba impotente una danza mínima en un

territorio inmenso.

—¿Cómo? —gritó—. ¿Qué? ¿Cómo? ¡Vuelve aquí y repítelo!

Saltó y danzó hasta que le temblaron las piernas, gritando hasta irritarse los pulmones. Nadie le respondió. No había nadie para oírle o hablarle.

La extraña nave ya hendía como un trueno las altas capas de la atmósfera, de camino al pasmoso vacío que separa las poquísimas cosas que existen en el Universo.

Su ocupante, la criatura extraña de la cara tez, se reclinó en su asiento individual. Se llamaba Wowbagger el Infinitamente Prolongado. Tenía un objetivo. No muy bueno, tal como él mismo sería el primero en admitir, pero era una meta y al menos le mantenía ocupado.

Wowbagger el Infinitamente Prolongado era —es, en realidad— uno de los poquísimos seres inmortales del Universo.

Los que nacen inmortales saben superar el problema de manera instintiva, pero Wowbagger no se contaba entre ellos. El caso es que había llegado a odiar a todos aquellos serenísimos hijoputas. Había adquirido la inmortalidad de manera involuntaria, por un lamentable accidente con un estúpido acelerador de partículas, un almuerzo líquido y un par de gomas elásticas. Los detalles precisos del accidente carecen de importancia, pues nadie ha logrado jamás reproducir las circunstancias exactas en que ocurrió, y al intentarlo muchos han acabado con un aire de suma idiotez, o muertos.

Wowbagger cerró los ojos con expresión cansada y sombría, puso un jazz ligero en el estéreo de la nave y pensó que podía haberlo logrado de no haber sido por las tardes de domingo; sí, lo habría conseguido.

Para empezar, era divertido, se lo pasaba bien viviendo peligrosamente, corriendo riesgos, ganando una fortuna con inversiones muy productivas a largo plazo, y en general sobreviviendo mucho a todo el mundo.

Al final, lo que no podía soportar eran las tardes de domingo y esa horrible apatía que empieza a presentarse hacia las tres menos cinco, cuando se es consciente de que ya se han tomado todos los baños útiles posibles, de que por mucho que se mire a cualquier párrafo determinado de los periódicos nunca se llegará a leerlo de verdad ni a utilizar la nueva y revolucionaria técnica de poda que describe, y de que, mientras se mira el reloj,

las manillas se mueven implacables hacia las cuatro y uno entra en la larga y sombría hora del té del alma.

De modo que las cosas empezaron a perder interés para él. Comenzaron a desaparecer las alegres sonrisas que solía esgrimir en los

entierros de la gente. Empezó a despreciar al Universo en general y a todos sus habitantes en particular.

Ese fue el momento en que concibió su propósito, lo que le haría seguir adelante y que, hasta donde podía imaginar, le mantendría para siempre en movimiento. Era esto:

Insultaría al Universo.

Es decir. insultaría a todos sus habitantes. De manera individual, personal, uno por uno, y (eso era lo que más le hacía rechinar los dientes) en orden alfabético.

Cuando la gente objetaba, como hacía algunas veces, que el plan no sólo era descabalado sino también imposible debido a la cantidad de gente que nace y muere a cada momento, él se limitaba a lanzarles una mirada severa, diciendo:

—Uno tiene derecho a soñar, ¿no?

Y así empezó. Equipó una astronave, construida para que durase mucho tiempo, con un ordenador capaz de manejar todos los datos informáticos necesarios para no perder de vista a toda la población del Universo conocido y averiguar las rutas pertinentes, horriblemente complicadas.

Su nave surcó las órbitas internas del sistema estelar de Sol, disponiéndose a rodear el sol para lanzarse al espacio interestelar como disparada por un tirachinas.

—Ordenador —dijo.

—¡Presente! —aulló el ordenador.

—¿A dónde nos dirigimos ahora?

—Estoy calculándolo.

Wowbagger contempló por un instante la fantástica pedrería de la noche, los billones de diamantes de los mundos diminutos que espolvoreaban de luz la oscuridad infinita. Todos y cada uno de ellos estaban incluidos en su itinerario. Por la mayoría tendría que pasar millones de veces.

Por un momento imaginó que su ruta conectaba con todos los puntos del espacio lo mismo que las piezas numeradas de un rompecabezas infantil. Esperaba que desde algún lugar destacado del Universo pudiera leerse en ella una palabra muy, muy grosera.

El ordenador emitió un zumbido monótono para indicar que había concluido los cálculos.

—Folfanga —dijo, y siguió zumbando.

—Al mundo Cuarto del sistema de Folfanga —prosiguió, continuando con el zumbido.

—Duración prevista del viaje, tres semanas —insistió, zumbando otra vez.

—Para encontrarse con un zángano insignificante —zumbó— de la especie A—RzUrp–Gil–Ipdenú.

—Creo —añadió tras una breve pausa durante la cual zumbó— que decidiste llamarle «culo sin seso».

Wowbagger emitió un gruñido. Durante un par de segundos contempló la majestad de la creación, que se asomaba a su ventana.

—Me parece que voy a echarme una siesta —dijo, y añadió—: ¿Por qué zonas reticulares tendremos que pasar durante las próximas horas?

El ordenador zumbó.

—Cosmovid, Ideapix y Compartimiento Cerebral Hogareño —dijo el ordenador, zumbando de nuevo.

—¿Hay alguna película que no haya visto ya treinta mil veces?

—No.

—Ah.

—Tenemos Angustia en el espacio. Esa sólo la has visto treinta y tres mil quinientas diecisiete veces.

—Despiértame al segundo rollo.

El ordenador zumbó.

—Que duermas bien —le deseó.

La nave siguió volando a través de la noche.

Entretanto, en la Tierra empezó a llover a cántaros. Arthur Dent se quedó en la cueva y pasó una de las tardes más soberanamente aburridas de toda su vida, pensando en las cosas que podía haber dicho a aquella criatura y cazando moscas, que también pasaron un mal rato.

Al día siguiente hizo una bolsa de piel de conejo porque pensó que podría serle útil para guardar cosas.

2

Aquel día, dos años después, al salir de la caverna que llamaba hogar hasta que se le ocurriera un nombre más apropiado o encontrara una cueva mejor, descubrió que la mañana era suave y fragante.

Aunque tenía otra vez la garganta irritada por el grito de horror de la madrugada, de pronto se sintió de un humor fantástico. Se abrigó con la gastada bata, apretándosela bien contra el cuerpo, y contempló la mañana rebosante de alegría.

El aire era claro y fragante, la brisa removía suavemente la alta hierba que rodeaba la cueva, los pájaros intercambiaban sus trinos y toda la naturaleza parecía conspirar para resultar lo más agradable posible.

Pero lo que producía en Arthur un sentimiento de tanta alegría no eran los placeres bucólicos. Se le acababa de ocurrir una idea maravillosa para combatir su tremendo aislamiento, las pesadillas, el fracaso de todos sus ensayos de horticultura, la absoluta ausencia de futuro y la inutilidad de su vida en la prehistoria terrestre: decidió volverse loco.

De nuevo se sintió rebosar de alegría y tomó un mordisco de una pata de conejo que le quedó de la cena. La masticó contento durante unos instantes y luego pensó en anunciar formalmente su decisión.

Se puso bien derecho y miró de frente al mundo, fijando la vista en los campos y colinas. Para dar peso a sus palabras se colocó en el pelo el hueso de conejo. Extendió los brazos de par en par.

—¡Voy a volverme loco! —anunció.

—Buena idea —comentó Ford Prefect, bajando a gatas de la peña en que se sentaba.

Arthur sufrió un sobresalto mental. Su mandíbula se le cerró espasmódicamente.

—Yo me volví loco una temporada —explicó Ford Prefect—. Me sentó la mar de bien.

Los ojos de Arthur dieron saltos mortales.

—Mira... —dijo Ford.

—¿Dónde has estado? —le interrumpió Arthur, una vez que su cerebro dejó de trabajar.

—Por ahí; dando vueltas —dijo Ford, sonriendo de una forma que, sin equivocarse, consideró irritante—. No hice más que desengancharme mentalmente durante un tiempo. Supuse que si el mundo me necesitaba con urgencia me llamaría. Y me llamó.

De su bolso, ya tremendamente gastado y estropeado, sacó el Subeta Sensomático.

—Al menos —prosiguió—, creo que llamó. Esto ha estado sonando un rato. —Lo sacudió—. Como haya sido una falsa alarma, me vuelvo loco otra vez.

Arthur meneó la cabeza y se sentó. Alzó la vista.

—Pensé que habías muerto... —alcanzó a decir.

—Yo también lo creí durante un tiempo —convino Ford—, y luego decidí ser un limón durante un par de semanas. En todo ese tiempo me divertí saltando dentro y fuera de una tónica con ginebra.

Arthur carraspeó. Volvió a hacerlo.

—¿Dónde encontraste.. . ? —preguntó.

—¿La tónica con ginebra? —dijo alegremente Ford—. Vi un lago pequeño, creí que era tónica con ginebra y me dediqué a entrar y salir de él. Al menos me parece que lo tomé por tónica con ginebra. Es posible —añadió con una mueca que habría hecho encaramarse a los árboles a hombres cuerdos— que lo imaginara.

Esperó a que Arthur contestara, pero éste conocía el truco.

—Sigue —dijo con calma.

—Mira —dijo Ford—, el caso es que no tiene sentido volverse loco para dejar de estarlo. Es mejor olvidarlo y guardar la cordura para después.

—Y aquí estás, cuerdo de nuevo, ¿no? —dijo Arthur—. Lo pregunto sólo por curiosidad.

—Fui a Africa —informó Ford.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Esta es tu cueva, ¿verdad?

—Pues sí —contestó Arthur. Se sentía muy raro. Después de casi cuatro años de aislamiento total sentía tal alivio y placer de ver a Ford que estaba a punto de llorar. Por otro lado, Ford era una persona que resultaba molesta casi al instante.

—Muy bonita —comentó Ford, refiriéndose a la cueva de Arthur—. Debes de odiarla.

Arthur no se molestó en contestar.

—Africa es muy interesante —dijo Ford—. Allí me comporté de una

manera muy rara.

Miró pensativo a la lejanía.

—Me aficioné a ser cruel con los animales —dijo en tono frívolo, y añadió—: pero sólo para entretenerme.

—¿Ah, sí? —dijo Arthur, cauteloso.

—Sí —afirmó Ford—. No te molestaré con los detalles porque...

—¿Qué?

—Te molestarían. Pero tal vez te interese saber que yo solito soy responsable de la forma evolucionada del animal que en siglos posteriores has llegado a conocer como jirafa. Además, traté de enseñarle a volar. ¿Me crees?

—Cuéntame —dijo Arthur.

—Más tarde. Sólo mencionaré lo que dice la Guía...

—¿La...?

—La Guía. La Guía del autoestopista galáctico. ¿Recuerdas?

—Sí. Recuerdo que la tiré al río.

—Sí —convino Ford—, pero yo la saqué.

—No me lo dijiste.

—No quería que volvieras a tirarla.

—Muy justo —admitió Arthur—. ¿Y qué dice?

—¿El qué?

—¿Qué dice la Guía?

—La Guía dice que volar es un arte; o más bien un truco. El truco consiste en aprender a tirarse al suelo y fallar.

Sonrió débilmente. Señaló las rodilleras de los pantalones y luego los codos. Estaban gastados y desgarrados.

—Hasta ahora no me ha salido muy bien —prosiguió.

Extendió la mano y añadió:

—Me alegro mucho de volver a verte, Arthur.

Arthur sacudió la cabeza en un acceso súbito de asombro y emoción.

—Hace años que no veo a nadie —dijo—, a nadie. Ni siquiera recuerdo cómo se habla. Se me olvidan palabras. Pero practico. Practico hablando con... hablando con..., ¿cómo se llaman esas cosas que si hablas con ellas la gente cree que estás loco? Como Jorge Tercero.

—¿Reyes? —sugirió Ford.

—No, no. Las cosas con las que solía hablar. Estamos rodeados de ellas, por amor de Dios. Yo mismo he plantado cientos de ellas. Todas han muerto. ¡Arboles! Practico hablando a los árboles. ¿Para qué es eso?

Ford aún tenía la mano tendida. Arthur la miraba sin comprender.

—Estréchala —urgió Ford.

Así lo hizo Arthur, nervioso al principio, como si resultara ser un pez. Luego la apretó con fuerza con ambas manos con una abrumadora oleada de alivio. La estrechó una y otra vez.

Al cabo de un rato, Ford creyó necesario retirarla. Se encaramaron a la cresta de una peña cercana y reconocieron el terreno circundante.

—¿Qué pasó con los golgafrinchanos? —preguntó Ford.

Arthur se encogió de hombros.

—Muchos de ellos no sobrevivieron al invierno de hace tres años —dijo—, y los pocos que quedaron en primavera dijeron que necesitaban unas vacaciones y se marcharon en una balsa. La historia afirma que debieron sobrevivir...

—Ya —dijo Ford—. Vaya, vaya.

Puso las manos en las caderas y volvió a mirar en torno, al mundo vacío. De pronto, Ford emitió una sensación de energía y decisión.

—Nos vamos —dijo con entusiasmo, vibrando de energía.

—¿A dónde? ¿Cómo? —inquirió Arthur.

—No sé —confesó Ford—, pero noto que es el momento oportuno. Van a pasar cosas. Saldremos de aquí.

Bajó la voz y prosiguió en susurros:

—He observado alteraciones en la colada.

Aguzó la vista hacia la lejanía y en aquel momento pareció como si quisiera que el viento le despeinara dramáticamente, pero el aire se dedicaba a jugar con unas hojas a cierta distancia.

Arthur le pidió que repitiera lo que acababa de decir porque no le había entendido bien. Ford lo repitió.

—¿La colada? —inquirió Arthur.

—La colada espacio–temporal —contestó Ford, que descubrió los dientes al viento al pasar brevemente por su lado en aquel momento.

Arthur asintió con la cabeza y luego carraspeó.

—¿Hablamos de alguna especie de lavandería vogona —preguntó con cautela—, o de qué?

—De remolinos en el continuo del espacio/tiempo.

—Ah —asintió Arthur—, ¿son ellos? ¿Son ellos?

Metió las manos en los bolsillos de la bata y miró a la lejanía con aire de conocedor.

—¿Cómo? —preguntó Ford.

—Hmm —dijo Arthur—, ¿quiénes son exactamente esos tipos, entonces?

—¿Quieres escucharme? —saltó Ford, lanzándole una mirada colérica.

—Te escucho —repuso Arthur—, pero no estoy seguro de que sirva

para algo.

Ford le agarró de las solapas de la bata y le habló con tanta claridad, lentitud y paciencia como si perteneciese al departamento de contabilidad de una compañía telefónica.

—Parece... haber... bolsas... de inestabilidad... en el tejido...

Arthur miró tontamente la tela de la bata por donde Ford le agarraba.

—...en el tejido del espacio/tiempo —se apresuró a concluir

Ford antes de que Arthur convirtiera su estúpida expresión en una observación tonta.

—Ah, ya —dijo Arthur.

—Sí, eso —confirmó Ford.

Solos y erguidos en un promontorio de la Tierra prehistórica, se miraron resueltamente a la cara.

—¿Y qué le ha pasado? —preguntó Arthur.

—Ha creado bolsas de inestabilidad.

—¿Sí? —dijo Arthur, sin pestañear por un momento.

—Sí —repitió Ford, con el mismo grado de inmovilidad ocular.

—Bien —comentó Arthur.

—¿Entiendes? —preguntó Ford.

—No.

Hubo una pausa silenciosa.

—Lo malo de esta conversación —dijo Arthur después de que una especie de expresión meditativa ascendiera despacio por su rostro como un montañero que escalara una cresta difícil—, es que es muy diferente de la mayoría que he mantenido últimamente. Y como ya te he explicado, han sido principalmente con árboles. No eran como ésta. Salvo, quizás, algunas que he tenido con olmos, que a veces se atascan un poco.

—Arthur —dijo Ford.

—Dime. ¿Sí? —dijo Arthur.

—Limítate a creer todo lo que te diga, y todo te resultará sencillísimo.

—Pues no estoy seguro de creerme eso.

Se sentaron a ordenar las ideas.

Ford sacó el Subeta Sensomático. Hacía ruidos vagos y susurrantes al Vempo que una luz diminuta se encendía débilmente.

—¿Se han acabado las pilas? —preguntó Arthur.

—No —contestó Ford—; hay una alteración móvil en el tejído espacio–temporal, un remolino, una bolsa de inestabilidad, y está en algún sitio cerca de nosotros. —

—¿Dónde?

Ford movió despacio el aparato describiendo a sacudidas un pequeño

semicírculo. De pronto centelleó la luz.

—¡Allí! —exclamó Ford alargando el brazo—. ¡Allí, detrás de aquel sofá!

Arthur miró. Para su gran sorpresa, había un sofá de colores vivos en el campo, delante de ellos. Lo observó con un sobresalto inteligente. Astutas preguntas le vinieron a la mente.

—¿Por qué hay un sofá en ese campo? —inquirió.

—¡Te lo he dicho! —gritó Ford, poniéndose en pie de un salto—. ¡Hay remolinos en el continuo del espacio/tiempo!

—Y ése es su sofá, ¿verdad? —preguntó Arthur, tratando de incorporarse y, según esperaba, aunque no con mucho optimismo, de recobrar el juicio.

—¡Arthur! —le gritó Ford—. Ese sofá está ahí a causa de la inestabilidad espacio–temporal que estoy tratando de que se te meta en esa cabeza estupidizada sin remedio. ¡Se ha escurrido del continuo, se trata de un desecho espacio–temporal, y sea lo que sea, tenemos que cogerlo, es nuestro único medio de salir de aquí!

Bajó rápidamente del promontorio rocoso y se alejó por el campo.

—¿Cogerlo? —murmuró Arthur.

Divertido, frunció el entrecejo al ver que el sofá saltaba y flotaba perezosamente sobre la hierba.

Con un alarido de placer completamente inesperado bajó la peña de un salto y emprendió una persecución frenética en pos de Ford Prefect y de aquel mueble insensato.

Corrieron sin tino por la hierba, brincando, riendo y gritándose instrucciones mutuamente para encaramar al objeto por uno u otro lado. El sol brillaba soñoliento entre la hierba ondulante y pequeños animales campestres se dispersaban locamente a su

paso.

Arthur se sentía feliz. Le gustaba mucho que por una vez el día se ajustara tanto a un plan preestablecido. Sólo hacía veinte minutos que decidiera volverse loco, y en aquel momento ya estaba persiguiendo un sofá por los campos de la Tierra prehistórica.

El sofá siguió saltando por aquí y por allá, pareciendo al mismo tiempo tan sólido como los árboles que sobrevolaba, y tan nebuloso como un sueño agitado cuando atravesaba otros a la manera de un fantasma.

Ford y Arthur lo perseguían sin orden ni concierto, pero el sofá los esquivaba haciendo regates como si describiera su propia y compleja topografía matemática, cosa qué hacía. Cuanto más lo perseguían, más bailaba y giraba, y de pronto se volvió, descendió como si rebasara el límite

de la representación gráfica de una catástrofe y ellos se encontraron prácticamente encima de él. Con un grito y un empellón saltaron sobre él, el sol parpadeó, cayeron en una nada nauseabunda y emergieron inesperadamente en pleno centro del campo de Lord's Cricket Ground de St. John's Wood, en Londres, hacia la conclusión de la foral nacional de la Serie Australiana en el año de 198..., cuando Inglaterra solamente necesitaba veintiocho tantos para conseguir la victoria.

3

Acontecimientos importantes de la historia de la Galaxia, número uno:

(Reproducido de la Historia popular de la Galaxia, de la Gaceta Sideral.)

El cielo nocturno del planeta Krikkit es el panorama menos interesante de todo el Universo.

4

En el Lord's hacía un día delicioso y encantador cuando Ford y Arthur cayeron a la ventura de una anomalía espacio–temporal y aterrizaron en el inmaculado césped, bastante duro.

El aplauso de la multitud fue tremendo. No era para ellos, pero de todos modos se incorporaron por instinto; afortunadamente, pues la pesada pelotita roja a la que aplaudía la multitud pasó silbando a unos milímetros de la cabeza de Arthur. Un espectador sufrió un colapso.

Se arrojaron al suelo, que parecía dar horribles vueltas en torno a ellos.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Arthur.

—Algo rojo —musitó Ford.

—¿Dónde estamos?

—Pues..., en algo verde.

—Formas —masculló Arthur—. Necesito formas.

A la ovación de la multitud sucedieron en seguida jadeos de asombro y risitas ahogadas de centenares de personas que aún no habían decidido si creer o no lo que acababan de ver.

—¿Es suyo este sofá? —preguntó una voz.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Ford.

Arthur levantó la vista.

—Algo azul —dijo.

—¿De qué forma?

Arthur volvió a mirar.

—Tiene la forma —musitó Ford, con el ceño fieramente fruncido— de un policía.

Se quedaron en cuclillas durante unos momentos, con el entrecejo muy junto. El objeto azul con forma de policía les dio unos golpecitos en el hombro.

—Vamos, ustedes dos —dijo la forma—, circulen.

Esas palabras tuvieron para Arthur el efecto de una sacudida eléctrica. Se puso en pie de un salto, como un escritor que oye el timbre del teléfono, y lanzó una serie de miradas sorprendidas al panorama que le rodeaba y que súbitamente había cobrado un aspecto tremendamente ordinario.

—¿De dónde han sacado esto? —gritó a la forma de policía.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó la sorprendida forma.

—Esto es el Lord's Cricket Ground, ¿verdad? —inquirió a su vez Arthur, con brusquedad—. ¿Dónde lo han encontrado? ¿Cómo lo han traído hasta aquí? Creo —añadió, llevándose la

mano a la frente— que será mejor que me calme.

Bruscamente, se puso en cuclillas delante de Ford.

—Es un policía —anunció—. ¿Qué hacemos?

Ford se encogió de hombros.

—¿Qué quieres hacer tú? —preguntó.

—Quiero —contestó Arthur— que me digas que he estado soñando durante los últimos cinco años.

Ford volvió a alzar los hombros y le siguió la corriente.

—Has estado soñando durante los últimos cinco años —dijo.

Arthur se puso en pie.

—De acuerdo, agente —dijo—. He estado soñando durante los últimos cinco años. Pregúntele —añadió, señalando a Ford—. El también estaba.

Seguidamente, se encaminó hacia la banda del campo limpiándose la bata. Entonces la observó y se detuvo. La miró fijamente. Se precipitó hacia el policía.

—¿Y de dónde he sacado yo esta ropa? —aulló.

Cayó al suelo y se retorció sobre el césped.

Ford meneó la cabeza.

—Ha pasado dos millones de años malos —explicó al policía.

Entre los dos pusieron a Arthur sobre el sofá y lo llevaron fuera del terreno de juego sin dificultades, salvo por la súbita desaparición del sofá en el trayecto.

A todo esto, las reacciones del público eran muchas y variadas. La mayoría de la gente no toleraba ver el espectáculo, y en cambio lo oía por la radio.

—Vaya, qué incidente tan interesante, Brian —dijo un comentarista radiofónico a otro—. Me parece que no ha habido materializaciones misteriosas en el campo de juego desde... desde...; pero no creo que se haya producido ninguna..., ¿verdad?..., que yo recuerde...

—¿Edgbaston, en 1932?

—¡Ah! ¿Y qué pasó entonces?

—Pues, Peter, creo que Canter estaba frente a Willcox, que se dirigía a marcar desde el extremo del pabellón, cuando un espectador echó a correr de repente por medio del campo.

Hubo una pausa durante la cual el primer comentarista consideró esas

palabras.

—S ...í —dijo—, sí, eso no tiene nada de misterioso, ¿verdad? En realidad, no se materializó, ¿eh? Sólo echó a correr.

—No, eso es cierto, pero afirmó haber visto que algo se materializaba en el campo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Una especie de cocodrilo, según creo.

—Ya. ¿Y lo vio alguien más?

—Al parecer, no. Y nadie fue capaz de sacarle una descripción detallada, de manera que sólo se emprendió una búsqueda muy superficial.

—¿Y qué le ocurrió al espectador?

—Pues creo que alguien le invitó a almorzar, pero él explicó que ya había comido muy bien, de manera que se olvidó el asunto y Warwickshire siguió el juego ganando por tres tantos.

—Así que no se parece mucho al presente caso. A aquellos de ustedes que acaben de sintonizarnos les interesará saber que, hmmm... dos hombres, dos hombres zarrapastrosos y todo un sofá..., ¿un sofá grande, me parece?...

—Sí, un sofá grande.

—...se han materializado en este momento en pleno campo de juego del Lord's Cricket. Pero no creo que pretendieran hacer daño alguno, se han mostrado benévolos y...

—Perdona que te interrumpa un momento, Peter, para decir que el sofá acaba de desaparecer.

—Es cierto. Bueno, un misterio menos. Sin embargo, creo decididamente que es un caso digno de pasar a los anales, sobre todo al ocurrir en este momento dramático del juego, cuando Inglaterra sólo necesita veinticuatro tantos para ganar la final. Los dos hombres están saliendo del terreno de juego acompañados de un agente de policía, y me parece que todo el mundo se está calmando y que el juego está a punto de reanudarse de nuevo.

—Y ahora, caballero —dijo el policía después de abrirse paso entre la curiosa multitud y de depositar el cuerpo tranquilamente inerte de Arthur sobre una manta—, tal vez tenga la amabilidad de decirme quiénes son ustedes, de dónde vienen y de qué trataba esa escenita.

Ford miró un momento al suelo como si se preparase para tomar alguna determinación, luego levantó la cabeza y lanzó al policía una mirada que le alcanzó con toda la fuerza de cada milímetro de los seis años luz de distancia entre la Tierra y la casa de Ford en los alrededores de Betelgeuse.

—Muy bien —dijo Ford con voz muy queda—, se lo contaré.

—Sí, bueno, no es necesario —se apresuró a contestar el policía—,

sólo que no deje que vuelva a ocurrir lo mismo, fuera lo que fuese.

El policía se volvió y marchó en busca de cualquiera que no fuese de Betelgeuse. Por fortuna, el campo estaba lleno de ellos.

La conciencia de Arthur se aproximó a su cuerpo como desde una gran distancia y de mala gana. Había pasado en él algunos malos ratos. Poco a poco, nerviosa, entró en él y se instaló en su posición acostumbrada.

Arthur se incorporó.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En el campo de Lord's Cricket —contestó Ford.

—Estupendo —comentó Arthur mientras su conciencia volvía a salir para tomarse un breve respiro. Su cuerpo se desplomó de nuevo sobre el césped.

Diez minutos después, encorvado sobre una taza de té en el pabellón del bar, el color empezó a volver a su demacrado rostro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ford.

—Como en casa —repuso Arthur con voz ronca.

Cerró los ojos inhalando ansiosamente el humo del té como si fuese..., bueno, por lo que tocaba a Arthur, como si fuese té; y lo era.

—Estoy en casa —repitió—. En casa. Esto es Inglaterra y hoy es hoy; la pesadilla ha terminado. —Abrió los ojos de nuevo y sonrió serenamente, añadiendo con un murmullo emocionado—: Me encuentro en el sitio al que pertenezco.

—Hay dos cosas que, según creo, debería decirte —respondió Ford, tirándole un ejemplar del Guardian por encima de la mesa.

—Estoy en casa —repitió Arthur.

—Sí —dijo Ford, señalando la fecha de la cabecera del periódico—. Una es que la Tierra será demolida dentro de dos días.

—Estoy en casa —insistió Arthur—. Té, criquet —añadió con placer—, césped cuidado, bancos de madera, chaquetas blancas de lino, botes de cerveza...

Poco a poco empezó a centrar su atención en el periódico. Inclinó la cabeza a un lado con el ceño levemente fruncido.

—Este ya lo he visto antes —comentó. Su mirada subió despacio hacia la fecha, sobre la que Ford daba golpecitos indolentes. Su rostro se inmovilizó durante un par de segundos y luego empezó a hacer ese ruido terrible y lento con el que los témpanos de hielo del Artico se desmoronan tan espectacularmente en primavera.

—Y la otra —prosiguió Ford, bebiéndose el té de un trago—, es que pareces tener un hueso en la barba.

Fuera del pabellón del bar, el sol brillaba sobre una muchedumbre

feliz. Relucía en los sombreros blancos —y en las caras rojas. Centelleaba sobre los helados y los fundía. Espejeaba en las lágrimas de los niños cuyos helados acababan de fundirse, desprendiéndose del palo. Fulguraba en los árboles, destellaba en los remolinos descritos por los bates de criquet, refulgía en el objeto absolutamente extraordinario que se había detenido tras los marcadores y que al parecer nadie había observado. Y cayó sobre Arthur y Ford cuando salieron del pabellón del bar, guiñando los ojos para examinar la escena que les rodeaba.

Arthur estaba temblando.

—Tal vez debería... —dijo.

—No —respondió Ford, con brusquedad.

—¿Qué? —inquirió Arthur.

—No intentes telefonearte a tu casa.

—¿Cómo sabías...?

Ford se encogió de hombros.

—Pero ¿por qué no? —insistió Arthur.

—Las personas que hablan por teléfono consigo mismas —amonestó Ford— nunca se enteran de nada provechoso.

' —Pero...

—Mira —dijo Ford. Descolgó un teléfono imaginario y marcó en un disco igualmente supuesto.

—¿Oiga? —dijo por el micrófono fingido—. ¿Es usted Arthur Dent? Ah, hola, sí. Arthur Dent al aparato. No cuelgue.

Miró decepcionado al teléfono inmaterial.

—Ha colgado —anunció, encogiéndose de hombros y colgando con cuidado el teléfono inexistente—. Esta no es mi primera anomalía temporal —añadió.

La expresión de melancolía se acentuó en el rostro de Arthur Dent.

—Así que no estamos a salvo y en casa —dijo.

—Ni siquiera podemos decir —respondió Ford— que estemos en casa secándonos vigorosamente con una toalla.

El partido continuaba. El lanzador se acercó a la meta a paso largo, al trote y, luego, a la carrera. De pronto se enredó en una confusión de brazos y piernas de la cual salió una pelota. El bateador giró en redondo mandándola detrás de él, por encima de los marcadores. La mirada de Ford siguió la trayectoria de la pelota y se crispó un poco. El betelegeusiano se puso rígido. Volvió a examinar el recorrido de la pelota y sus ojos se

contrajeron de nuevo.

—Esta no es mi toalla —anunció Arthur, hurgando en su bolso de piel de conejo.

—¡Chss! —le conminó Ford. Frunció el ceño, concentrándose.

—Yo tenía una toalla golgafrinchana para correr —continuó Arthur—; era azul, con estrellas amarillas. Esta no es.

—¡Chss! —repitió Ford. Se tapó un ojo y miró con el otro.

—Esta es rosa —dijo Arthur—; no es tuya, ¿verdad?

—Me gustaría que cerraras el pico y dejaras de hablar de tu toalla —repuso Ford.

—No es mi toalla —insistió Arthur—, eso es lo que estoy tratando de...

—Y lo que yo pretendo —replicó Ford con un gruñido sordo— es que dejes de hablar de ello en este preciso momento.

—Muy bien —convino Arthur, empezando a guardarla de nuevo en el bolso de conejo, cosido de manera primitiva—. Confieso que a la escala cósmica de las cosas quizá no tenga importancia; sólo que resulta chocante, eso es todo. De pronto aparece una toalla rosa en lugar de otra azul con estrellas amarillas.

Ford empezaba a comportarse de forma bastante rara, o más bien comenzaba a actuar de una manera que resultaba extrañamente diferente del insólito estilo con que solía proceder habitualmente. Lo que hacía era lo siguiente: sin considerar las miradas de pasmo que provocaba entre la multitud reunida con él en torno al terreno de juego, se pasaba las manos por la cara con movimientos bruscos, agachándose detrás de unos espectadores, saltando por encima de otros, quedándose quieto luego y guiñando mucho los ojos. Al cabo de unos momentos echó a andar con cautela; iba con el ceño fruncido, absorto en sus pensamientos, como un leopardo que no está seguro de si acaba de ver una lata medio vacía de comida para gatos a menos de un kilómetro de distancia por la cálida y polvorienta llanura.

—Este tampoco es mi bolso —dijo Arthur, inesperadamente.

Ford salió de su abstracción. Miró enfadado a Arthur.

—No hablaba de la toalla —protestó éste—. Ya hemos demostrado que no es la mía. Es que el bolso en el que guardaba la toalla que no es mía, tampoco es mío, aunque tiene un parecido extraordinario. Y personalmente creo que eso es sumamente raro, sobre todo teniendo en cuenta que lo hice yo mismo en la Tierra prehistórica. Estas piedras tampoco son las mías —añadíó, sacando del bolso unas chinas lisas de color gris—. Hacía colección de piedras interesantes, y se ve que éstas son muy sosas.

Un rugido de excitación vibró entre la multitud y sofocó la respuesta de Ford a la información de Arthur. La pelota de criquet que había provocado tal reacción cayó del cielo y aterrizó perfectamente en el interior

del misterioso bolso de Arthur, de piel de conejo.

—¡Vaya!, diría que éste también es un incidente curioso —dijo Arthur, cerrando de prisa el bolso y mirando al campo con aire de buscar la pelota —. No creo que esté por aquí —dijo a unos niños que le rodearon inmediatamente para incorporarse a la búsqueda—; es probable que haya rodado a alguna parte. Por allí, me parece.

Señaló vagamente en la dirección por la cual deseaba que se largaran.

—¿Está usted bien? —preguntó uno de los niños, mirándole con curiosidad.

—No ——contestó Arthur.

—Entonces, ¿por qué lleva un hueso en la barba?

—Le estoy enseñando a estar a gusto dondequiera que le pongan —repuso Arthur, orgulloso de la frase. Pensó que era precisamente el tipo de sentencia que entretiene y estimula a las mentalidades jóvenes.

—Ya —dijo el niño, inclinando la cabeza a un lado para pensarlo—. ¿Cómo se llama usted?

—Dent. Arthur Dent.

—Eres un pelma, Dent —aseguró el niño—, un completo gilipollas.

Miró a otra parte para indicarle que no tenía especial prisa por salir corriendo, y luego se alejó hurgándose la nariz. De pronto recordó Arthur que volverían a demoler la Tierra al cabo de dos días, y esta vez no lo sintió tanto.

El juego continuó con una pelota nueva, el sol siguió brillando, Ford insistió en saltar de un lado para otro, meneando la cabeza y parpadeando.

—Se te ha ocurrido algo, ¿verdad? preguntó Arthur.

—Creo ——contestó Ford con un tono de voz que Arthur ya reconocía como presagio de algo enteramente ininteligible— que hay un PRODO por ahí.

Señaló. Curiosamente, la dirección que indicaba no era hacia la que estaba mirando. Arthur miró a esta última, que llevaba a los marcadores, y hacia la otra, que daba al campo de juego.

Asintió con la cabeza y se encogió de hombros. Volvió a hacerlo.

—¿Un qué? preguntó.

—Un PRODO.

—¿Un PR...?

—. ..ODO.

—¿Y qué es eso?

—Un Problema de Otro —explicó Ford.

—Ah, bien —dijo Arthur, tranquilizándose. No tenía idea de qué se trataba, pero al menos parecía haberse acabado. No se había terminado.

—Por allí —dijo Ford, señalando de nuevo los marcadores y mirando el campo.

—¿Dónde? —preguntó Arthur.

—¡Allí! —exclamó Ford.

—Ya veo —dijo Arthur, que no lo veía.

—¿Lo ves?

—¿Qué?

—¿No ves —dijo Ford en tono paciente— el PRODO?

——Creí que habías dicho que era un problema de otro.

—Eso es.

Arthur asintió despacio, con cautela y con un aire de tremenda estupidez.

—Y quiero saber si lo ves —insistió Ford.

—¿Lo ves tú?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Y cómo voy a saberlo, idiota? —gritó Ford—. Si lo ves, dímelo tú.

Arthur experimentó la sorda palpitación detrás de las sienes que era el distintivo de muchas de sus conversaciones con Ford. Su cerebro hizo un movimiento furtivo, como un perrillo asustado en la perrera. Ford le cogió del brazo.

—Un PRODO —explicó— es algo que no podemos ver, que no distinguimos o que nuestra mente no nos deja observar porque creemos que es un problema de otro. Eso es lo que significa PRODO. Problema de Otro. El cerebro se limita a perfilarlo, es como un punto ciego. Si se mira directamente no se ve, a menos que se sepa qué es exactamente. La única esperanza consiste en percibirlo por sorpresa con el rabillo del ojo.

—Ah —dijo Arthur—, por eso es por lo que...

—Sí —confirmó Ford, que sabía lo que iba a decir Arthur.

—...has estado saltando y...

—Sí.

..parpadeando...

—Sí.

—...y...

—Creo que has captado el mensaje.

—Ya lo veo —anunció Arthur—, es una nave espacial.

Por un momento, Arthur quedó pasmado ante la reacción que provocó su descubrimiento. De la multitud surgió un rugido y la gente echó a correr en todas direcciones, gritando, aullando y tropezando en un tumulto lleno de confusión. Retrocedió asombrado y miró en torno, temeroso. Luego

volvió a mirar alrededor con mayor sorpresa todavía.

—Emocionante, ¿verdad? —dijo una aparición.

El aparecido osciló ante los ojos de Arthur, aunque probablemente lo cierto era que los ojos de Arthur temblequeaban delante de la aparición.

—Q_q...q...q... —dijo con labios temblorosos.

—Me parece que tu equipo acaba de ganar —dijo la aparición.

—Q ...q...q...q... —repitió Arthur, puntuando cada sonido con una presión en la espalda de Ford Prefect, que contemplaba el tumulto con ansiedad.

—Eres inglés, ¿no? —dijo el aparecido.

—Q ...q...q...q..., sí —dijo Arthur.

—Pues, como decía, tu equipo acaba de ganar. El partido. Lo que significa que los otros se quedan con las cenizas. Debes estar muy contento. Confieso que me gusta mucho el criquet, aunque me molestaría que alguien me oyera decir eso fuera de este planeta. ¡Válgame Dios, no!

El aparecido esbozó lo que podría ser una sonrisa malévola, pero era difícil saberlo porque el sol estaba justo detrás de él, creando un halo cegador en torno a su cabeza e iluminando su barba y cabellos plateados, lo que le daba un aire reverente, dramático y difícil de conciliar con sonrisas malévolas.

—Sin embargo —añadió— todo terminará en un par de días, ¿verdad? Aunque tal como te dije la última vez que nos vimos, lo lamenté mucho. En fin, fuera lo que fuese lo que habrá sido, habrá sido.

Arthur intentó hablar, pero abandonó la lucha desigual. Volvió a azuzar a Ford.

—Creí que había pasado algo horrible ——dijo Ford—, pero no es más que se ha acabado el partido. Tenemos que marcharnos. ¡Ah, hola, Slartibartfast! ¿Qué haces aquí?

—Pues pasear —contestó gravemente el anciano—, dar una vuelta.

—¿Esa es tu nave? ¿Puedes llevarnos a alguna parte?

—Paciencia, paciencia —amonestó el anciano.

—Vale —dijo Ford—. Sólo que este planeta va a ser demolido bien pronto.

—Lo sé —repuso Slartibartfast.

—Bueno, sólo quería aclarar las cosas.

—Aclaradas están.

—Pues si te apetece mucho haraganear por un campo de criquet en este preciso momento...

—Me apetece.

—Entonces, es tu nave.

—Sí.

—Lo supongo —dijo Ford, volviendo bruscamente la espalda.

—Hola, Slartibartfast —dijo Arthur, al fin.

—Hola, terrícola —contestó el anciano.

—Al fin y al cabo —observó Ford—, sólo se muere una vez.

El anciano ignoró el comentario y miró fijamente el campo de juego con ojos que parecían rebosar de expresiones que no guardaban una relación clara con lo que allí pasaba. Ocurría que la multitud se agrupaba en un amplio círculo alrededor del centro del campo. Lo que veía en ello Slartibartfast, sólo él lo sabía.

Ford tarareaba algo. Sólo era una nota repetida a intervalos. Esperaba que alguien le preguntara qué canturreaba, pero nadie lo hizo. Si le hubiera interesado a alguien, habría dicho que se trataba de la primera nota de una canción de Noel Coward titulada Loca por el chico, repetida una y otra vez. Entonces, le habrían indicado que sólo entonaba una nota, a lo cual hubiese contestado él que, por razones que deberían saltar a la vista, estaba omitiendo la parte de «por el chico». Le molestaba que nadie le preguntara.

—Es que —saltó al fin— si no nos vamos pronto, podríamos vernos metidos otra vez en todo el asunto. Y no hay nada más deprimente que ver la destrucción de un planeta. Salvo, quizás, estar en él en el momento en que se lleva a cabo. O —añadió en voz baja— perder el tiempo en partidos de criquet.

—Paciencia —recomendó Slartibartfast de nuevo—. Se avecinan grandes cosas.

—Eso es lo que dijiste la última vez que nos vimos —recordó Arthur.

—Y fueron grandes —comentó el anciano.

—Sí, es cierto —reconoció Arthur.

Sin embargo, lo único que al parecer se avecinaba era una especie de ceremonia. Se montaba sobre todo en consideración a la TV, y no para los espectadores, pues desde donde estaban de lo único de que se enteraban era de lo que escuchaban por una radio que había cerca. Ford mostraba una indiferencia agresiva.

Se inquietó al oír que iban a entregar las cenizas al capitán del equipo inglés en el campo, se impacientó cuando explicaron que lo hacían porque les habían ganado por enésima vez, emitió un decidido ladrido de disgusto ante la información de que las cenizas eran los restos de una cantera de criquet y cuando, además, le pidieron que aceptara el hecho de que la cantera de criquet en cuestión se había quemado en Melbourne, Australia, en 1882, para ilustrar la «muerte del criquet inglés», se volvió hacia Slartibartfast y respiró hondo, pero no tuvo oportunidad de decir nada

porque el anciano no estaba allí. Se dirigía al campo de juego con un paso tremendamente decidido que le alborotaba la barba, los cabellos y la túnica dándole un aspecto muy semejante al que habría tenido Moisés si el Sinaí hubiese sido un campo de césped bien cortado en vez de un monte ígneo y humeante, como suele representarse.

—Ha dicho que nos reunamos con él en la nave —dijo Arthur.

—¿Qué demonios apestosos está haciendo ese viejo idiota? —estalló Ford.

—Va a recibirnos en su nave dentro de dos minutos —dijo Arthur con un encogimiento de hombros que indicaba su total renuncia a pensar. Se encaminaron hacia la nave. Ruidos extraños llegaron a sus oídos. Trataron de no escucharlos, pero no pudieron dejar de entender que Slartibartfast exigía con irritación que le entregaran la urna de plata que contenía las cenizas.

—Son de una importancia vital para la seguridad pasada, presente y futura de la Galaxia —decía, lo que produjo una hilaridad desatada.

Arthur y Ford decidieron no hacer caso.

Lo que ocurrió a continuación no pudieron ignorarlo. Con un ruido como el de cien mil personas que gritaran «va», una nave espacial de color blanco acerado pareció surgir repentinamente de la nada justo por encima del campo de criquet y quedó flotando en el aire con una amenaza infinita y un zumbido leve. Durante un rato no hizo nada, como si esperase que todo el mundo volviera a sus ocupaciones sin importarle que se quedase

flotando allí mismo.

Luego hizo algo sumamente extraordinario. Mejor dicho, se abrió y soltó algo sumamente extraordinario: once criaturas sumamente extraordinarias.

Eran robots. Robots blancos.

Lo más extraordinario era que parecían ir vestidos para la ocasión. No sólo eran blancos, sino que llevaban lo que parecían ser palos de criquet; y no sólo eso, sino que también llevaban lo que parecían ser pelotas de criquet. Y no sólo eso, sino que llevaban almohadillas acanaladas en la parte inferior de las piernas. Estas últimas eran extraordinarias, pues parecían contener motores a reacción que permitían a aquellos robots, curiosamente civilizados, salir volando de su nave, que seguía inmóvil en el aire, y empezar a matar gente, que es lo que hicieron.

—Vaya —dijo Arthur—, parece que pasa algo.

—¡Vamos a la nave! —gritó Ford—. No quiero saber, sólo ir a la nave —echó a correr sin dejar de gritar—. No quiero saber, no quiero ver, no quiero oír. ¡Este no es mi planeta, yo no elegí estar aquí, no deseo que me

comprometan, sólo quiero salir de aquí y acudir a una fiesta con gente con la que pueda relacionarme!

Humo y llamas se alzaban del campo.

—Vaya, parece que la brigada sobrenatural ha venido hoy en gran número... —farfulló contenta una radio.

—Lo que necesito —gritó Ford, como para aclarar sus observaciones anteriores— es una buena copa y una reunión de mis pares.

Siguió corriendo, deteniéndose sólo un momento para coger del brazo a Arthur y arrastrarle con él. Arthur había asumido su actitud habitual ante los momentos críticos, que consistía en que darse con la boca abierta y dejar que todo le resbalase por encima.

—Están jugando al criquet —murmuró, avanzando a tropezones detrás de Ford—. juro que están jugando al criquet. No sé por qué, pero eso es lo que hacen. ¡No sólo matan gente, la mandan hacia arriba, Ford, nos envían por los aires!

Habría sido difícil no creérselo sin conocer bastante más historia de la Galaxia de la que Arthur había aprendido hasta el momento en sus viajes. Las espectrales pero violentas formas a quienes se veía moverse entre la espesa capa de humo parecían representar una serie de extrañas parodias con los palos de criquet; la diferencia residía en que, a cada golpe, las pelotas estallaban al tocar el suelo. La primera de ellas provocó en Arthur la idea inicial de que todo aquel asunto podría ser simplemente un truco publicitario de unos fabricantes australianos de margarina.

Y entonces, tan de repente como empezó, terminó todo. Los once robots blancos se elevaron en formación cerrada entre la nube de humo, entrando con los últimos chorros de llamas en las entrañas de su flotante nave blanca, que, con el fragor de cien mil personas que decían «va», se esfumó en el aire del que había surgido.

Por un momento hubo un silencio tremendo, lleno de pasmo, y luego apareció entre el humo oscilante la pálida figura de Slartibartfast, que se parecía aún más a Moisés porque, pese a que persistía la ausencia de monte, al menos caminaba ahora por un césped bien cortado, envuelto en llamas y humeante.

Lanzó en torno una mirada vehemente hasta distinguir las apresuradas siluetas de Arthur Dent y de Ford Prefect; éstos se abrían paso entre la multitud asustada, que en aquel momento se precipitaba atropelladamente en dirección contraria. La muchedumbre, claro está, pensaba en lo raro que estaba saliendo el día y no sabía a ciencia cierta qué camino tomar, si es que había alguno.

Slartibartfast hacía gestos apremiantes y gritaba a Ford y Arthur, y

poco a poco los tres fueron llegando a la nave, que seguía inmóvil tras los marcadores, inadvertida por la multitud que se precipitaba desordenadamente bajo ella y que en aquel momento tenía probablemente que enfrentarse a bastantes problemas particulares.

—¡Han garnu granu la! —gritó Slartibartfast con su voz fina y trémula.

—¿Qué ha dicho? —jadeó Ford mientras se abría paso a codazos.

—Que han... no sé qué —contestó Arthur meneando la cabeza.

—¡Han garnu la gruná! —gritó otra vez Slartibartfast.

Ford y Arthur se miraron y menearon la cabeza.

—Parece urgente —comentó Arthur, que se detuvo y gritó—: ¿Qué?

—¡Que han gurua la grunamá! —aulló Slatirbartfast, sin dejar de hacerles señas.

—Dice —explicó Arthur— que se llevan las cenizas. Eso es lo que he entendido.

Siguieron corriendo.

—¿Las...? —preguntó Ford.

—Cenizas —contestó Arthur, pronunciando claramente—. Los restos quemados de una cantera de criquet. Es un trofeo. Al parecer —jadeó— eso... es... lo que... han venido a buscar.

Sacudió la cabeza con mucha suavidad, como si pretendiera trasladar su cerebro a un nivel más bajo dentro del cráneo.

—Qué cosa tan rara nos dice —comentó bruscamente Arthur.

—Qué cosa tan rara se llevan.

—Qué nave tan rara.

Habían llegado. La segunda cosa más rara de la nave era ver el campo del Problema de Otro en funcionamiento. Ahora veían la nave con claridad sólo porque sabían que estaba allí. Sin embargo era evidente que nadie más la veía. No porque fuese realmente invisible ni nada tan hiperimposible. La tecnología empleada para hacer algo invisible es tan infinitamente compleja, que novecientos noventa y nueve mil millones, novecientos noventa y nueve millones, novecientos noventa y nueve mil, novecientos noventa y nueve veces entre un billón resulta mucho más cómodo y eficaz guardar el objeto y pasarse sin ello. El ultrafamoso mago y científico Effrafax de Wug apostó una vez su vida a que en el plazo de un año podía volver invisible la gran megamontaña Magramala.

Tras pasar la mayor parte del año tirando de enormes Lux—0—Válvulas, Refracto–Desintegradores y Desvíos Espectr—O—Máticos, cuando le quedaban nueve horas comprendió que no lo conseguiría.

De manera que él y sus amigos, y los amigos de sus amigos, más los

amigos de los amigos de sus amigos y los amigos de los amigos de los amigos de sus amigos, junto con algunos amigos suyos menos buenos que por casualidad eran propietarios de una importante compañía de transportes interestelares, produjeron lo que hoy se reconoce ampliamente como la noche de trabajo más dura de la historia, y al día siguiente, por supuesto, ya no se veía Magramala. Effrafax perdió la apuesta y, en consecuencia, la vida, sólo porque un árbitro pedante observó (a) que al andar por el área donde Magramala debía estar no tropezó ni se rompió las narices contra nada, y (b) que había una luna extra de aspecto sospechoso.

El campo del Problema de Otro es mucho más cómodo y eficaz, y además funciona más de cien años con una sencilla pila de linterna. La razón de ello es que se basa en la predisposición natural de la gente a no ver nada que no quiera ver, que no espere o que no pueda explicarse. Si Effrafax hubiese pintado la montaña de rosa y erigido en ella un sencillo y barato campo de PRODO, la gente habría pasado de largo por la montaña, la habría rodeado e incluso escalado sin darse cuenta ni por un momento de que estaba allí.

Y eso es precisamente lo que pasaba con la nave de Slartibartfast. No era rosa, pero de haberlo sido habría constituido el menor de sus problemas visuales y la gente se habría limitado a ignorarla, como cualquier otra cosa.

Lo más extraordinario era que sólo en parte parecía una astronave, con sus alerones, motores de cohetes, escotillas de emergencia, etcétera, asemejándose mucho a un pequeño bar italiano suspendido en el aire.

Ford y Arthur lo miraron con asombro y con la sensibilidad profundamente herida.

—Sí, lo sé —dijo Slartibartfast, que en ese momento corría hacia ellos, inquieto y sin aliento—, pero hay una razón. Vamos, tenemos qué irnos. La antigua pesadilla va a repetirse. El destino nos aguarda a todos. Debemos marcharnos ya.

—Me apetece algún lugar soleado —dijo Ford.

Ford y Arthur siguieron a Slartibartfast al interior de la nave, y estaban tan absortos en lo que veían dentro, que les pasó enteramente inadvertido lo que pasaba fuera.

Otra nave espacial, lisa y plateada, descendió del cielo sobre el campo, con calma, sin ruido, desplegando sus largas patas en un delicado ballet tecnológico.

Tomó tierra con suavidad. Extendió una rampa pequeña. Una criatura alta de color gris verdoso salió por ella y se acercó al reducido grupo de personas reunidas en el centro del campo que atendían a las víctimas de la reciente y extraña matanza. Fue apartando a la gente con autoridad firme y

serena hasta llegar a un hombre que yacía en un desesperado charco de sangre, fuera del alcance de cualquier medicina terrenal, jadeando, tosiendo por última vez. La criatura se arrodilló en silencio a su lado.

—¿Arthur Philip Deodat? —preguntó.

El hombre, con una horrible confusión en la mirada, asintió débilmente.

—Eres un inútil, un estúpido que no vale para nada —musitó la criatura—. Pensé que deberías saberlo antes de morir.

5

Acontecimientos importantes de la historia de la Galaxia, número dos:

(Reproducido del libro Historia popular de la Galaxia, de la Gaceta Sideral.)

Desde los orígenes de esta Galaxia, grandes civilizaciones han surgido y desaparecido, nacido y muerto tan a menudo, que resulta profundamente tentador pensar que la vida en ella debe ser

a) algo así como un mareo, un vértigo en el espacio, en el tiempo, en la historia, o cosa parecida, y

b) estúpida.

6

Arthur tuvo la súbita sensación de que el cielo se había apartado para dejarlos pasar.

Le pareció que las partículas de su cerebro y los átomos del cosmos fluían juntos.

Pensó que flotaba en el viento del Universo, y que el viento era él.

Creyó ser uno de los pensamientos del Universo, y que el Universo era idea suya.

La multitud del campo del Lord's Cricket supuso que acababa de aparecer y desaparecer otro restaurante en la parte norte de Londres, como suele pasar tan a menudo, y que se trataba de un Problema de Otro.

—¿Qué ha pasado? —susurró Arthur, lleno de temor reverente.

—Hemos despegado —repuso Slartibartfast.

Arthur yacía, quieto y alarmado, en el sofá de aceleración. No estaba seguro de si tenía un mareo de espacio o de religión.

—Buen cacharro —comentó Ford en un intento inútil de ocultar el grado en que le había impresionado el despegue que acababa de efectuar la nave de Slartibartfast—, lástima de decorado.

Durante unos instantes el anciano no contestó. Miró fijamente los instrumentos con el aire de quien intentara pasar de memoria de la escala Fahrenheit a la centígrada mientras su casa está en llamas. Luego le desaparecieron las arrugas de la frente y miró un momento la gran pantalla panorámica que tenía delante y por la cual se veía un pasmoso abigarramiento de estrellas que fluían en torno a ellos como hilos de plata.

Sus labios se movieron como si fuese a decir algo. De pronto sus ojos volvieron alarmados a los instrumentos y frunció el entrecejo, pero ése fue el único cambio en su expresión. Miró de nuevo la pantalla. Se tomó el pulso. Por un momento arrugó más el ceño, luego se tranquilizó.

—Es un error intentar comprender las máquinas —dijo—, no me dan más que quebraderos de cabeza. ¿Qué decías?

—La decoración —repuso Ford—. Es una lástima.

—En lo más profundo y fundamental de la mente y del Universo —dijo Slartibartfast—, hay una razón para ello.

Ford lanzó una mirada brusca alrededor. Pensó que aquello era ver las cosas desde un ángulo optimista.

El interior de la cabina de navegación era verde oscuro, rojo vivo y marrón ceniciento; estaba atestado .y tenía iluminación indirecta. Inexplicablemente, la semejanza con un pequeño bar italiano no se había acabado a la entrada. Pequeñas zonas de luz enfocaban tiestos con plantas, baldosas enceradas y toda clase de pequeños objetos de bronce sin identificación posible.,

Botellas con fundas de rafia acechaban horriblemente entre las sombras.

Los instrumentos que ocuparan la atención de Slartibartfast parecían montados en el fondo de botellas sujetas con cemento. Ford alargó la mano y lo tocó.

Cemento falso. Plástico. Botellas falsas insertas en cemento falso.

Lo más profundo y fundamental de la mente y del Universo puede irse a paseo, pensó para sí, esto es basura. Por otro lado, no se puede negar que la manera en que ha despegado la nave hace que el Corazón de Oro parezca un cochecito eléctrico.

Se levantó del sofá. Se limpió el polvo. Miró a Arthur, que cantaba en voz baja. Miró a la pantalla y no reconoció nada. Miró a Slartibartfast.

—¿Qué distancia hemos recorrido hasta ahora? —preguntó.

—Unos... —contestó Slartibartfast—, unos dos tercios del camino del disco galáctico, diría yo, aproximadamente. Sí, creo que alrededor de dos tercios.

—Qué raro —comentó Arthur con voz queda—; cuanto más lejos y más de prisa se viaja por el Universo, más inmaterial parece la posición individual en él, y uno se llena de un profundo o, mejor dicho, se vacía de...

—Sí, es muy raro —convino Ford—. ¿A dónde vamos?

—Vamos a enfrentarnos con una antigua pesadilla del Universo —contestó Slartibartfast.

—¿Y dónde vas a dejarnos?

—Necesitaré vuestra ayuda.

—Malo. Mira, hay un sitio al que puedes llevarnos y donde podemos divertirnos, estoy tratando de acordarme; allí podemos emborracharnos y tal vez escuchar un poco de música sumamente perniciosa. Espera, voy a mirarlo.

Sacó su ejemplar de la Guía del autoestopista galáctico y buscó rápidamente en la parte del índice que trataba esencialmente de sexualidad, drogas y rock and roll.

—Entre la bruma del tiempo ha surgido una maldición —anunció

Slartibartfast.

—Sí, lo supongo. Oye —dijo Ford, encontrando por casualidad la referencia de un artículo especial—, ¿has conocido alguna vez a Excéntrica Gallumbits? ¿La puta de tres tetas de Eroticón Seis? Algunos dicen que sus zonas erógenas empiezan a unos seis kilómetros de su cuerpo. Yo no estoy de acuerdo, diría que a unos siete y medio.

—Una maldición que sumirá a la Galaxia en el fuego y la destrucción y que posiblemente llevará al Universo a una muerte prematura —dijo Slartibartfast, añadiendo—: Lo digo en serio.

—Parece que se pasará un mal rato; con suerte, estaré lo bastante borracho como para no darme cuenta —repuso Ford. Señaló con el dedo en la pantalla de la Guía y agregó—: Este sería un sitio realmente depravado para ir, y creo que deberíamos visitarlo. ¿Qué dices, Arthur? Deja de murmurar mantras y presta atención. Te estás perdiendo un asunto importante.

Arthur se incorporó en el sofá y sacudió la cabeza.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A enfrentarnos con una antigua pe...

—¡Basta! —exclamó Ford—. Arthur, vamos a dar un paseo por la Galaxia, a divertirnos un poco. ¿Puedes digerir esa idea?

—¿Por qué está tan inquieto Slartibartfast? —preguntó Arthur.

—Por nada —dijo Ford.

—La destrucción. Vamos —dijo Slartibartfast en un tono súbitamente autoritario—, tengo que enseñaros y contaros muchas cosas.

Se dirigió a una escalera de caracol de hierro forjado que estaba incomprensiblemente situada en medio de la cabina de navegación y empezó a subir. Arthur le siguió con el ceño fruncido. De mala gana, Ford guardó la Guía en su bolso.

—Me ha dicho el médico que tengo mal formada una glándula del deber social y una deficiencia congénita en la fibra moral —murmuró para sí—, y que por tanto estoy excusado de salvar universos.

No obstante, subió tras ellos.

Lo que encontraron arriba era sencillamente estúpido, o eso parecía, y Ford meneó la cabeza, se puso las manos en la cara y tropezó con un tiesto, aplastándolo contra la pared.

—La sala de cálculo central —dijo Slartibartfast, sin inmutarse—. Aquí es donde se verifican todos los cálculos que afectan a la nave en cualquier aspecto. Sí, sé lo qué parece, pero en realidad es un complejo mapa topográfico en cuatro dimensiones de una serie de funciones matemáticas sumamente complejas.

—Parece un chiste —observó Arthur.

—Sé lo que parece —repuso Slartibartfast, entrando.

En ese momento Arthur tuvo súbitamente una vaga intuición de su posible significado, pero se negó a creerlo. El Universo no podía funcionar así, pensó, era imposible. Eso, consideró para sí, sería tan absurdo como, tan absurdo como... Agotó esa línea de argumentación. La mayoría de las cosas verdaderamente absurdas que se le ocurrían ya habían sucedido.

Y ésta era una de ellas.

Era una amplia jaula de cristal, o una caja; una habitación, en realidad.

Había una mesa, larga. En torno a ella, una docena de sillas de madera combada. Encima, un mantel mugriento a cuadros rojos y blancos con algunas quemaduras de cigarrillo, cada una de ellas probablemente dispuesta en una posición calculada con exactitud matemática.

Sobre el mantel había media docena de platos italianos a medio comer, rodeados de barras de pan a medio comer y de vasos de vino a medio beber, en los que ramoneaban con desgana unos robots.

Todo era enteramente artificial. Un camarero, un sommelier y un maitre, robots los tres, atendían a los comensales robots. Los muebles eran artificiales, así como el mantel, y cada detalle de la comida exhibía claramente todas las características mecánicas de, digamos, un pollo sorpreso, sin que lo fuese en realidad.

Todos participaban conjuntamente en una pequeña danza con movimientos complicados que comprendían la manipulación de menús, cuadernos de cuentas, billeteras, libros de cheques, tarjetas de crédito, relojes, lapiceros y servilletas de papel; parecían estar de continuo al borde de la violencia, pero en realidad nunca pasaba nada.

Slartibartfast se apresuró a entrar y luego pareció pasar el rato de manera bastante ociosa con el maitre, mientras que uno de los comensales robots se deslizaba despacio bajo la mesa aludiendo a lo que iba a hacer a un individuo en relación con cierta chica.

Slartibartfast ocupó el sitio que quedó vacante de ese modo y echó una astuta ojeada al menú. De manera casi imperceptible sé aceleró el. ritmo de los movimientos en torno a la mesa. Estallaron discusiones, algunos trataron de demostrar cosas en las servilletas. Gesticulaban con furia y trataban de examinar los trozos de pollo que tenía el vecino. La mano del camarero empezó a moverse sobre el cuaderno de cuentas con mayor rapidez de la que podía desarrollar la mano del hombre, y a más velocidad de la que podía seguirla el ojo humano. La marcha se incrementó. De pronto, una cortesía extraordinaria e insistente se apoderó del grupo y segundos más tarde pareció que se había logrado un momento de armonía.

Una vibración nueva sacudió el interior de la nave.

Slartibartfast salió de la habitación de cristal.

—Bistromática —anunció—. La fuerza de cálculo más poderosa que conoce la paraciencia. Vamos a la Cámara de Ilusiones Informáticas.

Echó a andar llevándolos pasmados tras de sí.

7

La Energía Bistromática es un nuevo y maravilloso método de recorrer grandes distancias interestelares sin todo ese peligroso desbarajuste de los Factores de Improbabilidad.

En sí misma, la Bistromática es una nueva y revolucionaria forma de entender el comportamiento de los números. Así como Einstein observó que el tiempo no era absoluto sino que dependía del movimiento del espectador en el espacio, y que el espacio no era absoluto sino que dependía del movimiento del espectador en el tiempo, así se comprende ahora que los números no son absolutos, sino que dependen del movimiento del espectador en los restaurantes.

La primera cifra no absoluta es el número de personas para quienes se reserva mesa. Ello varía a lo largo de las tres primeras llamadas telefónicas al restaurante, y luego no guarda relación clara con la cantidad de personas que terminan presentándose, ni con las que a continuación se unen a ellas tras el espectáculo/ partido/fiesta/sesión musical, ni con los que se van al ver quién más ha venido.

El segundo número no absoluto es el de la hora de llegada prevista, a quien actualmente se conoce como uno de los conceptos matemáticos más extraños, un recipriversexclúson, cifra cuya existencia sólo puede definirse como distinta a la suya propia. En otras palabras, la hora prevista de llegada es el preciso momento en que es imposible que llegue cualquier miembro del grupo. Los recipriversexclusones desempeñan en la actualidad una parte importantísima en muchas ramas de las matemáticas, incluidas la estadística y la contabilidad, formando asimismo las ecuaciones básicas empleadas para programar el campo del Problema de Otro.

El tercero de los no absolutos, y el más misterioso de todos, reside en la relación entre el número de artículos de la cuenta, el precio de cada uno, el número de personas a la mesa y lo que éstas están dispuestas a pagar. (En este campo, el número de personas que han traído dinero es únicamente un subfenómeno.) Las desconcertantes discrepancias que solían producirse en este aspecto no se han investigado durante siglos sólo porque nadie las ha

tomado en serio. En el momento se achacaban a cosas tales como cortesía, grosería, cicatería, ostentación, cansancio, emotividad o lo avanzado de la hora, olvidándose por entero a la mañana siguiente. jamás se han examinado en condiciones de laboratorio, desde luego, porque nunca ocurren en laboratorios, al menos en laboratorios respetables.

Y sólo con el advenimiento de los ordenadores de bolsillo ha salido finalmente a la luz la sorprendente verdad, que es ésta: Los números escritos en la cuenta del restaurante dentro de los confines del local no siguen las mismas leyes matemáticas que los números escritos en cualesquiera otros pedazos de papel en las demás partes del Universo.

Ese solo hecho desencadenó una tempestad en el mundo científico. Lo revolucionó por completo. Tantísimas conferencias de matemáticas se dieron en tantos restaurantes buenos, que muchas de las mentes más agudas de una generación murieron de obesidad y de insuficiencia coronaria, por lo que la ciencia de las matemáticas sufrió años de retraso.

No obstante, poco a poco fueron comprendiéndose las consecuencias de la idea. Para empezar, había sido muy fuerte, muy estúpido y demasiado lo que habría dicho el hombre de la calle: «Pues claro, eso ya lo sabía yo». Luego se inventaron ciertas frases, como «Estructuras Interactivas de la Subjetividad», y todo el mundo pudo tranquilizarse y acostumbrarse a ello.

A los pequeños grupos de monjes que rondaban por las más importantes instituciones de investigación cantando extrañas salmodias en el sentido de que el Universo no era más que un producto de su propia imaginación, se los apartó al fin mediante la concesión de un permiso para que representaran teatro en la calle.

8

—Fijaos, en los viajes espaciales —dijo Slartibartfast manipulando ciertos instrumentos en la Cámara de Ilusiones Informáticas—, en los viajes espaciales...

Se interrumpió y miró en torno.

La Cámara de Ilusiones Informáticas era un alivio reparador tras las monstruosidades visuales de la zona central de cálculo. No había nada. Ni información ni ilusiones; sólo ellos, paredes blancas y unos cuantos instrumentos pequeños que al parecer debían conectarse a algún sitio que Slartibartfast no encontraba.

—¿Sí? —le apremió Arthur. Se le había contagiado el sentido de la urgencia de Slartibartfast, pero no sabía qué hacer con ello.

—¿Sí, qué? —preguntó el anciano.

—¿Qué decías?

—Los números son horribles —contestó Slartibartfast lanzándole una mirada severa. Prosiguió su búsqueda.

Arthur asintió prudentemente para sí. Al cabo del rato comprendió que aquello no le llevaba a ningún sitio y decidió que después de todo podría decir «¿qué?».

—En los viajes espaciales —repitió Slartibartfast—, todos los números son horribles.

Arthur volvió a asentir con la cabeza y miró a Ford en busca de ayuda, pero éste se encontraba practicando una actitud malhumorada con muy buenos resultados.

—Sólo trataba de evitaros la molestia —dijo Slartibartfast, suspirando — de preguntarme por qué se hacían todos los cálculos de la nave en el cuaderno de cuentas de un camarero.

—¿Por qué se hacían todos los cálculos de la nave en el cual.. . ? —preguntó Arthur frunciendo el entrecejo.

—Porque en los viajes espaciales todos los números son horribles —contestó Slartibartfast.

Vio que no comprendían su punto de vista.

—Escuchad —dijo—. En el cuaderno de cuentas de un camarero, los

números bailan. Debéis de haber visto el fenómeno.

—Pues...

—En el cuaderno de cuentas de un camarero —prosiguió Slartibartfast—, realidad e irrealidad chocan a una escala tan fundamental que una se convierte en la otra y todo es posible dentro de ciertos parámetros.

—¿Qué parámetros?

—Es imposible saberlo —contestó el anciano—. Ese es uno de ellos. Extraño, pero cierto. Al menos, a mí me parece raro; y tengo la seguridad de que es verdad.

En ese momento localizó la ranura en la pared que había estado buscando, encajando en ella el instrumento que tenía en la mano.

—No os alarméis —previno, lanzando una súbita mirada de alarma al instrumento y retrocediendo—, es...

No oyeron lo que dijo, porque en ese instante la nave dejó de existir y vieron precipitarse hacia ellos una nave de combate, del tamaño de una pequeña ciudad del centro de Inglaterra; sus láser de batalla, encendidos, hendían la noche.

Una pesadilla de luces burbujeantes arrasó la negrura, cercenando un buen trozo del planeta que se encontraba justo detrás de ellos.

Con la boca abierta y los ojos desorbitados, fueron incapaces de gritar.

9

Otro mundo, otro día, otra aurora.

El alba despuntó silenciosa con un resplandor diminuto. Varios billones de trillones de toneladas de núcleos de hidrógeno sobrecalentados estallaron; ascendieron despacio por encima del horizonte y lograron parecer pequeños, fríos y ligeramente húmedos.

En todos los amaneceres hay un momento en que la luz flota y la magia es posible. La creación contuvo el aliento.

Tal momento pasó sin incidentes, como suele ocurrir en Squornshellous Zeta.

La bruma estaba pegada a la superficie de los pantanos. Daba un color gris a los árboles y oscurecía los altos juncos. Permanecía inmóvil como aliento contenido.

Nada se movía.

Silencio.

El sol luchaba débilmente con la niebla, intentando difundir algo de calor, derramar un poco de luz, pero estaba claro que aquel sería otro día de arrastrarse lentamente por el cielo.

Nada se movía.

Silencio, otra vez.

Nada se movía.

Silencio.

Nada se movía.

En Squornshellous Zeta solía haber días así con mucha frecuencia, y aquél iba a ser sin duda uno de ellos.

Catorce horas después el sol se ocultó sin remedio al otro lado del horizonte con la sensación de haberse esforzado inútilmente.

Volvió a aparecer pocas horas después; enarcó los hombros e inició su nueva ascensión por el firmamento.

Pero esta vez ocurría algo. Un colchón acababa de encontrarse con un robot.

—Hola, robot —saludó el colchón.

—Blap —repuso el robot sin dejar lo que estaba haciendo, que

consistía en caminar muy despacio describiendo un círculo diminuto.

—¿Contento? preguntó el colchón.

El robot se detuvo y miró al colchón. Con curiosidad. Era evidente que se trataba de un colchón muy estúpido. El colchón le devolvió la mirada con los ojos bien abiertos.

Tras calcular en diez significativas décimas la duración exacta de la pausa necesaria para manifestar con mayor verosimilitud un desprecio general hacia todo lo relacionado con los colchones, el robot siguió caminando en estrechos círculos.

—Podríamos mantener una conversación —sugirió el colchón—. ¿Te agradaría?

Era un colchón grande, probablemente de muy buena calidad. En realidad, muy pocas cosas se fabrican actualmente, porque en un Universo infinitamente grande, como, por ejemplo, en el que nosotros vivimos, la mayoría de los objetos que puedan imaginarse, y muchos que es imposible concebir, crecen en alguna parte. Hace poco se descubrió un bosque en el que la mayoría de los árboles daban destornilladores de chicharra como fruto. El ciclo vital de esa fruta es muy interesante. Una vez recogido es preciso guardarlo en un cajón polvoriento donde permanezca durante años sin ser molestado. Entonces, una noche madura de pronto, se desprende de la piel exterior, que se desintegra convirtiéndose en polvo, y se transforma en un pequeño objeto de metal imposible de identificar con pestañas en ambos extremos, una especie de arista y como un agujero para albergar un tornillo. Cuando uno lo encuentra, se suele tirar. Nadie sabe

lo que se gana con ello. Es de suponer que, en su sabiduría infinita, la naturaleza lo esté solucionando.

Tampoco sabe nadie a ciencia cierta el provecho que los colchones sacan de la vida. Son criaturas grandes, amistosas, que llevan una tranquila vida privada en las marismas de Squornshellous Zeta. A muchos los atrapan, los exterminan, los secan y los despachan para dormir en ellos. A ninguno parece importarle, y a todos los llaman Zem.

—No —dijo Marvin.

—Me llamo Zem —anunció el colchón—. Podemos hablar un poco del tiempo.

Marvin volvió a hacer una pausa en su paseo cansino y laborioso.

—Esta mañana —observó— el rocío ha caído claramente con un ruido sordo especialmente desagradable.

Siguió andando, como si la súbita conversación le hubiese impulsado a nuevas cumbres de melancolía y abatimiento. Caminaba con tenacidad. Si hubiera tenido dientes, los habría rechinado en aquel momento. Pero no

tenía. Y no lo hizo. Su trabajoso camino lo decía todo.

El colchón chalpoteaba alrededor. Eso es algo que sólo pueden hacer colchones que viven en marismas, por lo que tal palabra ya no es de uso común. Chalpoteaba de una manera simpática, desplazando un volumen bastante grande de agua. Hizo unas cuantas burbujas que saltaron graciosamente por la superficie. Sus franjas azules y blancas resplandecieron brevemente con un súbito y débil rayo de sol que inesperadamente logró pasar entre la niebla, haciendo que la criatura se calentara por un instante.

Marvin prosiguió su paseo.

—Me parece que estás pensando algo —dijo el colchón, chalpoteante.

—Más de lo que puedas imaginarte —repuso Marvin en tono sombrío —. Mi capacidad de actividad mental de todo tipo es tan ilimitada como la extensión infinita del espacio mismo. Descontando, por supuesto, mi capacidad de ser feliz.

Continuó con sus pasos pesados.

—Mi capacidad de ser feliz —prosiguió— cabe en una caja de cerillas sin quitar primero los fósforos.

El colchón porreteó. Ese es el ruido que hacen los colchones vivos que habitan en las marismas cuando la historia trágica de una persona les conmueve profundamente. Según el Diccionario Maximégalon ultracompleto de todas las lenguas que jamás existieron, esa palabra también puede significar el ruido que hizo el ilustre lord Sanvalvwag de Hollop al descubrir que había olvidado por segundo año consecutivo el aniversario de su esposa. Como sólo hubo un ilustre lord Sanvalvwag de Hollop, que nunca se casó, tal palabra sólo se emplea en sentido negativo o especulativo, y existe una corriente de opinión cada vez más fuerte que mantiene que el Diccionario ultracompleto de Maximégalon no vale la flota de camiones necesaria para transportar su edición microfilmada. Es bastante extraño que el diccionario omita la palabra «chalpoteante», que sencillamente significa «al modo de algo que chalpotea».

El colchón porreteó de nuevo.

—Noto un desaliento profundo en tus diodos —repasató (para el significado de la palabra «repasatar», adquiérase un ejemplar del Habla de los pantanos de Squornshellous en cualquier librería de saldo, o bien cómprese el Diccionario ultracompleto de Maximégalon, pues la Universidad se alegrará mucho de quitárselo de las manos y recuperar unos terrenos preciosos para estacionamiento de coches)—, y eso me entristece. Deberías ser más como los colchones. Nosotros llevamos una vida retirada en el pantano, donde nos sentimos felices de chalpotear, de repasatas y de

considerar la humedad de manera bastante chalpoteante. A algunos nos matan, pero todos nos llamamos Zem, así que nunca sabemos quiénes son exterminados y de ese modo el porreteo se reduce al mínimo. ¿Por qué paseas en círculo?

—Porque tengo la pierna pegada —contestó sencillamente Marvin.

—Me parece —repuso el colchón, lanzándole una mirada compasiva — que es una pierna bastante inadecuada.

—Tienes razón —convino Marvin—, lo es.

—Bum —observó el colchón.

—Supongo que sí —dijo Marvin—; y también creo que encontrarás muy divertida la idea de un robot con una pierna artificial. Deberías contárselo después a tus amigos Zem y Zem,

cuando los veas; se reirán, si es que los conozco, que no los conozco, por supuesto, salvo en la medida en que conozco todas las formas de vida orgánica, que es mucho más de lo que yo desearía. Ja, mi vida no es más que un engranaje de tornillo sin fin.

Siguió caminando en un círculo reducido, en torno a su delgada pierna artificial de acero que daba vueltas en el barro pero que parecía clavada en él.

—Pero ¿por qué sigues dando vueltas y más vueltas? —preguntó el colchón.

—Sólo para dejar clara mi actitud —repuso Marvin sin dejar de dar vueltas.

—Considérala aclarada, querido amigo —frangolló el colchón—, considérala aclarada.

—Sólo un millón de años más —repuso Marvin—, sólo otro rápido millón. Luego tal vez lo intente al revés. Sólo para variar, ¿comprendes?

En el más profundo recoveco de sus muelles el colchón sintió que el robot deseaba ardientemente que le preguntara cuánto tiempo había estado caminando de aquella forma absurda e ínútil, y así lo hizo.

—Pues por encima del millón y medio, algo más —contestó Marvin en tono frívolo—. Pregúntame si me he aburrido alguna vez, vamos, pregúntame.

Y así lo hizo el colchón.

Marvin ignoró la pregunta, limitándose a caminar con nuevo énfasis.

—Una vez di un discurso —dijo de pronto y, al parecer, de manera inconexa—. Quizá no comprendas en seguida por qué saco a relucir ese tema, pero ello se debe a que mi mente funciona a una rapidez fenomenal y a que, según un cálculo aproximado, soy treinta billones de veces más inteligente que tú. Déjame ponerte un ejemplo. Piensa un número,

cualquiera.

—Humm, el cinco —dijo el colchón.

—Incorrecto —repuso Marvin—. ¿Lo ves?

El colchón quedó muy impresionado y comprendió que se hallaba en presencia de un intelecto nada desdeñable. Se estremeció en toda su longitud, produciendo pequeñas y animadas ondas en su charca, poco honda y cubierta de algas.

—Háblame del discurso que diste una vez —instó el colchón, peceando—. Tengo muchas ganas de oírlo.

—Por varias razones tuvo muy mala acogida —dijo Marvin, que se detuvo para hacer una especie de gesto apresurado y torpe con su brazo no del todo bueno, aunque estaba mejor que el otro, que tenía desalentadoramente pegado al costado izquierdo—. Lo di por allá, a un kilómetro y medio de, distancia, más o menos.

Señalaba todo lo bien que podía, con intención evidente de dejar absolutamente claro que era allí: entre la niebla, al otro lado del cañaveral, en una parte de la ciénaga que parecía exactamente igual a cualquier otra.

—Allí —repitió—. Yo era una. especie de celebridad en aquella época.

El colchón se sintió lleno de emoción. Nunca había oído que se dieran discursos en Squornshellous Zeta, y menos que los pronunciaran celebridades. Un escalofrío le recorrió la espalda, le exprimió y le hizo soltar agua.

Actuó de un modo que los colchones emplean muy rara vez. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, echó hacia atrás su cuerpo oblongo, lo alzó en el aire y allí lo mantuvo temblando durante unos segundos mientras atisbaba entre la niebla y al otro lado delcañaveral, hacia la parte de la ciénaga que Marvin había señalado, observando, sin decepcionarse, que era exactamente igual que cualquier otra zona del pantano. Fue demasiado esfuerzo. Al desplomarse en la charca inundó a Marvin de hierbajos, musgo y barro maloliente.

—Fui famoso —entonó el robot con aire melancólico— durante un breve período de tiempo a causa de mi escapatoria milagrosa y hondamente lamentada de un destino casi tan bueno como la muerte en el corazón de un sol llameante. Por mi estado podrás adivinar por qué poco escapé. Me salvó un chatarrero, figúrate. Y aquí me tienes, con un cerebro del tamaño de..., da lo mismo.

Caminó con furia durante unos segundos.

—El fue quien me arregló poniéndome esta pierna. Odioso, ¿verdad? Me vendió a un zoológico de cerebros. Fui la estrella de la exposición. Tenía que sentarme en un cajón y contar mi vida mientras la gente me decía

que me animara y pensara de manera constructiva. «Sonríe un poco, pequeño robot», me gritaban, «suelta una risita». Yo les explicaba que para hacer brotar una sonrisa en mi rostro se necesitarían más de dos horas de trabajo en un taller con una llave inglesa, y eso caía muy bien.

—El discurso —le apremió el colchón—. Ansío oír el discurso que pronunciaste en los pantanos.

Había un puente sobre las marismas. De estructura cibernética, enorme, de centenares de kilómetros de largo, para que pasaran camiones y vehículos iónicos.

—¿Un puente? —dijo el colchón, encorvándose—. ¿Aquí, en el pantano?

—Un puente —confirmó Marvin—. Aquí, en el pantano. Iba a revitalizar la economía del sistema de Squornshellous. Para construirlo acabaron con toda la economía del sistema. Me pidieron que lo inaugurara. Pobrecillos.

Empezó a llover un poco, unas gotas dispersas que escurrían entre la niebla.

—Subí a la plataforma. El puente se extendía a cientos de kilómetros delante y detrás de mí.

—¿Relucía? —preguntó entusiasmado el colchón.

—Relucía.

—¿Se perdía majestuosamente en la distancia?

—Se perdía majestuosamente en la distancia.

—¿Se alargaba como un hilo de plata hasta perderse de vista entre la niebla?

—Sí. ¿Quieres saber lo que pasó?

—Quiero oír tu discurso —repuso el colchón.

—Pronuncié las siguientes palabras. Dije: «Me gustaría decir que inaugurar este puente es para mí un honor, un privilegio y un gran placer, pero no puedo, porque mis circuitos de mentir están inservibles. Os odio y os desprecio a todos. Ahora declaro inaugurado esta desventurada estructura cibernética para el abuso desconsiderado de todos aquellos que tengan el capricho de cruzarla.» Y me enchufé a los circuitos de apertura.

Marvin hizo una pausa, recordando el momento.

El colchón rafagueó y glutineó. Chalpoteó, peceó y sauceó, esto último de manera especialmente chalpoteante.

—¡Bum! —exclamó al fin—. ¿Y fue un acontecimiento esplendoroso?

—Relativamente. El puente plegó sus mil kilómetros de reluciente extensión y se hundió llorando en el pantano, arrastrando a todo el mundo consigo.

En este momento de la conversación hubo una pausa triste y tremenda durante la cual cien mil personas parecieron exclamar «va» inesperadamente y un equipo de robots blancos descendió del cielo en cerrada formación militar como semillas de diente de león llevadas por el viento. Al cabo de un súbito y violento instante se hallaron todos en el pantano, arrancando a Marvin la pierna postiza y volviendo a desaparecer en su nave, que hizo: « ¡fiúuu! ».

—¿Ves la clase de cosas con que tengo que enfrentarme? —preguntó Marvin al burbujeante colchón.

De pronto, un momento después, volvieron los robots para provocar otro incidente violento; y esta vez, al marcharse, el colchón quedó solo en la ciénaga. Dio unas sacudidas de asombro y alarma. Casi se ahogó de miedo. Se irguió sobre la parte de atrás para ver por encima del cañaveral, pero no había nada, ni robot, ni puente reluciente ni nave; sólo más cañas. Escuchó, pero el viento no traía sonido alguno, aparte del rumor, ya familiar, de unos etimólogos medio locos que se llamaban a lo lejos, por el pantano tenebroso.

10

El cuerpo de Arthur Dent rodó.

El Universo saltó a su alrededor en un millón de añicos, y cada fragmento particular giró silenciosamente en el vacío, reflejando en su superficie plateada un ardiente holocausto de fuego y destrucción.

Luego estalló la negrura que hay al otro lado del Universo, y cada trozo de oscuridad era el humo furibundo del infierno. La nada que se oculta tras la negrura del otro lado del Universo emergió, y detrás de la nada agazapada tras la oscuridad del otro lado del Universo despedazado se vio al fin la formó de un hombre inmenso que decía palabras grandiosas.

—Esas fueron, pues —dijo el hombre, que hablaba sentado en un sillón enormemente cómodo—, las Guerras de Krikkit, la mayor desolación que jamás se precipitara sobre nuestra Galaxia. Lo que habéis sentido...

Slartibartfast pasó flotando.

—No es más que un documental —gritó haciendo gestos—. No es una buena muestra. Lo lamento mucho, al buscar el mando para rebobinar...

—...es lo que billones y billones de inocentes...

—No estéis dispuestos a creeros nada todavía —gritó Slartibartfast, que volvió a pasar flotando y manipuló con furia el aparato que había colocado en la pared de la Cámara de Ilusiones Informáticas.

—...personas, de criaturas, de semejantes vuestros...

La música subió de tono; era inmensa, de acordes tremendos. Y a espaldas del hombre, poco a poco, empezaron a erigirse tres altas columnas entre los enormes remolinos de niebla.

—...sintieron, vivieron o, con mayor frecuencia, no lograron vivir. Pensad en ello, amigos míos. Y no olvidemos (dentro de un momento podré sugerir un medio que nos ayudará a recordar siempre) que antes de las Guerras de Krikkit la Galaxia era algo raro y maravilloso: ¡una Galaxia feliz!

En ese momento la música se volvía loca en su inmensidad.

—¡Una Galaxia feliz, amigos míos, tal como representa el símbolo de la Puerta Wikket!

Las tres columnas ya estaban claramente a la vista: tres pilares

coronados por dos tramos transversales de un modo que resultaba extrañamente familiar al perplejo cerebro de Arthur.

—¡Los tres pilares! —tronó el gran hombre—. ¡El Pilar de acero, que representa la Fuerza y el Poder de la Galaxia!

Se encendieron reflectores que ejecutaron una danza enloquecida sobre la columna de la izquierda; era evidente que estaba hecha de acero o de algo parecido. La música arremetía con ruidos sordos y chillones.

—¡El Pilar Perspex —anunció el hombre inmenso—, que representa la fuerza de la Ciencia y de la Razón en la Galaxia!

Otros focos se movieron caprichosamente por la columna transparente de la derecha, creando en ella dibujos deslumbrantes y un ansia repentina e inexplicable de tomar un helado en el estómago de Arthur Dent.

—Y el Pilar de Madera, que representa —prosiguió la voz tonante, que en ese momento se enronqueció un poco, llena de sentimientos maravillosos— las fuerzas de la Naturaleza y de la Espiritualidad.

Las luces enfocaron la columna central. La música creció valerosamente al reino de la abominación absoluta.

—¡Los tres soportan —prosiguió la voz, alcanzando su punto culminante— el Arco Dorado de la Prosperidad y el Arco Plateado de la Paz!

Toda la estructura estaba entonces inundada de luces cegadoras y la música, afortunadamente, había traspasado los limites de lo discernible. En lo alto de las tres columnas, los dos arcos deslumbraban. Parecía haber tres chicas sentadas encima de ellos, o tal vez representaran ángeles. Aunque a los ángeles se les suele ver con más ropa.

De pronto hubo un dramático silencio en lo que posiblemente representaba al Cosmos y las luces se apagaron.

—No hay un mundo —vibró la voz experta del hombre—, ni un solo mundo civilizado en la Galaxia donde este símbolo no se reverencie incluso en nuestros días. Y persiste en la memoria racial de mundos primitivos. ¡Esto es lo que destruyeron las fuerzas de Krikkit, y esto es lo que ahora encierra su mundo hasta el fin de la eternidad!

Y con un gesto ceremonioso, el hombre mostró en sus manos un modelo de la Puerta Wikket [1]. En medio de aquel espectáculo absolutamente extraordinario resultaba muy difícil estimar la escala, pero la maqueta parecía tener un metro de altura.

—Desde luego, ésta no es la llave original. Como todo el mundo sabe, fue destruida, lanzada a los remolinos incesantes del continuo espacio/tiempo, y se perdió para siempre. Esta es una réplica admirable, hecha a mano por hábiles artesanos, amorosamente ensamblada mediante antiguos

secretos gremiales hasta formar un recuerdo que vosotros estaríais orgullosos de poseer, en memoria de los que cayeron y en homenaje a la Galaxia, a nuestra Galaxia, en cuya defensa murieron...

En ese momento, Slartibartfast pasó flotando otra vez.

—Lo encontré —anunció—. Podemos perdernos toda esta basura. No hagáis un gesto, eso es todo.

—Y ahora, inclinemos la cabeza en señal de reparación —entonó la voz, que volvió a repetirlo más de prisa y hacia atrás.

Las luces se encendieron y apagaron, las columnas desaparecieron, la voz cotorreó al revés hasta extinguirse, el Universo se recompuso de golpe a su alrededor.

—¿Habéis comprendido lo esencial? —preguntó Slartibartfast.

—Estoy asombrado —confesó Arthur—, y pasmado.

—Me he dormido —dijo Ford, que apareció flotando en ese momento —. ¿Me he perdido algo?

Una vez más se encontraron columpiándose a bastante velocidad al borde de un peñasco angustiosamente alto. El viento les azotaba el rostro y soplaba por una hondonada en donde los restos de una de las mayores y más potentes astronaves de combate que jamás se construyeran en la Galaxia volvía a la existencia envuelta en llamas. El cielo era rosa pálido y, a través de un color bastante curioso, se convertía en azul hasta pasar a negro en lo alto. Abajo, el humo ascendía con increíble rapidez.

Los acontecimientos se sucedían ahora ante sus ojos con demasiada velocidad para distinguirlos, y poco después, cuando una enorme nave de batalla pasó vertiginosamente por su lado, comprendieron que aquél era el momento en que habían llegado.

Pero ahora las cosas marchaban con demasiada rapidez; era un borrón videotáctil que los hacía pasar por siglos de historia galáctica, girando, retorciéndose, titilando. Sólo se oía una vibración leve.

De cuando en cuando, entre la tupida maraña de acontecimientos percibían catástrofes apabullantes, grandes horrores, estremecimientos cataclísmicos que siempre se relacionaban con ciertas imágenes recurrentes, las únicas que siempre se destacaban con claridad entre la avalancha de vértigo histórico: una línea de meta, una pelota pequeña y dura de color rojo, unos robots recios de color blanco y un objeto menos claro, sombrío y neblinoso.

Pero también se percibía claramente otra sensación del vibrante paso del tiempo.

Así como una serie lenta de golpecitos pierde al acelerarse la claridad de cada ruidito individual para adquirir poco a poco la calidad de un tono

sostenido y ascendente, de igual modo una serie de impresiones individuales cobraba entonces un aspecto de emoción sostenida, aunque no fuese una emoción. Si lo hubiese sido, no habría conmovido nada. Era odio; un odio implacable. Era frío; no frío como el hielo, sino como una pared. Era impersonal; no como un puñetazo lanzado al azar en medio de una

multitud, sino como multas de aparcamiento impuestas por ordenador. Y era mortal; no como una bala o un puñal, sino como una pared de ladrillo en medio de una autopista.

Y así como un tono creciente cambia de carácter y cobra armonía en el ascenso, del mismo modo esa emoción que no conmovía parecía crecer hasta llegar a un grito insoportable, aunque inaudible, adquiriendo un timbre de culpa y fracaso.

Y de pronto, cesó.

Quedaron de pie en la cima de una colina tranquila; era una tarde serena.

Se ponía el sol.

A su alrededor, una campiña verde, levemente ondulada, se extendía suavemente en la lejanía. Los pájaros cantaban expresando lo que pensaban de todo aquello; la opinión general parecía ser buena. A cierta distancia se oía el ruido de niños que jugaban, y un poco más allá de donde provenía el ruido se veía el contorno de un pueblo a la débil luz crepuscular.

El pueblo parecía consistir fundamentalmente en edificios bastante bajos hechos de piedra blanca. El cielo estaba lleno de curvas suaves y agradables.

El sol casi había desaparecido.

Como de ninguna parte, empezó a sonar música. Slartibartfast tiró de un interruptor y la música cesó.

—Esto... —dijo una voz.

Slartibartfast tiró de otro interruptor y la voz calló.

—Os lo contaré —dijo el anciano con voz queda.

El sitio era tranquilo. Arthur estaba contento. Hasta Ford parecía animado. Caminaron un trayecto corto en dirección al pueblo. La Ilusión Informática de la hierba era agradable y primaveral bajo sus pies. La Ilusión Informática de las flores daba un olor dulce y fragante. Sólo Slartibartfast parecía receloso y de mal humor.

Se detuvo y levantó la vista.

A Arthur se le ocurrió de pronto que, al haber llegado al final, por así decir, o más bien al principio de todo el horror que acababan de presenciar de manera borrosa, estaría a punto de ocurrir en alguna parte algo tan desagradable como idílico era todo aquello. También él miró hacia arriba.

No había nada en el cielo.

—No estarán a punto de atacar, ¿verdad? —preguntó.

Sabía que caminaba por una grabación, pero aun así se sentía alarmado.

—Nadie está a punto de atacar esto —anunció Slartibartfast con una voz que temblaba de emoción inesperada—. Aquí es donde empieza todo. Este es el lugar. Esto es Krikkit.

Miró fijamente al cielo.

De uno a otro horizonte, de oriente a occidente, de norte a sur, el firmamento estaba enteramente negro.

11

Pasos.

Zumbido.

—Encantada de serle útil.

—Cierra el pico.

—Gracias.

Más pasos.

Zumbido.

—Gracias por hacer feliz a una sencilla puerta.

—Ojalá se te pudran los diodos.

—Gracias. Que tenga buen día.

Siguen los pasos.

Zumbido.

—Es un placer abrirme para usted...

—Piérdete.

—...y una satisfacción el volverme a cerrar con la conciencia del trabajo bien hecho.

—He dicho que te pierdas.

—Gracias por escuchar este mensaje.

Más pasos.

—Va.

Zaphod dejó de caminar. Hacía días que pateaba el Corazón de Oro, y hasta el momento ninguna puerta le había dicho «va». No era lo que solían decir las puertas. Demasiado conciso. Además, no había bastantes puertas. Sonó como si cien mil personas hubieran dicho «va», y eso le dejó perplejo porque era el único ocupante de la nave.

Estaba oscuro. La mayoría de los aparatos secundarios de la nave estaban desconectados. El Corazón de Oro se hallaba flotando a la deriva en una zona remota de la Galaxia, en lo más hondo de la densa negrura del espacio. De manera que, ¿qué clase de cien mil personas determinadas aparecerían en ese momento para decir un «va» absolutamente inesperado?

Miró alrededor, a un lado y a otro del pasillo. Todo estaba sumido en la oscuridad. Sólo se veía el débil resplandor rosado de los marcos de las

puertas, que al hablar emitían vibraciones luminosas entre las sombras, aunque había intentado impedírselo por todos los medios imaginables.

Las luces estaban apagadas, de modo que sus cabezas podían dejar de mirarse, porque de ordinario ninguna de ellas era especialmente una visión atractiva, y tampoco habían mejorado desde que cometió el error de observar el interior de su alma.

En efecto, había sido una equivocación.

Fue por la noche, tarde, desde luego.

Había sido un día difícil, claro.

En el aparato de sonido de la nave sonaba música espiritual, por supuesto.

Y desde luego, él estaba un poco borracho.

En otras palabras, intervinieron todas las condiciones habituales que conducen a un acceso de búsqueda espiritual, pero de todos modos fue un error.

Ahora, solo en el silencio y oscuro pasillo, recordó el momento y se estremeció. Una de sus cabezas miraba a un lado y otra en dirección contraria, y cada una de ellas decidió que el camino adecuado era el opuesto.

Escuchó, pero no oyó nada.

Lo único que había oído era el «va».

Parecía un viaje tremendamente largo sólo para llevar a una enorme cantidad de personas a que dijeran una palabra.

Despacio y nervioso, empezó a caminar en dirección al puente. Al menos, allí se encontraba al mando de la situación. Volvió a detenerse. Se sentía de un modo que no podía considerar como muy positivo para una persona que estuviera al mando de algo.

Según recordaba, el primer sobresalto de aquel momento fue descubrir que tenía alma.

En realidad, siempre había más o menos supuesto que sí poseía alma, puesto que tenía un acopio completo de todo lo demás, aparte de dos cabezas, pero el encontrarse de repente con esa idea agazapada en su interior le había dado un grave susto.

Y cuando averiguó (ése fue el segundo sobresalto) que no se trataba de algo absolutamente maravilloso casi le hizo verter la copa. La apuró rápidamente, antes de que le ocurriera algo serio; a la copa, claro. A continuación se tomó otra de un trago para que fuese detrás de la primera y comprobara que estaba bien.

—Libertad —dijo en voz alta.

En ese momento entró Trillian en el puente y dijo varias cosas

entusiastas sobre el tema de la libertad.

—No puedo con ella —comentó Zaphod en tono sombrío mientras daba cuenta de una tercera copa para ver por qué la segunda aún no había informado del estado de la primera. Miró indeciso a sus dos cabezas y prefirió la de la derecha.

Bebió otra copa por la otra garganta con idea de que al pasar atajara a la otra, uniera fuerzas con ella y juntas lograran que la segunda se recobrase. Luego, las tres irían en busca de la primera, le darían buena conversación y tal vez la animarían para cantar un poco.

No estaba seguro de si la cuarta copa lo había entendido todo, de manera que bebió una quinta para que explicara el plan con más detalle y una sexta como apoyo moral.

—Estás bebiendo mucho —advirtió Trillian.

Sus cabezas chocaron tratando de distinguir separadamente las cuatro que ahora veía en la sola persona de ella. Se dio por vencido. Miró a la pantalla de navegación y quedó asombrado al ver una cantidad de estrellas fenomenal.

—La emoción y la aventura son cosas verdaderamente fantásticas —musitó.

—Mira —dijo Trillian en tono afable, sentándose cerca de él—, es muy comprensible que te sientas un poco perdido durante algún tiempo.

Zaphod la miró sobresaltado. Nunca había visto que alguien se sentara en su propio regazo.

—¡Uf! —exclamó.

Tomó otra copa.

—Has concluido la misión en la que has trabajado durante años.

—No he trabajado en ella. He intentado evitarla.

—Pero la has terminado.

—Creo que ella ha acabado conmigo —repuso él—. Aquí me tienes; soy Zaphod Beeblebrox, puedo ir a cualquier parte y hacer lo que me dé la gana. Tengo la nave más grandiosa que surca el cielo conocido, una chica con quien parece que las cosas marchan muy bien...

—¿Marchan bien?

—Por lo que yo sé. No soy experto en relaciones personales...

Trillian enarcó las cejas.

—Soy un tipo estupendo —añadió Zaphod—, puedo hacer lo que se me antoje; sólo que no tengo la menor idea de lo que quiero.

Hizo una pausa.

—De repente —continuó—, una cosa ha dejado de llevar a otra.

En contradicción con sus palabras, tomó otra copa y cayó al suelo

deslizándose graciosamente de la silla.

Mientras la dormía, Trillian investigó un poco en el ejemplar de la nave de la Guía del autoestopista galáctico. Ofrecía un consejo sobre la embriaguez:

—Adelante —decía—, y buena suerte.

Había una llamada al artículo referente al tamaño del Universo y a los modos de arreglárselas con ello.

Luego encontró el artículo sobre Han Wavel, un extraño planeta de vacaciones y una de las maravillas del Universo.

Han Wavel es un mundo que consiste fundamentalmente en fabulosos hoteles y casinos de superlujo, todos los cuales se formaron por la erosión natural del viento y la lluvia.

Las probabilidades de que eso ocurra son de una entre infinito. Poco se sabe de cómo ocurrió, porque ningún geofísico, perito en estadística de la probabilidad, meteoroanalista o estudioso de extravagancias, que están tan deseosos de investigarlo, puede permitirse una estancia en ese planeta.

Tremendo, pensó Trillian para sí, y al cabo de unas horas la gran nave en forma de zapatilla blanca avanzaba despacio por el cielo, bajo un sol ardiente y luminoso, hacia un puerto espacial de arena vistosamente coloreada. Se veía que en tierra causaba sensación la nave, y Trillian disfrutaba con ello. Oyó que Zaphod se movía y silbaba en alguna parte de la nave.

—¿Cómo estás? —preguntó Trillian por el circuito de intercomunicación general.

—Estupendamente —contestó él en tono vivaz—, espléndidamente bien.

—¿Dónde estás?

—En el cuarto de baño.

—¿Qué haces?

—Estar aquí.

Al cabo de una o dos horas quedó claro que lo había dicho en serio, y la nave volvió a remontarse sin haber abierto la escotilla una sola vez.

—¡Ea! —dijo Eddie el Ordenador.

Trillian asintió pacientemente con la cabeza, dio unos golpecitos con los dedos y pulsó el interruptor del intercomunicador.

—Creo que la diversión forzosa no es probablemente lo que necesitas en este momento.

—Probablemente no —respondió Zaphod desde donde estuviera.

—Me parece que un poco de desafío físico ayudaría a sacarte de ti mismo.

—Lo que te parezca —contestó Zaphod.

«IMPOSIBILIDADES RECREATIVAS» era el título que llamó la atención de Trillian un poco después, cuando se sentó a hojear de nuevo la Guía; y mientras el Corazón de Oro se precipitaba a velocidad improbable en una dirección indeterminada, tomó una taza de algo imbebible preparado por el Distribuidor Numitrático de Bebidas, leyendo sobre cómo volar.

La Guía del autoestopista galáctico tiene esto que decir sobre el tema de volar:

El volar es un arte o, mejor dicho, un don.

El don consiste en aprender a tirarse al suelo y fallar.

Elija un día que haga bueno —sugiere— e inténtelo.

La primera parte es fácil.

Lo único que se necesita es simplemente la habilidad de tirarse hacia adelante con todo el peso del cuerpo, y buena voluntad para que a uno no le importe que duela.

Es decir, dolerá si no se logra evitar el suelo.

La mayoría de la gente no consigue evitar el suelo, y si de verdad lo intenta como es debido, lo más probable es que no logra evitarlo de ninguna manera.

Está claro que la segunda parte, la de evitar el suelo, es la que presenta dificultades.

El primer problema es que hay que evitar el suelo por accidente. No es bueno tratar de evitarlo deliberadamente, porque no se conseguirá. Hay que distraer de golpe la atención con otra cosa cuando se está a medio camino, de manera que ya no se piense en caer, o en el suelo, o en cuánto le va a doler a uno si no logra evitarlo.

Es sumamente difícil distraer la atención de esas tres cosas durante la décima de segundo que uno tiene a su disposición. De ahí que fracasen la mayoría de las personas y que finalmente se sientan decepcionadas de este deporte estimulante y espectacular.

Sin embargo, si se es lo suficientemente afortunado para quedar distraído justo en el momento crucial por, digamos, unas piernas espléndidas (tentáculos, pseudopodia, según el fílum y/o las inclinaciones personales), por una bomba que estalle cerca o por la repentina visión de una especie sumamente rara de escarabajo que se arrastre junto a un hierbajo próximo, entonces, para pasmo propio, se evitará el suelo por completo y uno quedará flotando a pocos centímetros de él en una postura que podría parecer un tanto estúpida.

Es éste un momento de soberbia y delicada concentración.

Oscilar y flotar, flotar y oscilar.

Ignore toda consideración sobre su propio peso y déjese flotar más alto.

No escuche lo que alguien le diga en ese momento, porque es improbable que sea algo de provecho.

—¡Santo Dios, no es posible que estés volando! —es el tipo de comentario que suele hacerse.

Es de importancia vital no creerlo, o ese alguien tendrá razón de pronto.

Flote cada vez más alto.

Intente unos descensos en picado, suaves al principio, luego flote a la deriva sobre las copas de los árboles respirando con normalidad.

NO SALUDE A NADIE.

Cuando haya hecho esto unas cuantas veces, descubrirá que el momento de distracción se logra cada vez con mayor facilidad.

Entonces aprenderá todo tipo de cosas sobre cómo dominar el vuelo, la velocidad, la capacidad de maniobra, y el truco consiste normalmente en no pensar demasiado en lo que uno quiere hacer, sino limitarse a dejar que ocurra como si fuese a suceder de todos modos.

También aprenderá a aterrizar como es debido, algo en que casi con seguridad fracasará, y de mala manera, el primer intento.

Hay clubs privados que enseñan a volar y en los que se puede ingresar, donde le ayudarán a conseguir ese momento fundamental de distracción. Contratan a personas con cuerpos u opiniones sorprendentes, chocantes para saltar de autobuses en marcha y exhibirlos y/o explicarlos en los momentos críticos. Pocos autoestopistas auténticos podrán permitirse el ingreso en tales clubs, pero algunos quizá puedan conseguir un empleo temporal en ellos.

Trillian leyó anhelosamente todo eso, pero decidió de mala gana que Zaphod no se encontraba verdaderamente en el estado mental adecuado para tratar de volar, caminar a través de montañas o para intentar que la administración pública de Brantisvogan aceptara una tarjeta de cambio de dirección, que eran las demás cosas enumeradas bajo el título de «Imposibilidades Recreativas».

En cambio, dirigió la nave hacia Allosimanius Syneca, un mundo de hielo, nieve, belleza violenta y frío apabullante. El viaje desde las llanuras nevadas de Liska a la cumbre de las Pirámides de Cristal Helado de Sastantua es largo y agotador, incluso con esquíes a reacción y un tiro de perros de nieve de Syneca, pero el panorama que se ve desde las alturas, que dominan los helados ventisqueros de Stin, la sierra del Prisma, de tenue resplandor, y las luces danzantes del hielo, etéreas y remotas, es tal, que

primero paraliza la mente para luego lanzarla hasta horizontes de belleza desconocidos hasta entonces, y Trillian, por no ir más lejos, sintió que le vendría bien que su mente se lanzara despacio hacia horizontes de belleza desconocidos hasta entonces. Entraron en una órbita de poca altura.

Bajo ellos se extendía la blanca belleza plateada de Allosimanius.

Zaphod se quedó en la cama con una cabeza metida bajo la almohada, mientras la otra se dedicaba a hacer crucigramas hasta bien avanzada la noche.

Trillian volvió a asentir pacientemente con la cabeza, contó hasta un número lo bastante elevado y se dijo que lo importante ahora era hacer hablar a Zaphod.

A fuerza de desactivar todos los robots sintomáticos de la cocina, preparó la comida más fabulosamente deliciosa que pudo lograr: carnes delicadamente impregnadas de aceite, frutas olorosas, quesos fragantes y vinos finos de Aldebarán.

Se lo llevó y le preguntó si tenía ganas de comentar el asunto.

—Piérdete —replicó Zaphod.

Trillian asintió pacientemente, contó hasta un número aún más alto, apartó un poco la bandeja, se dirigió a la cámara de transporte y se teledirigió a hacer gárgaras.

Ni siquiera programó coordenada alguna, no tenía la menor idea de a dónde iba, sólo se marchó: una caprichosa hilera de puntos que circulaba por el Universo.

—Cualquier cosa es mejor que esto —dijo para sí en el momento de marcharse.

—Buen trabajo —murmuró Zaphod, que se dio la vuelta y no logró dormirse.

Al día siguiente caminó inquieto por los corredores vacíos de la nave, pretendiendo que no la buscaba, aunque sabía que no estaba. Ignoró las quejumbrosas preguntas del ordenador, que quería saber qué demonios estaba pasando; le puso una pequeña mordaza electrónica entre un par de terminales.

Al cabo de un rato empezó a apagar las luces. No había nada que ver. No iba a pasar nada.

Una noche —y la noche era prácticamente continua en la nave—, tumbado en la cama, decidió dominarse y ver las cosas con cierta perspectiva. Se incorporó bruscamente y empezó a vestirse. Decidió que en el Universo debía haber alguien más desgraciado, miserable y abandonado que él mismo, y se determinó a buscarlo y encontrarlo.

A medio camino del puente se le ocurrió que podía ser Marvin, y

volvió a la cama.

Pocas horas después de esto fue cuando recorría desconsolado los pasillos oscuros maldiciendo a las alegres puertas y al oír el «va» se puso muy nervioso.

Estaba en tensión. Se apoyó en la pared del pasillo y frunció el ceño como alguien que tratara de enderezar un sacacorchos a fuerza de telequinesis. Dejó las huellas de los dedos en la pared y notó una vibración extraña. Ahora oía con toda claridad ruidos leves. Y también distinguía su procedencia: venían del puente. Movió la mano a lo largo de la pared y llegó a algo que se alegró de encontrar. Siguió avanzando un poco más, en silencio.

—¿Ordenador? —musitó.

—¿Mmmm? —contestó con la misma discreción la terminal del ordenador que estaba más cerca de él.

—¿Hay alguien en la nave?

—Mmmmm —dijo el ordenador.

—¿Quién es?

—Mmmmm mmm mm mmmmmmm.

—¿Qué?

—Mmmmm mmmm mm mmmmmmm.

Zaphod se tapó una de las caras con las manos.

—¡Oh, Zarquon! —mascullό.

Miró por el pasillo hacia la entrada del puente; de ese tramo oscuro venían otros ruidos más decididos, y allí era donde estaban situadas las terminales amordazadas.

—Ordenador —susurró de nuevo.

—¿Mmmmm?

—Cuando te quite la mordaza...

—Mmmmm.

—Recuérdame que me dé un puñetazo en la boca.

—¿Mmmmm mmm?

—En cualquiera de las dos. Ahora dime una cosa. Una vez para sí, dos para no. ¿Hay peligro?

—Mmmm.

—¿Lo hay?

—Mmmm.

—¿No has dicho «mmmm» dos veces?

—Mmmm mmmm.

—Hummm.

Avanzó muy despacio por el corredor, como si más bien retrocediera

en sentido contrario, cosa que era cierta.

Se hallaba a unos dos metros del puente cuando de pronto comprendió horrorizado que la puerta iba a mostrarse amable con él, y se detuvo en seco. No había podido desconectar los circuitos de cortesía de las puertas.

La que daba al puente quedaba oculta a la vista por la rechoncha y excitante forma que se había dado al puente para que describiera una curva, y por eso esperaba entrar sin que le vieran.

Desalentado, volvió a apoyarse en la pared y dijo unas palabras que sorprendieron sobremanera a su otra cabeza.

Atisbó el débil resplandor rosado del marco de la puerta y descubrió que en la oscuridad del pasillo podía distinguir a duras penas el Campo Sensorio que se extendía por el corredor y decía a la puerta cuándo había alguien para que se abriera y le hiciese una observación agradable y simpática.

Se apretó bien contra la pared y se acercó a la puerta, encogiendo el pecho todo lo que podía para no rozar con el debilísimo perímetro del campo. Contuvo el aliento y se felicitó por el mal humor que le hizo quedarse en la cama durante los últimos días en lugar de ordenar sus sentimientos en los aparatos ensanchadores de pecho del gimnasio de la nave.

Comprendió que iba a tener que hablar en aquel momento. Hizo una serie de respiraciones muy someras, y luego, tan rápida y calladamente como pudo, dijo:

—Puerta, si me puedes oír, dímelo en voz muy, muy baja.

—Le oigo —murmuró la puerta en voz muy, muy baja.

—Bien. Ahora, dentro de un momento, voy a pedirte que te abras. Cuando lo hagas, no quiero que digas que estás muy contenta de abrirte, ¿entendido?

—Entendido.

—Y tampoco quiero que me digas que he hecho muy feliz a una sencilla puerta, o que es un placer abrirte para mí y una satisfacción volver a cerrarte con la conciencia del trabajo bien hecho, ¿vale?

—Vale.

—Y no quiero que me desees que pase un buen día, ¿comprendes?

—Comprendo.

—Muy bien —dijo Zaphod, poniéndose en tensión—, ábrete.

La puerta se abrió en silencio. Zaphod la cruzó con calma. La puerta se cerró discretamente a sus espaldas.

—¿Es así como quería, míster Beeblebrox? —preguntó la puerta a voz en grito.

—Quiero que se imaginen —dijo Zaphod al grupo de robots blancos que en aquel momento se dieron la vuelta para mirarle— que tengo en la mano una pistola Mat—O—Mata sumamente potente.

Hubo un silencio enormemente frío y feroz. Los robots le observaban con ojos horribles, sin expresión. Estaban muy quietos. Había en su aspecto algo muy macabro, especialmente para Zaphod, que nunca había visto antes a ninguno y ni siquiera había oído hablar de ellos. Las Guerras de Krikkit pertenecían al pasado remoto de la Galaxia, y Zaphod había pasado la mayor parte de las clases de historia antigua pensando en cómo acostarse con la chica que estaba en el cibercubículo vecino al suyo, y como el ordenador que le enseñaba formaba parte integrante de su plan, al final se borraron todos los circuitos de historia y quedaron sustituidos por una serie de ideas completamente diferentes con el resultado de que las borraron y las mandaron a una casa para Cibermats Degenerados, a donde les siguió la chica, que sin darse cuenta se enamoró perdidamente de la infortunada máquina, con el resultado de que a) Zaphod nunca se acercó a ella y b) de que se perdió un período de historia antigua que en este momento le habría sido de un valor inestimable.

Los miró fijamente, pasmado.

Era imposible explicar por qué, pero sus cuerpos blancos, lisos y pulidos, parecían la encarnación del mal puro y clínico. Desde sus ojos horriblemente inexpresivos a sus poderosos pies sin vida, constituían claramente el producto calculado de una mente que

simplemente deseaba matar. Zaphod tragó saliva, espantado.

Habían desmantelado parte de la pared posterior del puente, abriendo un paso hacia algunas partes vitales del interior de la nave. Con una nueva y peor sensación de sobresalto, Zaphod vio entre el laberinto de escombros que estaban abriendo un túnel hacia el corazón mismo de la nave, al núcleo de la Energía de la Improbabilidad que de modo tan misterioso había surgido de la nada, al propio Corazón de Oro.

El robot más próximo a él lo observaba de tal modo que parecía medir hasta la partícula más pequeña de su cuerpo, de su intelecto y de sus aptitudes. Y al hablar, sus palabras parecieron transmitir tal impresión. Antes de pasar a lo que dijo, conviene recordar en este momento que Zaphod era el primer ser orgánico viviente que oía hablar a una de aquellas criaturas durante un espacio de más de diez billones de años. Si hubiese prestado mayor atención a sus clases de historia antigua y menos a su ser orgánico, se habría sentido más impresionado por tal honor.

La voz del robot era como su cuerpo, fría, bruñida y sin vida. Casi poseía un tono áspero y culto. Parecía tan antigua como en realidad lo era.

—Tienes en la mano una pistola Mat—O—Mata sumamente potente —dijo el robot.

Zaphod no comprendió por un instante lo que quería decir, pero luego se miró la mano y sintió alivio al ver que lo que había encontrado en una abrazadera de la pared era realmente lo que había pensado.

—Sí —repuso con una especie de mueca de alivio, cosa que resultaba bastante difícil—, bueno, no quisiera exigirle demasiado de tu imaginación, robot.

Nadie dijo nada durante un rato, y Zaphod comprendió que los robots no habían ido a entablar conversación, que eso le correspondía a él.

—No puedo dejar de observar que habéis aparcado vuestra nave —dijo, indicando en la dirección adecuada con una de sus cabezas— en medio de la mía.

Nadie lo negó. Sin atender a ninguna clase de apropiado comportamiento dimensional, se limitaron a materializar su nave en el lugar preciso en que querían, lo que significaba que estaba encajada en el interior del Corazón de Oro como si no fuera más que un peine metido en otro.

Tampoco respondieron a eso y Zaphod se preguntó si la conversación cuajaría llevándola en forma de preguntas.

—¿no es así? —añadió.

—Sí —contestó el robot.

—Pues..., vale —dijo Zaphod—. ¿Y qué estáis haciendo aquí, tíos?

Silencio.

—Robots —corrigió Zaphod—. ¿Qué estáis haciendo aquí, robots?

—Hemos venido por el Oro del Arco —contestó el robot con su voz áspera.

Zaphod asintió. Movió la pistola invitando a que le dieran más explicaciones. El robot pareció entenderlo.

—El Arco de Oro es parte de la Llave que buscamos —prosiguió el robot— para liberar a nuestros Amos de Krikkit.

Zaphod asintió de nuevo. Volvió a balancear la pistola.

—La Llave se desintegró en el tiempo y en el espacio —continuó el robot—. El Arco de Oro está engastado en el motor que impulsa tu nave. Al reconstruirlo se transformará en la Llave. Nuestros Amos serán liberados. El Reajuste Universal continuará.

Zaphod volvió a asentir.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Una expresión levemente apenada pareció surgir en el rostro totalmente inexpresivo del robot. Era como si la conversación le resultara deprimente.

—Destrucción ——explicó, y repitió—: Buscamos la Llave; ya tenemos el Pilar de Madera, el Pilar de Acero y el Pilar Perspex. Dentro de un momento tendremos el Arco de Oro...

—No, no lo tendréis.

—Lo conseguiremos —aseguró el robot.

—No, no lo tendréis. Eso hace que mi nave funcione.

—Dentro de un momento —repitió pacientemente el robot— tendremos el Arco de Oro...

—No lo tendréis ——declaró Zaphod.

—Y luego nos marcharemos —dijo el robot con toda seriedad— a una fiesta.

—¡Ah! ——exclamó Zaphod, sorprendido—. ¿Puedo acompañaros?

—No —repuso el robot—. Vamos a disparar contra ti.

—¿Ah, sí? —dijo Zaphod moviendo la pistola.

—Sí —confirmó el robot.

Le dispararon.

Zaphod quedó tan sorprendido que tuvieron que dispararle otra vez antes de que tocara el suelo.

12

—¡Chsss! —dijo Slartibartfast—. Atentos, escuchad.

La noche ya había caído sobre el viejo Krikkit. El cielo estaba negro y vacío. La única luz procedía del pueblo cercano, de donde la brisa traía suavemente rumores agradables de vida en común. Se pararon bajo un árbol que les envolvió con su fuerte fragancia. Arthur se puso en cuclillas y sintió la Ilusión Informática del suelo y de la hierba, que le recorrió los dedos. El suelo parecía sólido y fértil; la hierba, fuerte. Era difícil rechazar la impresión de que se trataba de un lugar absolutamente delicioso en todos los aspectos.

Sin embargo, el cielo estaba sumamente vacío y a Arthur le pareció que enviaba cierto escalofrío sobre el paisaje idílico, aunque normalmente invisible. Pero pensó que era cuestión de a lo que uno estuviera acostumbrado.

Sintió un golpecito en el hombro y levantó la vista. Slartibartfast llamaba calladamente su atención sobre algo que estaba al otro lado de la colina. Miró y apenas ditinguió unas luces mortecinas que danzaban y oscilaban moviéndose despacio en su dirección.

Al aproximarse, también se oyó un rumor y pronto resultó que el débil resplandor y los ruidos eran un pequeño grupo de personas que volvían a sus casas caminando desde la colina hacia el pueblo.

Pasaron muy cerca de los que acechaban bajo el árbol, moviendo faroles que *cían describir a las luces una danza suave y extravagante entre los árboles y sobre la hierba, charlando alegremente y cantando una canción sobre lo bonito y maravilloso que era todo, lo felices que eran, cuánto disfrutaban trabajando en la granja y lo agradable que resultaba volver a casa y ver a sus mujeres e hijos, con un estribillo melodioso referente al aroma especialmente fragante que las flores despedían en aquella época del año y a que era una pena que el perro hubiese muerto mirándolas de tanto como le gustaban.

Arthur casi se imaginó a Paul McCartney sentado, una noche, junto a la chimenea con los pies en alto tarareándosela a Linda y pensando en qué comprar con las ganancias, decidiéndose probablemente por Essex.

—Los Amos de Krikkit —murmuró Slartibartfast en tono sepulcral.

Al venir esa observación tan seguida de su pensamiento acerca de Essex, Arthur sufrió un momento de confusión. Luego la lógica de la situación se impuso por sí misma en su mente dispersa y descubrió que seguía sin entender lo que había querido decir el anciano.

—¿Cómo? —preguntó.

—Los Amos de Krikkit —repitió Slartibartfast, y si antes su voz tenía un tono sepulcral, ahora parecía la de algún habitante del Hades con bronquitis.

Arthur observó al grupo y trató de sacar algún sentido de la poca información de que disponía hasta el momento.

Aquellas personas eran claramente extrañas, aunque sólo fuese porque eran un poco altos, delgados, angulares y tan pálidos que casi parecían blancos, pero por lo demás tenían un aspecto bastante agradable; un poco raro, tal vez, uno no quisiera necesariamente pasar un viaje largo en autocar con ellos, pero el caso era que si distaban en cierto modo de ser gente buena y honrada, quizá fuese en el sentido de que eran muy simpáticos en vez de no serlo de manera suficiente. Así que, ¿a qué venía el áspero ejercicio pulmonar de Slartibartfast, que parecía más apropiado para un anuncio radiofónico de esas desagradables películas en que los operarios de una sierra de cadena se llevan trabajo a casa?

Entonces, es que eso de Krikkit era algo serio. No había caído en la relación existente entre lo que él conocía como criquet y lo que...

Slartíbartfast interrumpió sus pensamientos como si presintiera lo que pasaba por su mente.

—El juego que tú conoces como criquet —dijo con una voz que parecía perdida entre pasajes subterráneos— no es más que un curioso capricho de la memoria racial, que puede conservar imágenes vivas en la mente eones después de que su significado verdadero se haya perdido en la niebla del tiempo. De todas las razas de la Galaxia, sólo la inglesa podía revivir el recuerdo de las guerras más horribles que dividieron el Universo y transformarlo en un juego que, según me temo, se considera generalmente como absurdo e incomprensiblemente aburrido.

—A mí me gusta mucho —añadió—, pero a ojos de la mayoría de la gente, sois involuntariamente culpables del mal gusto más grotesco. Sobre todo por eso de la pelotita roja que llega a la meta; eso es muy desagradable.

—Hum —dijo Arthur con el ceño fruncido en actitud reflexiva para indicar que sus sinapsis cognitivas se las arreglaban con el comentario lo mejor que podían—, hum.

—Y estos —anunció Slartibartfast, otra vez en tono abovedado y gutural, al tiempo que señalaba al grupo de hombres de Krikkit, que ya los habían sobrepasado— son los que empezaron todo, que volverá a iniciarse esta noche. Vamos, los seguiremos y veremos por qué.

Salieron de debajo del árbol y siguieron al alegre grupo por el oscuro sendero de la colina. Su instinto natural hizo que fueran tras su presa de forma silenciosa y furtiva aunque, como iban caminando simplemente por una grabación de Ilusión Informática, bien podían teñirse de azul y tocar la tuba por toda la atención que los perseguidos les prestaban.

Arthur observó que un par de miembros del grupo cantaban ahora una canción diferente. La melodía les llegó a través del suave aire nocturno; era una dulce balada romántica que habría asegurado Kept y Sussex para McCartney poniéndole en buenas condiciones para hacer una oferta razonable por Hampshire.

—Sin duda tú debes saber lo que está a punto de ocurrir —dijo Slartibartfast.

—¿Yo? —repuso Ford—. No.

—¿No estudiaste de niño Historia Antigua de la Galaxia?

—Estuve en el cibercubículo de detrás de Zaphod —explicó Ford—; era muy distraído. Lo que no significa que no aprendiera algunas cosas bastante sorprendentes_.

En ese momento Arthur notó una extraña peculiaridad en la canción que cantaba el grupo. La melodía, que habría instalado sólidamente a McCartney en Winchester haciéndole mirar con resolución desde el Test Valley al rico botín de New Forest, tenía una letra curiosa. El compositor se refería a la cita con una chica no «bajo la luna» ni «bajo las estrellas», sino «sobre la hierba», lo que pareció a Arthur un poco prosaico. Luego volvió a mirar al cielo, sorprendentemente vacío, y tuvo la clara sensación de que eso debía tener una importancia especial: ojalá pudiera saber cuál. Le dio la impresión de estar solo en el Universo, y lo dijo.

—No —repuso Slartibartfast apretando un poco el paso—, la gente de Krikkit nunca ha considerado que está «sola en el Universo». Mira, están envueltos en una Nube de Polvo, con su único sol y su único mundo, y se encuentran justo en el extremo más oriental de la Galaxia. Debido a la Nube de Polvo, nunca ha habido nada que ver en el cielo. De noche está enteramente vacío. Durante el día hace sol, pero como no se le puede mirar de frente, no lo hacen. Apenas prestan atención al cielo. Es como si tuviesen un punto ciego que se extendiera 180 grados de horizonte a horizonte.

»Y la razón por la que nunca han pensado en que "estamos solo”, es

que hasta esta noche no se enterarán de la existencia del Universo. Hasta esta noche.

Siguió andando, dejando que las palabras resonaran en el aire tras él.

—Figúrate —continuó—, ni siquiera pensar en que «estamos solos», sólo porque a ti nunca se te ha ocurrido que existe otro modo de estar.

Volvió a avanzar.

—Me parece que esto va a resultar un poco desconcertante —añadió.

Al decir eso oyeron un trueno agudo, muy tenue, por encima de sus cabezas, en el cielo vacío. Levantaron la vista, alarmados, pero durante unos instantes no vieron nada.

Luego Arthur notó que delante de ellos los del grupo habían oído el ruido, pero que ninguno parecía saber qué era. Se miraban mutuamente; consternados, pasaban la vista de, izquierda a derecha, hacia adelante, hacia atrás, e incluso al suelo. No se les ocurrió mirar arriba.

La profundidad del horror y del sobresalto que manifestaron unos instantes después, cuando los restos llameantes de una nave espacial cayeron retumbando del cielo para estrellarse a unos setecientos metros de donde ellos estaban, era algo que había que haber estado allí para verlo.

Unos hablan en tonos apagados del Corazón de Oro, otros de la Astronave Bistromática.

Muchos hablan de la legendaria y gigantesca Titanic Espacial, nave de travesía fastuosa y señorial botada en las grandes factorías navales de Artrifactovol; y no les falta motivo.

Era de una belleza sensacional, increíblemente alta, y con unas instalaciones más agradables que las de cualquier nave de lo que queda de la historia (véase más abajo la nota sobre la Campaña en pro del tiempo real), pero tuvo la desgracia de que su construcción se llevó a cabo en los primeros días de la Física de la Improbabilidad, mucho antes de que esa difícil y abominable rama del conocimiento fuese plenamente, o un poco, entendida. En su inocencia, los proyectistas e ingenieros decidieron incorporarle un prototipo de Campo de la Improbabilidad con la supuesta intención de garantizar que era Infinitamente Improbable que apuna parte de la nave se estropeara alguna vez.

No comprendieron que, debido a la naturaleza circular y casi recíproca de todos los cálculos de Improbabilidad, era bastante factible que casi de inmediato ocurriese algo Infinitamente Improbable.

La Titanic Espacial ofrecía un aspecto monstruosamente bello mientras estaba fondeada como una ballena plateada del megavacío arcturiano entre la tracería iluminada por láser de los puentes de las grúas: una nube reluciente de alfileres y agujas luminosos frente a la honda

negrura interestelar; pero al despegar, ni siquiera logró lanzar su primer mensaje por radio, un SOS, antes de sufrir un súbito, gratuito y absoluto fracaso existencial.

Sin embargo, el mismo acontecimiento que vio el desastroso fracaso de una ciencia en su infancia, también presenció la apoteosis de otra. Se demostró de manera concluyente que el número de gente que vio el reportaje televisivo en tres dimensiones de la botadura era mayor del que existía realmente en la época, lo que en la actualidad se ha reconocido como el mayor logro jamás alcanzado por la ciencia de la investigación de audiencia.

Otro acontecimiento espectacular para los medios de comunicación fue la supernova por la que horas después pasó la estrella Ysllodins. Allí es donde viven o, más bien, vivían los propietarios de las más importantes empresas de seguros de la Galaxia. Pero mientras de esas naves, y de otras grandiosas que vienen a la cabeza, como la Flota Galáctica de Combate —el GSS Temerario, el GSS Audacia y el GSS Locura Suicida—, se habla mucho, con respeto, orgullo, entusiasmo, cariño, admiración, pesadumbre, celos, resentimiento y, de hecho, con la mayoría de las mejores emociones conocidas, la que normalmente despierta mayor asombro es Krikkit Uno, la primera nave espacial que jamás construyera el pueblo de Krikkit.

No porque fuese una nave maravillosa, que no lo era.

Era un extraño montón de algo semejante a chatarra. Parecía que lo habían aplastado en algún patio, y en ese lugar fue precisamente donde lo aplastaron. Lo asombroso no era que la nave estuviera bien construida (no lo estaba), sino que llegara a construirse. El período de tiempo transcurrido entre el momento en que la gente de Krikkit descubrió que había una cosa llamada espacio y la botadura de su primera nave espacial, fue casi exactamente de un año.

Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, Ford Prefect se sintió sumamente agradecido de que aquello no fuese más que otra Ilusión Informática y de que en consecuencia se encontrara completamente a salvo. En la vida real no habría puesto el pie en aquella nave ni por todo el vino de arroz de China. Una de las frases que le vinieron a la cabeza fue: «Extremadamente insegura»; y otra: «¿Puedo bajarme, por favor?»

—¿Va a volar esto? —inquirió Arthur, lanzando miradas sombrías por las tuberías atadas con cuerdas y por los alambres que festoneaban el atestado interior de la nave.

Slartibartfast le aseguró que sí, que se hallaban perfectamente a salvo, que todo iba a ser muy instructivo y nada desolador. Ford y Arthur decidieron relajarse y quedar desolados.

—¿Por qué no volverse loco? ——comentó Ford.

Delante de ellos y, desde luego, totalmente ignorantes de su presencia por la. mismísima razón de que en realidad no se encontraban allí, estaban los tres pilotos. Eran también los constructores de la nave. Habían estado aquella noche en el sendero de la colina cantando canciones enteramente tiernas. Sus cerebros quedaron levemente trastornados por la cercana colisión de la nave desconocida. Pasaron semanas arrancando hasta el último y minúsculo secreto de los restos de aquella nave chamuscada, sin dejar de cantar alegres cancioncillas de destripar astronaves. Aquélla era su nave, y en aquel momento también cantaban por ello, expresando el doble gozo del logro y de la propiedad. El estribillo era un poco conmovedor, describía la pena que el trabajo les había deparado durante tantas horas en el garaje, lejos. de la compañía de sus mujeres e hijos, que les habían echado muchísimo de menos pero que habían mantenido su alegría contándoles historias interminables de lo bien que estaba creciendo el perrito.

¡Zas!, despegaron.

Surcaron el espacio con estrépito, como si la nave supiera exactamente lo que estaba haciendo.

—De ningún modo —dijo Ford poco después de que se recobraran del sobresalto de la aceleración, cuando salían de la atmósfera del planeta; e insistió—: En modo alguno termina nadie de proyectar y construir en un año una nave como ésta, por mucho entusiasmo que tenga. No lo creo. Demostrádmelo y seguiré sin creerlo.

Meneó la cabeza con aire pensativo y por un minúsculo ojo de buey contempló la nada del exterior.

Durante un rato no hubo incidentes en la travesía y Slartibartfast les tuvo pendientes de ella.

Sin embargo, muy pronto llegaron al perímetro interior de la Nube de Polvo, esférica y profunda, que envolvía el sol y su planeta natal, ocupando, por así decir, la siguiente órbita exterior.

Era como si se hubiese producido un cambio paulatino en la textura y consistencia del espacio. Ahora parecía que la oscuridad se desgarraba en ondas a su paso. La negrura del cielo nocturno de Krikkit era densa, vacía y helada.

La frialdad, la densidad y el vacío atenazaron lentamente el corazón de Arthur, que captó en lo más hondo los sentimientos de los pilotos, suspendidos en el aire como una gruesa carga estática. En aquel momento se hallaban en la frontera misma de la conciencia histórica de su raza. Era el límite exacto más allá del cual jamás habían especulado, o ni siquiera sabido que hubiese especulación alguna que hacer.

La oscuridad de la nube dio un bofetón a la nave. En su interior se encerraba el silencio de la historia. Su misión histórica consistía en averiguar si había algo o alguien al otro lado del cielo, desde donde pudieran llegar los restos de la nave, tal vez otro mundo extraño e incomprensible, aunque esa idea pertenecía a las estrechas mentes que habían vivido bajo el cielo de Krikkit.

La Historia se replegaba para asestar otro golpe.

La oscuridad seguía orlándose a su paso, el vacío se tragaba las sombras. Parecía cada vez más próxima, cada vez más densa, cada vez más honda. Y de pronto desapareció.

Salieron de la nube.

Vieron las gemas titilantes de la noche en su polvo infinito y sus cabezas cantaron de miedo.

Siguieron volando durante un rato, inmóviles frente a la extensión estrellada de la Galaxia, quieta ella misma frente a la infinita extensión del Universo. Y entonces dieron la vuelta.

—Tenía que pasar —dijeron los hombres de Krikkit al dirigirse de vuelta a casa.

En la travesía de vuelta cantaron una serie de canciones melodiosas y reflexivas sobre los temas de la paz, la justicia, la moral, la cultura, el deporte, la vida de familia y la destrucción de todas las demás formas de vida.

13

—Así que ya veis lo que pasa —dijo Slartibartfast moviendo despacio su café artificialmente fabricado, y en consecuencia agitando también la vorágine de intersecciones entre números reales e irreales, entre las percepciones interactivas de la mente y del Universo, para generar de ese modo las matrices reestructuradas de la subjetividad implícitamente —desarrollada que permitieran a su nave volver a componer el concepto mismo de tiempo y espacio.

—Sí —dijo Arthur.

—Sí —repitió Ford.

—¿Qué hago con este trozo de pollo? —preguntó Arthur.

Slartibartfast le miró con gravedad.

—Juega con él —recomendó—. Juega con él.

Hizo una demostración con su propia tajada.

Arthur hizo lo mismo y sintió el leve estremecimiento de una función matemática que vibraba por el muslo de pollo mientras se movía en cuatro dimensiones por donde Slartibartfast le había asegurado que era un espacio pentadimensional.

—De la noche a la mañana —explicó Slartibartfast—, todo el pueblo de Krikkit pasó de ser encantador, delicioso, inteligente...

—...aunque extravagante... —intercaló Arthur.

—...y normal y corriente —prosiguió Slartibartfast—, a ser un pueblo encantador, delicioso, inteligente...

—...extravagante...

—...y loco de xenofobia. La idea de Universo no encajaba en su concepción del mundo, por decirlo así. No pudieron asimilarla, sencillamente. Y así, por encantador, delicioso, inteligente y extravagante, si quieres, que fuesen, decidieron destruirlo. ¿Qué ocurre ahora?

—No me gusta mucho este vino ——dijo Arthur, olisqueándolo.

—Pues devuélvelo. Todo forma parte de su elemento matemático.

Así lo hizo Arthur. No le gustó la topografía de la sonrisa del camarero, pero el dibujo lineal nunca le había gustado de todos modos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ford.

—Volvemos a la Cámara de Ilusiones Informáticas —contestó Slartibartfast, levantándose y limpiándose la boca con la representación matemática de una servilleta de papel—, a ver la segunda parte.

14

—El pueblo de Krikkit —dijo su Ilustrísima Supremacía Sentenciatoria, el juez Pag DIMUSO (el Docto, Imparcial y Muy Sosegado), presidente de la junta de jueces en el juicio contra los crímenes de guerra de Krikkit— es, bueno, ya saben, no es más que una pandilla de tipos verdaderamente encantadores, ya saben, que da la casualidad de que quieren matar a todo el mundo. Demonios, yo me siento del mismo modo algunas mañanas. Mierda. Vale —prosiguió, poniendo los pies sobre el banco de enfrente y haciendo una pequeña pausa para quitarse un hilito de sus Playeras de Gala—, de manera que no es preciso que quieran ustedes compartir la Galaxia con esos tipos.

Eso era cierto.

El ataque de Krikkit contra la Galaxia había sido pasmoso. Miles y miles de enormes astronaves de combate saltaron súbitamente del hiperespacio y atacaron simultáneamente a miles y miles de planetas importantes, apoderándose primero de los suministros materiales necesarios para construir la segunda oleada que aniquilaría tales mundos, borrándolos del mapa.

La Galaxia, que había disfrutado de un insólito período de paz y de prosperidad, se tambaleó como alguien a quien atracan en un prado.

—Quiero decir —prosiguió el juez Pag lanzando una mirada alrededor de la sala, enorme y ultramoderna (eso fue hace diez billones de años, cuando «ultramoderno» significaba mucho acero inoxidable y cemento blanqueado)— que esos tipos son simplemente unos obsesos.

Eso también era cierto, y es la única explicación que hasta el momento ha logrado dar cualquiera para la increíble velocidad con que el pueblo de Krikkit emprendió su nuevo y único propósito: la destrucción de todo lo que no fuese Krikkit.

También es la única explicación de su sorprendente y repentina adquisición de toda la hipertecnología necesaria para construir miles de naves y millones de robots blancos, de efectos mortíferos.

Estos habían verdaderamente sembrado el terror entre quienes se —cruzaban en su camino, aunque en la mayoría de los casos el terror

—,duraba muy poco tiempo, igual que la persona que lo padecía. Eran máquinas de guerra voladoras, feroces, testarudas. Empuñaban formidables bastones de batalla de múltiples usos, que si se esgrimían en una dirección derribaban edificios; si se movían en otra, disparaban burbujeantes rayos Omni–Destruct—O—Mato; si se manipulaban en otro sentido, lanzaban un horrible arsenal de granadas, que iban desde artefactos incendiarios de menor importancia hasta dispositivos hipernucleares Maxi Slorta, que podían hacer desaparecer un sol grande. Las bombas se cargaban al simple contacto con los palos, que al mismo tiempo las lanzaban con precisión fenomenal a distancias que variaban entre unos metros y centenares de miles de kilómetros.

—Vale —repitió el juez Pag—, así que ganamos.

Hizo una pausa y mascó un trozo de chicle.

—Vencimos —insistió—, pero no fue algo grandioso. Me refiero a que era una galaxia de tamaño medio contra un mundo pequeño, y ¿cuánto tiempo tardamos? ¿Amanuense del Tribunal?

—¿Señoría? —dijo el grave hombrecillo de negro, levantándose.

—¿Cuánto tiempo, muchacho?

—Es un poco difícil, señoría, ser exacto en este asunto. El tiempo y la distancia...

—Tranquilícese, hombre, sea vago.

—No me gusta ser vago, señoría, en tal...

—Muerde la bala y adelante.

El amanuense del Tribunal le miró y pestañeó. Era evidente que, como la mayoría de los que ejercían la profesión legal en la Galaxia, consideraba al juez Pag (o Zipo Bibrok 5 X 108, tal como se le conocía, inexplicablemente, por su nombre privado) como un personaje bastante penoso. Estaba claro que era un sinvergüenza y una persona vulgar. Parecía creer que el hecho de que poseyera la mentalidad jurídica más fina que jamás se descubriera, le daba derecho a comportarse como le diera la gana y, lamentablemente, es posible que tuviera razón.

—Pues, bien, señoría, en sentido muy aproximado, dos mil años —murmuró el amanuense en tono desconsolado.

—¿Y a cuántos tipos les dieron mulé?

—A dos grillones, señoría.

El amanuense se sentó. Si en ese momento se le hubiera hecho una fotografía hidrospéctica, se habría visto que emanaba un poco de vapor.

El juez Pag volvió a mirar alrededor de la sala, donde se congregaban centenares de altos funcionarios de toda la administración galáctica, con sus uniformes o cuerpos de gala, según el metabolismo y la costumbre. Tras

una pared de Cristal Indestructible se erguía un grupo representativo del pueblo de Krikkit, mirando con odio tranquilo y cortés a todos los extranjeros reunidos para pronunciar un veredicto contra ellos. Era la ocasión más trascendental de la historia judicial, y el juez Pag era consciente de ello.

Se quitó el chicle y lo pegó debajo de la silla.

—Eso es un montonazo de fiambres —declaró con calma.

El sombrío silencio de la sala parecía concordar con tal opinión.

—Así que, como he dicho, son una pandilla de tipos verdaderamente encantadores, pero ustedes no querrían compartir la Galaxia con ellos si siguen con lo mismo y no van a aprender a tranquilizarse un poco. Y es que íbamos a estar nerviosos todo el tiempo, ¿no es verdad, eh? Bam, bam, bam, ¿cuándo nos atacarían otra vez? La coexistencia pacífica está fuera de lugar, ¿no? Que alguien me traiga un poco de agua, gracias.

Se recostó en el asiento y dio unos sorbos con aire reflexivo.

—Muy bien —prosiguió—, oigan, escuchen. Es como si esos tipos, ya saben, tuviesen derecho a su propia idea del Universo. Y según tal concepción, que el Universo les impuso, obraron adecuadamente. Parece absurdo, pero creo que estarán de acuerdo. Creen en...

Consultó un papel que encontró en el bolsillo trasero de sus vaqueros judiciales.

—Creen en «la paz, la justicia, la moral, la cultura, el deporte, la vida de familia y en la destrucción de todas las demás formas de vida».

Se alzó de hombros.

—He oído cosas mucho peores —comentó.

Se rascó la ingle con aire pensativo.

—¡Pero bueno! —exclamó. Bebió otro sorbo de agua, sostuvo el vaso a la luz y frunció el ceño. Le dio la vuelta—. ¡Eh! ¿Hay algo en este agua? —preguntó.

—Pues..., no, señoría —dijo el ujier del tribunal que se la había traído, bastante nervioso.

—Entonces llévesela —saltó el juez Pag— y ponga algo en ella. Tengo una idea.

Retiró el vaso y se inclinó hacia adelante.

—Oigan, escuchen.

La conclusión fue brillante; algo así:

El planeta de Krikkit debía encerrarse a perpetuidad en una envoltura de Tiempo Lento, dentro del cual la vida continuaría con una lentitud casi infinita. Toda luz debía desviarse en torno a la envoltura para que permaneciera invisible e impenetrable. Huir de la envoltura sería

completamente imposible, a menos que abrieran desde fuera.

Cuando el resto del Universo llegara a su término definitivo, cuando toda la creación alcanzara su otoño final (todo esto sucedía, claro está, en los días anteriores al descubrimiento de que el fin del Universo sería una espectacular aventura hostelera) y la

vida y la materia cesaran de existir, entonces el planeta de Krikkit y su sol surgirían de la envoltura de Tiempo Lento y llevaría una vida solitaria, tal como anhelaba, en el crepúsculo del vacío universal.

La Cerradura estaría en un asteroide que describiría una órbita lenta alrededor de la envoltura.

La Llave sería el símbolo de la Galaxia: la Puerta Wikket.

Cuando se apagaron los aplausos en la sala, el juez Pag se encontraba en la Sens—O—Ducha con una preciosa componente del jurado a quien había pasado una nota de manera subrepticia media hora antes.

15

Dos meses después, Zipo Bibrok 5 X 108 había cortado las perneras de sus vaqueros galácticos y gastaba parte de los enormes honorarios recibidos por los juicios tumbado en una playa engalanada mientras la preciosa componente del jurado le daba un masaje en la espalda con Esencia de Qualactina. Era una muchacha de Soolfinia, al otro lado de los Mundos Nublados de Yaga. Tenía una piel de limón sedoso y estaba muy interesada

en los cuerpos legales.

—¿Has oído las noticias? —preguntó.

—¡Vaaaayaaaaa! —exclamó Zipo Bibrok 5 X 108, y habría que haber estado allí para saber por qué dijo eso. Nada de esto está registrado en la cinta de Ilusiones Informáticas, y todo se basa en rumores—. No —añadió cuando dejó de suceder lo que le había hecho exclamar «¡Vaaaayaaaaa!». Se movió un poco para recibir los primeros rayos del tercero y mayor de los tres soles primarios de Vod, que ahora se remontaba sobre el horizonte, ridículamente bello, mientras el cielo relucía con el polvo de mayor potencia bronceadora que jamás se conociera.

Una brisa fragante venía del mar en calma, se esparcía por la playa y flotaba de nuevo hacia el mar, preguntándose a dónde iría a continuación. En un impulso alocado, volvió otra vez a la playa. Se retiró nuevamente hacia el mar.

—Espero que no sean buenas noticias —masculló Zipo Bibrok 5 X 108—, porque no creo que pudiera soportarlo.

—Hoy se ha cumplido tu sentencia sobre Krikkit —informó la muchacha en tono mayestático. No era preciso anunciar algo tan prosaico con esa suntuosidad, pero la muchacha siguió adelante de todos modos porque era esa clase de día—. Lo he oído en la radio cuando fui a la nave a buscar el aceite.

—Ajá —murmuró Zipo mientras apoyaba la cabeza en la arena recamada.

—Ha ocurrido algo —anunció la muchacha.

—¿Mmmm?

—Nada más cerrar la envoltura de Tiempo Lento —dijo ella, haciendo

una pausa para untarle la Esencia de Qualactina—, una nave de guerra de Krikkit, a la que se daba por perdida y se creía destruida, resultó que simplemente estaba perdida. Apareció y trató de apoderarse de la Llave.

Zipo se incorporó bruscamente.

—¿Qué, cómo?

—Todo está bien —explicó la muchacha con una voz que habría apaciguado a la Gran Explosión—. Al parecer hubo una batalla breve. La Llave y la nave quedaron desintegradas y estallaron en el continuo espacio–temporal. Por lo visto, se han perdido para siempre.

Sonrió, vertiéndose en los dedos un poco más de Esencia de Qualactina. Zipo se calmó y volvió a tumbarse.

—Repite lo que me has hecho hace unos momentos —murmuró.

—¿Esto? —dijo ella.

—No, no —protestó Zipo—, eso.

—¿Esto? —preguntó la muchacha.

—¡Vaaaayaaaaa!

Una vez más, había que estar allí.

La fragante brisa volvió a venir del mar.

Un mago paseaba por la playa, pero nadie le necesitaba.

16

—Nada se pierde para siempre —dijo Slartibartfast mientras en su rostro oscilaba–la luz rojiza de la vela que el camarero robot intentaba retirar—, excepto la Catedral de Chalesm.

—¿El qué? —preguntó Arthur, sobresaltado.

—La Catedral de Chalesm —repitió el anciano—. Fue durante mis investigaciones para la Campaña de Tiempo Real; entonces...

—¿El qué? —insistió Arthur.

Slartibartfast hizo una pausa para ordenar sus ideas y lanzar, según esperaba, el último asalto sobre aquel tema. El camarero robot se movía por las matrices espacio–temporales de un modo que combinaba de manera espectacular lo grosero con lo obsequioso; hizo un movimiento brusco y atrapó la vela. Les habían presentado la cuenta, habían discutido de modo convincente acerca de quién había tomado los canelones y de cuántas botellas de vino habían bebido y, tal como Arthur se apercibió vagamente, con una maniobra eficaz habían sacado la nave del espacio subjetivo entrando en la órbita de aterrizaje de un planeta extraño. El camarero estaba deseoso de concluir su parte en aquella pantomima y de limpiar el restaurante.

—Todo quedará claro —aseguró Slartibartfast.

—¿Cuándo?

—Dentro de un momento. Escucha. La corriente del tiempo está muy contaminada. Hay mucha basura flotando en ella, escombros y desperdicios, y todo se va devolviendo cada vez más al mundo físico. Remolinos en el continuo espacio/tiempo, ¿comprendes?

—Eso he oído —confirmó Arthur.

—Oye, ¿a dónde vamos? —preguntó Ford, retirando con impaciencia la silla de la mesa—. Porque estoy ansioso por llegar.

—Vamos —anunció Slartibartfast en tono lento y mesurado— a tratar de impedir que los robots guerreros de Krikkit no recobren la Llave que necesitan para sacar al planeta de Krikkit de la envoltura de Tiempo Lento y liberar al resto de su ejército y a sus locos Amos.

—Es que dijiste algo acerca de una fiesta —recordó Ford.

—Lo hice —reconoció Slartibartfast bajando la cabeza.

Comprendió que había cometido un error, porque la idea parecía ejercer una extraña y poco saludable fascinación en la cabeza de Ford Prefect. Cuanto más descifraba la oscura y trágica historia de Krikkit y de su pueblo, más quería Ford Prefect beber y bailar con chicas.

El anciano pensó que no debió mencionar la fiesta hasta que no le quedara más remedio que hacerlo. Pero ya estaba hecho, y Ford Prefect se aferraba a aquella perspectiva como un Megaporo arcturiano se pega a su víctima antes de quitarle la cabeza de un mordisco y largarse con su nave.

—¿Y cuándo llegamos? —preguntó Ford con vehemencia.

—Cuando termine de explicaros por qué vamos allá.

—Yo sé por qué voy —repuso Ford, recostándose en la silla y poniéndose las manos en la nuca. Esbozó una de las sonrisas que hacía retorcerse a la gente.

Slartibartfast esperaba una jubilación agradable.

Pensaba aprender a tocar el inquíetófono octaventral, tarea simpática e inútil, ya lo sabía, pues carecía del número apropiado de bocas.

También proyectaba escribir una extraña e implacablemente inexacta monografía sobre el tema de los fiordos ecuatoriales con el fin de equivocar las crónicas en un par de aspectos que consideraba interesantes.

En cambio, le habían inducido a hacer un trabajo por horas para la Campaña del Tiempo Real, y por primera vez en su vida empezó a tomárselo en serio. En consecuencia, se encontraba ahora con que empleaba sus últimos años combatiendo el mal y tratando de salvar la Galaxia.

Le pareció una tarea agotadora y suspiró profundamente.

—Escuchad —,dijo—, en Camtim...

—¿Qué? preguntó Arthur.

—La Campaña del Tiempo Real, que os explicaré más tarde. Observé que cinco trozos de desechos que recientemente recobraron de golpe su existencia, parecían corresponder a las cinco partes de la Llave perdida. Sólo pude descubrir exactamente dos: el Pilar de Madera, que apareció en tu planeta, y el Arco de Plata. Parece estar en una especie de fiesta. Debemos ir a recobrarla antes que la encuentren los robots de Krikkit; si no, ¿quién sabe lo que puede pasar?

—No —dijo Ford en tono firme—. Debemos ir a la fiesta para beber mucho y bailar con las chicas.

—Pero ¿no has entendido nada de lo que.. . ?

—Sí —replicó Ford con una fiereza repentina e inesperada—. Lo he entendido todo perfectamente bien. Por eso es por lo que quiero beber todo lo posible y bailar con tantas chicas como pueda mientras aún quede

alguna. Si todo lo que nos has mostrado es cierto...

—¿Cierto? Pues claro que es cierto.

—...entonces, tenemos menos posibilidades que una roncha en una supernova.

—¿Una qué? —dijo bruscamente Arthur. Hasta ese momento había seguido pacientemente la conversación, y no estaba dispuesto a perder ahora el hilo.

—Menos posibilidades que una roncha en una supernova —repitió Ford sin perder ímpetu—. El...

—¿Qué tiene que ver una roncha con todo esto? —le interrumpió Arthur.

—Que no tiene la menor posibilidad en una supernova —repuso llanamente Ford.

Hizo una pausa para ver si ya estaba aclarado el asunto. La nueva expresión de confusión que apareció en el rostro de Arthur le dijo que no lo estaba.

—Una supernova —explicó Ford tan rápida y claramente como pudo — es una estrella que explota a casi la mitad de la velocidad de la luz para consumirse con la brillantez de un billón de soles y convertirse en una estrella de neutrones ultrapesada. Es una estrella que hace estallar a otras estrellas, ¿entiendes? Nada tiene la menor posibilidad en una supernova.

—Ya entiendo —dijo Arthur.

—El...

—¿Y por qué una roncha en concreto?

—¿Y por qué no? No importa.

Arthur lo aceptó y Ford prosiguió, volviendo a tomar lo mejor que pudo su impulso inicial.

—El caso es que la gente como tú y yo, Slartibartfast, y también como tú, Arthur, particular y especialmente las personas como tú, no somos más que diletantes, excéntricos, vagabundos, pelmazos, si quieres.

Slartibartfast frunció el ceño, en parte confundido y en parte resentido. Empezó a hablar.

—... —eso es todo lo que pudo decir.

—No estamos obsesionados por nada, ¿comprendes? —insistió Ford.

—Y ése es el factor decisivo. No podemos vencer a una obsesión. A ellos les importa, a nosotros no. Ganan ellos.

—A mí me importan muchas cosas —logró decir Slartibartfast con una voz que en parte le temblaba de aburrimiento y en parte también de incertidumbre.

—¿Como cuáles?

—Pues —dijo el anciano—, la vida, el Universo. Todo lo demás, en realidad. Los fiordos.

—¿Darías tu vida por ellos?

—¿Por los fiordos? —preguntó el anciano, sorprendido—. No.

—Pues entonces.

—Francamente, no le veo el sentido.

—Y yo sigo sin ver la relación con las ronchas —apuntó Arthur.

Ford notaba que se le escapaban las riendas de la conversación y se negó a que en aquel momento le desviaran del tema.

—El caso es —siseó— que no somos gente obsesiva y no tenemos la menor posibilidad de...

—A no ser por tu súbita obsesión por las ronchas —insistió Arthur—, que todavía sigo sin entender.

—¿Querrías olvidarte de las ronchas, por favor?

—Lo haré, si quieres —dijo Arthur—. Tú has sacado el tema a relucir.

—Ha sido una equivocación —confesó Ford—, olvídalo. El caso es...

Se inclinó hacia adelante y apoyó la frente en la punta de los dedos.

—¿De qué estaba hablando? —preguntó cansadamente.

—Sea por la razón que sea, vayamos a la fiesta —dijo Slartibartfast poniéndose en pie y meneando la cabeza.

—Me parece que eso era lo que intentaba decir —dijo Ford.

Por alguna razón misteriosa, los cubículos teletransportadores estaban en el cuarto de baño.

17

El viaje a través del tiempo se considera cada vez más como una amenaza. La Historia está contaminándose.

La Enciclopedia Galáctica tiene mucho que decir sobre la teoría y la práctica de los viajes por el tiempo, la mayor parte de lo cual resulta incomprensible para todo aquel que no haya pasado al menos cuatro vidas estudiando hipermatemáticas avanzadas, y como esto era imposible de hacer antes que se inventaran los viajes a través del tiempo, existe cierta confusión sobre el modo en que en principio se llegó a tal idea. Una explicación racional a este problema consiste en que, por su propia naturaleza, los viajes a través del tiempo se descubrieron de manera simultánea en todos los períodos de la historia; pero esto, claramente, no es más que faramalla.

Lo malo es que, en estos momentos, buena parte de la historia tampoco es más que palabrería.

Ahí va un ejemplo. A ciertas personas quizá no les parezca tan importante, pero otras lo considerarán crucial. No hay duda de que es significativo en el sentido de que ese único acontecimiento ocasionó que la Campaña del Tiempo Real se pusiera en marcha en primer lugar (¿o fue en último? Depende del sentido en que se mire la historia viva, y ésa también es una cuestión cada vez más debatida).

Hay, o había, un poeta. Se llamaba Lallafa, y escribió lo que por toda la Galaxia se consideraron como los poemas más bellos conocidos, los Cánticos de la tierra larga.

Son/eran maravillosos, inefables. Es decir, no se podía hablar mucho de ellos sin sentirse tan abrumado de emoción, de verdad y de la sensación de totalidad e individualidad de las cosas, que no necesitaría en seguida un rápido paseo alrededor de la manzana, haciendo quizá al volver una pausa para tomar rápidamente un vaso de perspectiva con soda. Así de buenos eran.

Lallafa habitaba en los bosques de las Tierras Largas de Effa. Allí vivió, y allí escribió sus poemas. Los anotaba en las caras de hojas secas de habrá, sin las ventajas de la educación o del líquido corrector. Escribió

acerca de la luz en el bosque y de sus ideas al respecto. Escribió sobre la oscuridad en el bosque y sobre lo que eso le parecía. Escribió sobre la chica que le abandonó y lo que pensaba precisamente de ello.

Mucho después de su muerte se encontraron sus poemas, que causaron sensación. Noticias acerca de ellos se esparcieron como la luz de la mañana. Durante siglos iluminaron y regaron las vidas de mucha gente que, de otro modo, habría vivido de forma más oscura y estéril.

Entonces, poco después de la invención de los viajes a través del tiempo, unos grandes fabricantes de liquido corrector se preguntaron si sus poemas no habrían sido mejores si hubiera dispuesto de un líquido corrector de alta calidad, y si no se le habría convencido para que dijera unas palabras en ese sentido. Viajaron por las olas del tiempo, le encontraron, le explicaron la situación —con cierta dificultad— y lograron persuadirle. En realidad le convencieron hasta tal punto, que en sus manos se hizo sumamente rico, y la chica sobre la cual estaba destinado a escribir con mucha precisión nunca llegó a abandonarlo; de hecho, ambos se trasladaron del bosque a una bonita casa en el pueblo, y él viajaba con frecuencia al futuro para hacer entrevistas en las que brillaba su ingenio.

Nunca pudo escribir poemas, claro está, lo que constituyó un problema que se resolvió fácilmente. Los fabricantes de líquido corrector se limitaron a enviarle fuera una semana con un ejemplar de una edición reciente de su libro y un rimero de hojas de hadra secas para que lo copiara en ellas, haciendo de paso la extraña operación de equivocarse a propósito y corregir los errores.

De pronto, mucha gente dice ahora que los poemas no valen nada. Otros aducen que son exactamente los mismos de siempre, de manera que ¿qué ha cambiado en ellos? Los primeros dicen que lo importante no es eso. No están enteramente seguros de qué es lo importante, pero están convencidos de que eso no lo es. Iniciaron la Campaña del Tiempo Real para evitar que ese tipo de cosas siguiera adelante. Sus argumentos se vieron considerablemente reforzados por el hecho de que una semana después de que la hubieran empezado, saltó la noticia de que no sólo habían derribado la gran Catedral de Chalesm con el fin de construir una nueva refinería de iones, sino que la construcción de la refinería había durado tanto tiempo y había tenido que retrotraerse tanto en el pasado para que la producción de iones empezara a tiempo, que la Catedral de Chalesm ya se iba a quedar sin construirse nunca. De repente, las postales de la Catedral se hicieron enormemente valiosas.

De modo que buena parte de la historia ya ha desaparecido para siempre. La Campaña en pro de Cronómetros reales afirma que, así como

un viaje agradable elimina las diferencias entre un país y otro, y entre un mundo y otro, del mismo modo el viaje por el tiempo anula las diferencias entre una era y otra. «El pasado», dicen, «es ahora como un país extranjero. Allí hacen las cosas exactamente igual».

18

Arthur se materializó, y lo hizo con los gestos habituales, tambaleándose y palpándose la garganta, el corazón y los diversos miembros en que aún se complacía siempre que le sobrevenía una de aquellas aborrecibles y penosas materializaciones a las que decidió firmemente no acostumbrarse.

Miró alrededor buscando a los demás.

No estaban.

Volvió a mirar en torno buscando a los otros.

Seguían sin estar allí.

Cerró los ojos.

Los abrió.

Echó una ojeada por si los veía.

Persistían obstinadamente en su ausencia.

Volvió a cerrar los ojos, preparándose a repetir de nuevo aquel ejercicio inútil, y sólo entonces, cuando bajó los párpados, su cerebro empezó a percibir lo que sus ojos habían mirado mientras estuvieron abiertos; una expresión perpleja afloró a su rostro.

Así que abrió los ojos de nuevo para comprobar los hechos y en su gesto persistió la duda.

Si acaso, se incrementó, afianzándose bien. Si se trataba de una fiesta, era muy mala; tanto, que todos los demás se habían marchado. Abandonó por ocioso tal razonamiento.

Evidentemente, aquello no era una fiesta. Era una cueva, o un laberinto o un túnel de algo; no había luz suficiente para saberlo. Todo era oscuridad, húmeda y viscosa. El único rumor era el de su propia respiración, que parecía preocupada. Tosió muy levemente y luego hubo de escuchar el tenue y fantasmal eco de su voz perdiéndose entre corredores sinuosos y cámaras invisibles, como de un gran laberinto, para volver finalmente a él por los mismos pasillos desconocidos, como si dijera: «...¿Sí?».

Eso ocurría con cada ruidito que hacía, y le ponía nervioso. Trató de tararear una melodía alegre, pero cuando el sonido volvió a él se había convertido en una salmodia fúnebre y dejó de cantar.

De pronto su cabeza se llenó de imágenes de la historia que le había contado Slartibartfast. Casi esperaba ver que robots blancos de aspecto mortífero aparecieran en silencio de entre las sombras para matarlo. Contuvo el aliento. No lo hicieron. Volvió a

respirar. No sabía qué esperar.

Sin embargo, había algo o alguien que le esperaba a él, pues en aquel momento se encendió en la distancia oscura un letrero de neón verde.

Decía, silencioso:

TE HAN DESVIADO.

Se extinguió de un modo que no fue del todo del agrado de Arthur. Se apagó con una especie de floreo desdeñoso. Arthur intentó entonces convencerse de que aquello no había sido más que una ridícula jugarreta de su imaginación. Un letrero de neón o está encendido o apagado, según pase o no pase la electricidad por él. No había manera, dijo para sí, de que pudiese efectuar la transición de un estado a otro con un mohín de desprecio. Se abrazó firmemente apretándose la bata y, a pesar de todo, se estremeció.

Al fondo, la luz de neón se iluminó súbitamente exhibiendo, de modo desconcertante, tres puntos y una coma. Así:

...,

Sólo que en verde.

Tras mirarlo perplejo durante unos instantes, Arthur comprendió que trataba de indicar que había más, que la frase no estaba completa. Y lo intentaba con una pedantería sobrehumana, reflexionó. O al menos, con pedantería inhumana.

La frase se terminó con estas dos palabras:

ARTHUR DENT.

Trastabilló. Se dominó para lanzarle otra mirada atenta. Seguía diciendo ARTHUR DENT, de modo que volvió a tambalearse. Una vez más, el letrero se apagó y le dejó parpadeando en la oscuridad; la imagen en rojo de su nombre le saltaba en la retina.

BIENVENIDO, dijo de pronto el letrero.

Al momento, añadió:

NO CREO.

El miedo, frío como una piedra, había acechado a Árthur durante todo el rato, esperando su oportunidad; la reconoció en ese momento y saltó sobre él. Arthur repelió el ataque. Cayó agachado, en una especie de postura de alerta que una vez vio hacer a alguien en la televisión; pero ese alguien debía de tener rodillas más fuertes. Miró a la oscuridad con aire inquisitivo.

—Eh, ¿oiga? —dijo.

Carraspeó y lo repitió, en voz más alta y sin el «Eh». A cierta distancia, pareció como si alguien empezara a tocar un bombo por el pasillo.

Escuchó unos segundos más y notó que no era su corazón, era alguien que tocaba el bombo por el corredor.

Perlas de sudor se formaron en su frente, se tensaron y saltaron. Puso una mano en el suelo para apoyar su postura de alerta, que no resistía muy bien. El letrero volvió a cambiar. Decía:

NO TE ALARMES.

Tras una pausa, añadió:

ASUSTATE MUCHO, ARTHUR DENT.

Se apagó de nuevo. Una vez más le dejó en la oscuridad. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. No estaba seguro de si era porque intentaban ver con más claridad, o porque sencillamente querían marcharse en ese momento.

—¿Oiga? —repitió, esta vez tratando de poner una nota de firme agresividad—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta, nada.

Eso puso más nervioso a Arthur que si le hubieran contestado, y empezó a retroceder de la pavorosa nada. Y cuanto más reculaba, más asustado estaba. Al cabo de un rato comprendió que era por todas las películas que había visto en que el protagonista retrocede cada vez más de un terror imaginario que se le presenta por delante, sólo para tropezar con él por detrás.

Entonces se le ocurrió volverse de pronto con mucha rapidez.

Sólo sombras.

Eso le puso nervioso de veras y retrocedió; esta vez en el sentido en que había venido.

Tras dedicarse a eso durante un rato, de pronto se le ocurrió que ahora retrocedía hacia aquello de lo que en principio reculaba, y volvió atrás.

No pudo dejar de pensar que aquello era una tontería. Resolvió que

estaría mejor retrocediendo en el sentido en que lo había hecho en un principio, y se dio la vuelta otra vez.

Resultó que su segundo impulso era el acertado, porque detrás de él había un monstruo horroroso e indescriptible. Arthur dio un respingo mientras su piel intentaba saltar a un lado y su esqueleto a otro, con el cerebro tratando de averiguar cuál de sus orejas tenía más ganas de largarse.

—Apuesto a que no esperabas verme otra vez —dijo el monstruo.

Arthur no dejó de pensar que se trataba de un comentario extraño, habida cuenta de que nunca había visto antes a aquella criatura. Tenía la certeza de ello por el simple hecho de que era capaz de dormir por las noches. Era... era... era...

Arthur lo miró parpadeando. El monstruo permanecía muy quieto. Su aspecto resultaba un poco familiar.

Le sobrevino una calma fría y terrible al comprender que miraba a un holograma de dos metros de alto de una mosca doméstica.

Se preguntó por qué le enseñaría alguien en ese momento un holograma de dos metros de alto de una mosca doméstica. Y también, de quién era la voz que había oído.

Era un holograma tremendamente realista.

Desapareció.

—O tal vez me recuerdes mejor —dijo de pronto la voz, profunda, malévola, que parecía brea derretida saliendo de un bidón con malas ideas — como el conejo.

Con un zumbido súbito se presentó en el negro laberinto un conejo; era enorme, monstruoso, horriblemente suave y amable. Otra imagen, pero esta vez cada pelo suave y agradable parecía algo real y único que crecía en su piel suave y agradable. Arthur sufrió un sobresalto al ver su propio reflejo en su ojo castaño, tierno, adorable, muy abierto y sumamente grande.

—Nací en la oscuridad —rugió la voz— y me educaron a oscuras. Una mañana asomé por primera vez la cabeza al brillante mundo nuevo y me la abrieron con lo que sospecho fue un instrumento primitivo hecho con pedernal.

»Fabricado por ti, Arthur Dent, y esgrimido por ti. Con bastante fuerza, según recuerdo.

»Convertiste mi piel en una bolsa para guardar chinas interesantes. Da la casualidad de que lo sé porque en mi siguiente vida me reencarné en una mosca y tú me cazaste. Otra vez. Sólo que en esta ocasión lo hiciste con la bolsa que habías hecho con mi piel anterior.

»Arthur Dent, no sólo eres una persona cruel y sin corazón, también eres de una apabullante falta de tacto.

La voz hizo una pausa mientras Arthur boqueaba.

—Ya veo que has perdido la bolsa —dijo la voz—. Probablemente te has aburrido de ella, ¿verdad?

Arthur meneó la cabeza, desesperado. Quería explicar que en realidad había tomado mucho cariño a la bolsa, que la había cuidado muy bien y que la había llevado consigo a todas partes, pero que siempre que viajaba a algún sitio acababa inexplicablemente con la bolsa cambiada y que, cosa bastante curiosa, en aquel momento mismo se acababa de dar cuenta por primera vez de que la bolsa que tenía parecía hecha de una fea imitación de piel de leopardo, y no era la misma que llevaba antes de llegar a aquel sitio, cualquiera que fuese, además de no ser una que hubiera escogido él personalmente, y sabía Dios qué contendría, porque no era suya, y hubiera preferido con mucho haber recuperado la suya propia de no ser porque, por supuesto, lamentaba muchísimo haberla arrancado de manera tan terminante, o más bien sus partes integrantes, es decir, la piel de conejo, de su antiguo dueño, a saber, el conejo a quien en aquel momento tenía el honor de tratar en vano de dirigirse.

Todo lo que logró decir fue: «Hmm».

—Te presento a la salamandra que pisaste —dijo la voz.

Allí, de pie en el pasillo con Arthur, había una gigantesca salamandra escamosa de color verde. Arthur se volvió, aulló, dio un salto hacia atrás y aterrizó en el lomo del conejo. Lanzó otro aullido pero no encontró ningún sitio al que saltar.

—Ese también era yo —prosiguió la voz en tono bajo y amenazador—, como si no lo supieras...

—¿Saber? —inquirió Arthur con un respingo—. ¿Saber?

—Lo interesante de la reencarnación —le informó agriamente la voz— es que la mayoría de la gente, la mayor parte de los espíritus, no son conscientes de que también les ocurre a ellos.

Hizo una pausa para causar efecto. Por lo que a Arthur tocaba, ya había más que suficiente efecto.

—Yo me di cuenta —siseó la voz—, es decir, llegué a ser consciente. Poco a poco. Gradualmente.

Quienquiera que fuese, hizo otra pausa para tomar aliento.

—Difícilmente podía evitarlo, ¿verdad? —gritó—. ¡Si no deja de pasarte una y otra vez! En todas las vidas que he vivido, me ha matado Arthur Dent. En cualquier mundo, en cualquier cuerpo, en cualquier época que empiece a instalarme, ahí viene Arthur Dent y, zas, me mata.

»Resulta difícil no darse cuenta. Hay que refrescar un poco la memoria. Un poco de información útil. ¡Un poco de puñetera revelación!

»"Qué curioso", solía decir mi espíritu mientras volaba otra vez hacia el otro mundo en pos de otra infructuosa aventura acabada por Dent, en la tierra de los vivos, "ese hombre que acaba de atropellarme cuando saltaba por la carretera hacia mi charca preferida tenía un aspecto un poco familiar...". ¡Y poco a poco tenía que recomponer las piezas, Dent, asesino múltiple de mi persona!

Los ecos de su voz rugieron por los pasillos.

Arthur permanecía silencioso e impasible, meneando la cabeza con incredulidad.

—¡Ha llegado el momento, Dent —aulló la voz, alcanzando un tono de odio febril—, ha llegado el momento cuando por fin he sabido!

Lo que de pronto se abrió delante de Arthur era indescriptiblemente horrible; quedó boquiabierto e hizo gárgaras de horror. Pero ahí va una tentativa de describir lo horrendo que era. Era una cueva enorme, húmeda y palpitante en cuyo interior rodaba y se deslizaba una criatura grande en forma de ballena, viscosa y velluda sobre tumbas monstruosas y blancas. En lo alto de la cueva se erguía un amplio promontorio en el que se veían los recintos oscuros de otros dos antros pavorosos, que...

Arthur Dent comprendió de pronto que miraba a su propia boca, cuando debía dirigir la atención a la ostra viva que empujaban implacablemente a su interior.

Dio un grito, volvió hacia atrás tambaleándose y apartó la vista.

Cuando volvió a mirar, la apabullante aparición se había esfumado. El pasillo estaba oscuro y, por un momento, silencioso. Se hallaba solo con sus pensamientos. Eran sumamente desagradables y les hubiera venido bien una acompañante.

Cuando se produjo el ruido siguiente, vio que buena parte de la pared se abría pesadamente a un lado, revelando, de momento, un vacío tenebroso. Arthur lo contempló del mismo modo que un ratón mira a una perrera a oscuras.

Y la voz volvió a hablarle.

—Dime que fue una coincidencia, Dent. ¡Te desafío a que me digas que fue una coincidencia!

—Fue una coincidencia —se apresuró a decir Arthur.

—¡No lo fue! —replicó la voz, gritando.

—Lo fue —repitió Arthur—, lo fue...

—¡Si fue una coincidencia —rugió la voz—, entonces no me llamo Agrajag!

—Y es de suponer que afirmarías que ése era tu nombre.

—¡Sí! —murmuró Agrajag como si acabara de concluir un silogismo

muy hábil.

—Pues me temo que sí se trató de una coincidencia —insistió Arthur.

—¡Ven aquí y repítelo! —aulló la voz, que de pronto llegaba otra vez a la apoplejía.

Arthur se adelantó y aseguró que fue una coincidencia, o al menos, casi lo dijo. Su lengua perdió pie hacia el final de la última palabra porque se encendieron las luces revelando el lugar en que había entrado.

Era la Catedral del Odio.

Era el producto de una mentalidad no sólo retorcida, sino dislocada.

Era enorme. Horripilante.

Albergaba una Estatua.

Dentro de un momento hablaremos de la Estatua.

La cámara, incomprensiblemente enorme, daba la impresión de haberse abierto en el interior de una montaña, y el motivo consistía en que así era precisamente como se había labrado. Al mirarla boquiabierto, Arthur tuvo la sensación de que le daba vueltas la cabeza.

Era negra.

Donde no lo era, uno se sentía inclinado a que lo fuese, pues los colores que resaltaban algunos detalles incalificables abarcaban de manera horrible todo el espectro de matices que desafían la vista, desde el Ultra Violento al Infra Muerto, pasando por el Púrpura Hepático, el Lila Odioso, el Amarillo Purulento, el Hombre Quemado y el Verde Gan.

Los detalles incalificables que destacaban esos colores eran gárgolas que habrían dejado sin almuerzo a Francis Bacon. Todas ellas miraban desde las paredes, desde los contrafuertes arbotantes y desde el sitial del coro hacia la Estatua, a la que llegaremos dentro de un momento.

Y si las gárgolas habrían dejado sin almuerzo a Francis Bacon, era evidente por el rostro de las gárgolas que la Estatua les habría dejado sin el suyo a ellas de haber estado vivas para poder comerlo, pero no lo estaban, y si alguien hubiera intentado servirles un poco, no lo habrían querido.

En torno a las paredes monumentales había grandes lápidas grabadas en memoria de aquellos que habían caído a causa de Arthur Dent.

Algunos de los nombres conmemorados estaban subrayados y marcados con asteriscos. Así, por ejemplo, el nombre de una vaca sacrificada de la que Arthur comió un filete estaba grabado de la manera más sencilla, mientras que el de un pez que Arthur atrapó con sus propias manos para luego pensar que no le gustaba y dejarlo al borde del plato, estaba doblemente subrayado con una decoración de tres series de asteriscos y una daga sarIguinolenta, sólo para que quedara bien claro.

Pero lo más inquietante de todo, aparte de la Estatua, a la que vamos

llegando poco a poco, era la clarísima implicación de que toda aquella gente y todas aquellas criaturas eran realmente la misma persona, repetida una y otra vez.

Y estaba igualmente claro que aquella persona, por injusto que fuese, estaba sumamente molesta y enfadada.

En realidad sería justo decir que había llegado a un grado de mal humor que jamás se había conocido en el Universo. Era un enfado de proporciones épicas, un fastidio ardiente, cauterizante, un desagrado que ahora abarcaba la totalidad del tiempo y del espacio en su resentimiento infinito.

Y tal disgusto recibía expresión plena en la Estatua que se encontraba en el centro de toda aquella monstruosidad: una estatua de Arthur Dent, y poco halagadora. Tenía diecisiete metros de alto. Ni un solo centímetro dejaba de estar atestado de insultos hacia el sujeto representado, y diecisiete metros de eso sería suficiente para que cualquier individuo se encontrara mal. Desde el hoyuelo a un lado de la nariz al corte vulgar de la bata, no había detalle de Arthur Dent que el escultor no hubiese denostado y envilecido.

Arthur aparecía como una gorgona, como un ogro maligno, rapaz, hambriento y sanguinario, practicando matanzas a su paso por un Universo inocente.

Con cada uno de los treinta brazos que el escultor le había dado en un acceso de fervor artístico, Arthur rompía la crisma a un conejo, cazaba una mosca, sacaba el hueso de la pechuga de un pollo, se quitaba un piojo del pelo o hacía algo que el interesado no llegaba a descifrar.

Sus muchos pies se dedicaban fundamentalmente a pisar hormigas.

Arthur se tapó los ojos con las manos, dejó caer la cabeza y la movió despacio de un lado a otro, entristecido y horrorizado ante aquella locura.

Y cuando volvió a abrir los ojos, enfrente de él estaba el cuerpo del hombre o de la criatura, o de lo que fuese, que supuestamente había estado persiguiendo todo el tiempo.

—¡AaaaaaarrrrrJJJJJ! —exclamó Agrajag.

Sea lo que fuese, tenía el aspecto de un murciélago gordo. Anduvo despacio, como un pato, alrededor de Arthur y le empujó con las garras encogidas.

—¡Oye... ! —protestó Arthur.

—¡AaaaaaarrrrrJJJJJ! ——explicó Agrajag.

Arthur lo aceptó a causa de que se hallaba bastante asustado por aquella aparición horrible y extrañamente estropeada.

Agrajag era negro, abotargado, correoso y estaba lleno de arrugas.

Sus alas de murciélago resultaban en cierto modo más pavorosas por ser torpes y estar rotas que si hubieran sido musculosas para agitar con fuerza el aire. Lo que asustaba era probablemente la tenacidad de su prolongada existencia en contra de todas las posibilidades físicas.

Tenía una dentadura de lo más asombrosa.

Parecía que cada uno de sus dientes procedía de un animal completamente distinto, y estaban situados en su boca en unos ángulos tan extraños, que daba la impresión de que, si alguna vez trataba de mascar algo, se desgarraría además la mitad de la cara y posiblemente se sacara un ojo también.

Cada uno de sus tres ojos era pequeño y agudo, y parecían tan saludables como un pez en un aligustre.

—Fue en un partido de criquet —dijo con voz áspera.

A primera vista parecía una idea tan descabellada, que Arthur se atragantó prácticamente.

—¡No con este cuerpo —chilló la criatura—, con este cuerpo no! Es el último que tengo. Mi última vida. Este es el cuerpo de la venganza. El cuerpo para matar a Arthur Dent. Mi última oportunidad. Además, he tenido que luchar para conseguirlo.

—Pero...

—¡Yo estaba en un partido de criquet! —rugió Agrajag—. Me hallaba un poco mal del corazón, pero ¿qué puede pasarme en un partido de criquet?, le dije a mi mujer. Y mientras estoy viéndolo, ¿qué pasa?

»De manera enteramente maliciosa, aparecen delante de mí dos personas como caídas de las nubes. Lo último de que me di cuenta antes de que mi corazón se detuviera por la impresión, fue que uno de ellos era Arthur Dent, que llevaba en la barba un hueso de conejo. ¿Coincidencia?

—Sí —contestó Arthur.

—¿Coincidencia? —gritó la criatura agitando penosamente sus alas rotas y abriendo una pequeña brecha en su mejilla derecha con un colmillo especialmente peligroso. Al examinarlo de cerca, cosa que esperaba evitar, Arthur notó que buena parte del rostro de Agrajag estaba cubierta con fragmentos de pegajosas tiritas de color negro.

Retrocedió, nervioso. Se tiró de la barba. Quedó pasmado al descubrir que seguía llevando en ella el hueso de conejo. Se lo quitó y lo tiró.

—Mira —dijo—, sólo es que el destino te juega malas pasadas. Y a mí también, a los dos. Es una absoluta coincidencia.

—¿Qué tienes contra mí, Dent? —gruñó la criatura avanzando penosamente hacia él como un pato.

—Nada —insistió Arthur—. Nada, de veras.

Agrajag le clavó sus ojos pequeños y brillantes.

—El matar repetidas veces a la misma criatura es un modo extraño de relacionarse si no se tiene nada contra ella. Diría que es un fenómeno muy raro de interacción social—. ¡También diría que es mentira!

—Pero escucha —repuso Arthur—, lo lamento mucho. Ha habido un malentendido tremendo. Tengo que irme. ¿Tienes reloj? Tengo que colaborar en la salvación del Universo.

Siguió retrocediendo.

Agrajag avanzó más.

—Hubo un momento —siseó—, hubo un instante en que decidí abandonar. Sí. No volvería más. Me quedaría en el otro mundo. ¿Y qué pasó?

Arthur indicó con casuales movimientos de cabeza que no tenía idea y que no quería tenerla. Vio que había retrocedido hasta dar con la piedra negra y fría labrada por quién sabe qué esfuerzo hercúleo en una caricatura monstruosa de sus zapatillas caseras. Alzó la vista hacia la horrenda parodia de su imagen que se erguía ante él. Aún tenía dudas sobre qué significaba el movimiento de una de sus manos.

—Me devolvieron a la fuerza al mundo físico —prosiguió Agrajag— en forma de un manojo de petunias. En un florero, debería añadir. Esa vida breve y feliz empezó, conmigo dentro del florero, suspendida a cuatrocientos cincuenta mil kilómetros sobre la superficie de un planeta especialmente sombrío. Una posición nada sostenible para un florero de petunias, podría pensarse. Y se tendría razón. Aquella vida terminó muy poco tiempo después, a cuatrocientos cincuenta mil kilómetros más abajo. Sobre los restos recientes de una ballena, debería añadir. Mi hermano espiritual.

Con aborrecimiento renovado, lanzó una mirada furibunda a Arthur.

—Al caer —rezongó—, no dejé de observar una astronave blanca, de aspecto ostentoso. Y mirando por una ventanilla de aquella nave fulgurante vi a un Arthur Dent con aire complacido. ¿¡¡Coincidencia!!?

—¡Sí! —aulló Arthur.

Volvió a alzar la vista y comprendió que el brazo que le tenía confuso representaba una caprichosa invocación a la existencia de un florero de petunias condenadas. No era una idea que saltara fácilmente a la vista.

—Debo marcharme —insistió Arthur.

—Podrás irte —repuso Agrajag— después de que te haya matado.

—No, eso no serviría de nada —explicó Arthur al tiempo que empezaba a subir por la piedra inclinada de su zapatilla— porque tengo que salvar el Universo, ¿comprendes? He de encontrar el Arco Plateado, eso es

lo importante. Tarea difícil si estás muerto.

—¡Salvar el Universo! —espetó desdeñosamente Agrajag—. ¡Deberías haberlo pensado antes de empezar tu venganza contra mí! ¿Qué me dices de cuando estabas en Stavrómula Beta y alguien... ?

—Jamás he estado allí —dijo Arthur.

—...trató de asesinarte y tú te agachaste. ¿A quién crees que acertó la bala? ¿Qué has dicho?

—Que nunca he estado allí —repitió Arthur—. ¿De qué hablas? Tengo que marcharme.

Agrajag se detuvo en seco.

—Debes haber estado allí. Fuiste responsable de mi muerte, tanto allí como en cualquier otro sitio. ¡Un espectador inocente!

—Nunca he oído hablar de ese sitio —insistió Arthur—. Y desde luego, nadie ha intentado nunca asesinarme. Salvo tú. Tal vez vaya más adelante, ¿no crees?

Agrajag pestañeó despacio, en una especie de horror lógico y paralizado.

—¿No has estado en Stavrómula Beta... todavía? —musitó.

—No. No sé nada de ese sitio. Desde luego, nunca he estado en él, y no tengo intención de ir.

—Pues ya lo creo que irás —murmuró Agrajag con voz entrecortada—, claro que irás. ¡Rayos! ¡Te he traído aquí demasiado pronto!

Se tambaleó mirando frenéticamente alrededor, a su Catedral del Odio.

—¡Te he traído aquí demasiado pronto, maldita sea! —exclamó, empezando a gritar y a chillar.

Se recobró de pronto y lanzó a Arthur una funesta mirada de odio.

—¡Voy a matarte de todos modos! —rugió—. ¡Aunque sea una imposibilidad lógica voy a intentarlo de una puñetera vez! ¡Voy a volar toda esta montaña! —gritó—. ¡Veamos cómo sales de ésta, Dent!

Renqueó penosamente, como un pato, hasta llegar a lo que parecía un pequeño altar sacrificial de color negro. Gritaba de manera tan frenética, que realmente se estaba trinchando la Cara.

Arthur bajó de un salto de su ventajosa posición, del pie de su propia estatua, y echó a correr para tratar de contener a la enloquecida criatura.

Saltó sobre ella y derribó al extraño monstruo encima del altar.

Agrajag volvió a chillar, se revolvió con violencia durante breves instantes y lanzó a Arthur una mirada feroz.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —dijo entre gárgaras penosas—. Has venido y me has matado otra vez. Oye, ¿qué quieres de mí, sangre?

Volvió a agitarse con furia en un breve ataque de apoplejía, se

estremeció y cayó, dando una fuerte manotada a un botón grande y rojo que había en el altar.

Arthur sufrió un sobresalto de horror y pavor, primero por lo que al parecer había hecho, y luego por el ruido de sirenas y campanas que de pronto cortaron el aire para anunciar alguna emergencia clamorosa. Lanzó una mirada frenética alrededor.

La única salida parecía ser el camino por donde había entrado. Se precipitó hacia él, tirando por el camino la fea bolsa de imitación de piel de leopardo.

Se apresuró al azar, caprichosamente, por el complejo laberinto, y parecía cada vez más encarnizadamente perseguido por bocinas de coche, sirenas y luces intermitentes.

De pronto, al volver una esquina vio luz delante de él.

No destellaba. Era la luz del día.

19

Aunque se ha dicho que dentro de nuestra Galaxia sólo en la Tierra se considera a Krikkit (o criquet) como tema apropiado para un juego, y que por esa razón se ha rehuido la Tierra, eso sólo se aplica a nuestra Galaxia y, más concretamente, a nuestra dimensión. En algunas dimensiones más altas piensan que pueden complacerse más o menos a sí mismos y, desde hace billones de años o desde cualquiera que sea la equivalencia tridimensional de ese tiempo, se juega una variante propia llamada Ultracriquet Brockiano.

—Con franqueza, se trata de un juego desagradable (dice la Guía del autoestopista galáctico), pero cualquiera que haya estado en las dimensiones más altas sabrá que en ellas hay un montón de salvajes peligrosos a quienes se debería aplastar, y podría acabarse con ellos si alguien ideara un medio de disparar proyectiles en ángulo recto hacia la realidad.

Este es otro ejemplo de que la Guía del autoestopista galáctico contrataría a todo aquel que quisiera salir a la calle para que le roben, sobre todo si ellos están paseando por la tarde, cuando anda por allí poco personal contratado.

En esto hay una cuestión fundamental:

La historia de la Guía del autoestopista galáctico está llena de idealismo, de lucha, de desesperanza, de pasión, de éxito, de fracaso y de pausas para almorzar enormemente largas.

Los primeros orígenes de la Guía, junto con la mayoría de los libros de contabilidad, se han perdido en la niebla del tiempo. Para otras teorías, más curiosas, acerca de dónde se perdieron, véase más abajo.

Sin embargo, la mayoría de las historias que han llegado hasta nosotros, hablan de un editor fundador llamado Hurling Frootmig.

Se ha dicho que Hurling Frootmig fundó la Guía, estableció sus principios fundamentales de honradez e idealismo y fue a la quiebra.

Siguieron muchos años de penuria y de examen de conciencia durante los cuales consultó a sus amigos, se sentó en habitaciones oscuras con un estado de ánimo ilegal, pensó en esto y en aquello, se dedicó a levantar pesas y luego, tras un encuentro fortuito con los Santos Monjes Yantadores

de Voondoon (que sostenían que, así como el almuerzo era el centro de la jornada temporal del hombre y ésta podía tomarse como una analogía de su vida espiritual, el Almuerzo podía a) considerarse como el centro de la vida espiritual del hombre y b) celebrarse en restaurantes bonitos y alegres), volvió a

fundar la Guía, estableció los principios fundamentales de honradez e idealismo y dónde podía uno meter ambas cosas, y llevó la Guía a su primer gran éxito comercial.

También empezó a crear y explorar el papel editorial de la pausa para almorzar, que a continuación desempeñaría una función vital en la historia de la Guía, pues significaba que el trabajo lo hacía realmente cualquier transeúnte que le diera por entrar una tarde en los despachos vacíos y viese algo que mereciera la pena hacer.

Poco después de esto, la Guía fue adquirida por Publicaciones Megadodo de Osa Menor Beta, poniendo así todo el asunto sobre una base financiera muy saludable y permitiendo que el cuarto editor, Lig Lury, hijo, acometiera unas pausas para almorzar de alcance tan asombroso, que hasta los esfuerzos de editores recientes, que han empezado a patrocinar pausas para almorzar con fines caritativos, parecen en comparación simples emparedados.

De hecho, Lig nunca renunció formalmente a su condición de editor; una mañana se limitó a salir tarde de su despacho y no ha vuelto. Aunque ya ha transcurrido más de un siglo, muchos miembros del personal de la Guía siguen conservando la idea romántica de que sólo ha salido a tomar un croissant de jamón, y que volverá a cumplir una tarde de trabajo continuado.

En sentido estricto, desde Lig Lury, hijo, a todos los editores se les ha designado como interinos, y el despacho de Lig aún se conserva del modo que él lo dejó, con la adición de un pequeño letrero que dice: «Lig Lury, hijo, Editor, Desaparecido, probablemente para comer.»

Algunos elementos difamatorios y subversivos apuntan a la idea de que Lig realmente pereció en los primeros experimentos extraordinarios para llevar una contabilidad alternativa. Muy poco se sabe de esto, y aún se dice menos. Todo aquel que llegue a observar, y mucho menos a indicar el hecho curioso pero enteramente fortuito de que en cada mundo en el cual la Guía ha establecido un departamento de contabilidad ha perecido poco después en la guerra o en alguna catástrofe natural, se expone a que le demanden judicialmente hasta quedar hecho trizas.

Un hecho interesante, aunque enteramente aparte, es que dos o tres días antes de la demolición del planeta Tierra para dar paso a una vía de

circunvalación hiperespacial, se produjo un crecimiento dramático en el número de OVNIS avistados, no sólo sobre el campo de criquet de Lord's, en St. John Wood, Londres, sino también en el cielo de Glastonbury, en Somerset.

Desde hace mucho se relaciona a Glastonbury con mitos de antiguos reyes, brujería, actividades profanas y curación de verrugas; ahora se ha elegido como sede de la nueva oficina de contabilidad de la Guía, trasladándose la teneduría de diez años a una colina mágica justo en las afueras de la ciudad pocas horas antes de que aparecieran los vogones.

Por extraños e inexplicables que sean, ninguno de estos hechos es tan raro o incomprensible como las reglas del juego del Ultracriquet Brockiano, tal como se practica en las dimensiones más altas. Todo el conjunto de reglas es tan complejo y enorme, que la única vez que se encuadernaron en un solo volumen sufrieron un colapso gravitatorio y se convirtieron en un Agujero Negro.

Sin embargo, damos a continuación un breve resumen:

REGLA PRIMERA: Déjese crecer por lo menos tres piernas más. No las necesitará, pero entretendrán a la multitud.

REGLA SEGUNDA: Encuentre un buen jugador de Ultracriquet Brockiano. Reprodúzcalo clónicamente varias veces. Eso ahorra mucho tedio a la hora de la selección y del entrenamiento.

REGLA TERCERA: Ponga a su equipo y al grupo contrario en un campo grande y construya un muro alto en torno a ellos. La razón de ello es que, si bien el juego es un gran deporte de masas, la frustración experimentada por el público al no poder ver lo que pasa, les lleva a imaginar que se trata de algo mucho más emocionante de lo que en realidad es. Una multitud que acabe de presenciar un partido más bien aburrido experimenta mucha menos afirmación vital que una muchedumbre que cree que acaba de perderse el acontecimiento más dramático de la historia del deporte.

REGLA CUARTA: Arroje diversos artículos deportivos a los jugadores por encima del muro. Vale cualquier cosa: palos de criquet, bates de cubo base, pistolas de tenis, esquíes, todo lo que se pueda tirar con buen impulso.

REGLA QUINTA: Los jugadores procederán entonces a equiparse tan bien como sepan con lo que encuentren a su disposición. Siempre que un jugador «marque» a otro, debe echar a correr inmediatamente y disculparse a distancia prudencial.

Las disculpas deben ser concisas, sinceras y, para mayor claridad y tantos, emitidas mediante un megáfono.

REGLA SEXTA: El equipo triunfador será el primero que gane.

Es curioso que, cuanta más obsesión por el juego hay en las dimensiones más altas, menos se practica, pues la mayoría de los equipos rivales se hallan ahora en permanente estado de guerra mutua por razones de interpretación de dichas reglas. Y todo esto es para bien, pues a la larga una buena guerra es psicológicamente menos dañina que un larguísimo partido de Ultracriquet Brockiano.

20

Míentras Arthur corría como una flecha, bajando jadeante por la falda de la montaña, sintió que a sus espaldas se movía muy despacio toda la masa del promontorio. Hubo un trueno, un rugido, un movimiento confuso y un golpe de calor a lo lejos, por detrás y por encima de él. Siguió corriendo, enloquecido de miedo. La tierra empezó a desprenderse, y súbitamente comprendió la fuerza de la expresión «desprendimiento de tierras» de un modo que nunca se le había manifestado hasta entonces. Para él siempre había sido una frase, pero de pronto era horriblemente consciente de que, referido a la tierra, «desprenderse» es algo extraño y desagradable. Y eso hacía mientras él caminaba sobre ella. Se sintió enfermo de miedo y de temblores. El terreno se abrió, la montaña trastabilló. Arthur resbaló, cayó, se levantó, volvió a resbalar y echó a correr. Empezó la avalancha.

Piedras, pedruscos y peñas pasaban a su lado haciendo cabriolas como perritos torpes, sólo que muchísimo más grandes, duros y pesados, y casi infinitamente más capaces de matar si caían encima de uno. Los ojos de Arthur brincaban con ellos y sus pies bailaban al ritmo del suelo. Corría como si la carrera fuese una enfermedad terrible que le hiciera sudar, y su corazón latía con violencia al ritmo del sordo frenesí geológico que le rodeaba.

La lógica de la situación, es decir, que estaba claramente destinado a sobrevivir si ocurría el próximo incidente anunciado en la historia de su involuntaria persecución de Agrajag, no lograba imponerse en absoluto en su imaginación ni ejercer sobre él freno alguno que le contuviese. Siguió corriendo. El miedo a la muerte estaba en su interior, bajo él y sobre él, al tiempo que se aferraba a sus cabellos.

Y de pronto tropezó de nuevo y se vio precipitado hacia adelanté a causa de su considerable impulso. Pero justo en el momento en que estaba a punto de dar contra el suelo, asombrosamente duro, vio frente a él una bolsa de viaje azul que, con toda seguridad, había perdido en el departamento de entrega de equipajes del aeropuerto de Atenas unos diez años antes, según su cómputo personal del tiempo, y para su sorpresa esquivó el suelo por completo y flotó en el aire mientras su cerebro se echaba a cantar.

Lo que hacía era lo siguiente: estaba volando. Miró alrededor, sorprendido, pero no cabía duda de su actividad. No tocaba el suelo con ninguna parte del cuerpo, y ni siquiera estaba cerca de él. Sencillamente, se encontraba flotando mientras los pedruscos, con gran estruendo, surcaban el aire en torno a él.

Ahora podía hacer algo al respecto. Se remontó en el aire, sorprendido por la facilidad del movimiento, y entonces las piedras pasaron por debajo de él.

Miró hacia abajo con enorme curiosidad. Entre su cuerpo y el suelo estremecido había unos diez metros dé aire puro; es decir, era puro si se descontaban los pedruscos que no permanecían mucho tiempo en él, sino que descendían por la férrea ley de la gravedad, la misma que, súbitamente, al parecer había dado unas vacaciones a Arthur.

Con la precisión instintiva que inocula en la mente el instinto de conservación, se le ocurrió casi en seguida que no debía tratar de pensar en ello, pues si lo hacía, la ley de la gravedad miraría bruscamente en su dirección y le preguntaría qué demonios creía que estaba haciendo allá arriba, y todo se acabaría súbitamente.

De modo que se puso a pensar en los tulipanes. Era difícil, pero lo consiguió. Imaginó las firmes y agradables curvas de la base de los tulipanes, meditó sobre la interesante variedad de colores en que se producían y se preguntó qué porcentaje del número total de tulipanes que crecían, o habían crecido, en la Tierra se encontrarían en un radio de kilómetro y medio en torno a un molino de viento. Al cabo del rato se sintió peligrosamente aburrido de aquel razonamiento, notó que el aire se escapaba de debajo de su cuerpo, que descendía hacia la trayectoria de los peñascos saltarines, intentó con todas sus fuerzas no pensar en ello y en cambio recordó un poco el aeropuerto de Atenas, lo que le mantuvo provechosamente enfadado durante cinco minutos, al cabo de los cuales se sorprendió al descubrir que se hallaba flotando a unos doscientos metros del suelo.

Por un instante se preguntó cómo se las arreglaría para bajar otra vez, pero en seguida se apartó de aquel campo especulativo y trató de encarar la situación con firmeza.

Estaba volando. ¿Qué iba a hacer al respecto? Volvió a mirar el suelo. No lo hizo con mucha intensidad, pero en lo posible trató de lanzar una ojeada casual, de pasada, por decirlo así. No pudo dejar de ver un par de cosas. Una era que la erupción de la montaña se había extinguido; había un cráter a poca distancia de la cima, posiblemente donde la roca se había excavado por encima de la enorme catedral cavernosa, de su estatua y de la

persona lamentablemente maltratada de Agrajag.

La otra era su bolsa de viaje, la que perdió en el aeropuerto de Atenas. Estaba graciosamente situada en un claro del terreno, rodeada de pedruscos agotados, aunque al parecer no la había alcanzado ninguno. No podía pensar en las razones de ello, pero como aquel misterio quedaba oscurecido en primer lugar por la monstruosa imposibilidad de que la bolsa se encontrara allí, no se trataba de un razonamiento para el cual tuviera fuerzas suficientes. El caso es que estaba allí. Y la fea bolsa de imitación de

piel de leopardo parecía haber desaparecido, lo que estaba muy bien, aunque no entrara del todo dentro de lo explicable.

Se enfrentó con el hecho de ir a recogerlo. Y allí estaba él, volando a doscientos metros sobre la superficie de un planeta extraño cuyo nombre ni siquiera podía recordar. Pero no podía ignorar la postura melancólica de aquella parte diminuta de lo que había sido allí su vida, a tantos años luz de los restos pulverizados de su casa.

Además se dio cuenta de que, si aún se encontraba en las condiciones en que la perdió, la bolsa contendría una lata en cuyo interior permanecería el único aceite de oliva griego que quedaría en el Universo.

Empezó a descender poco a poco, con cuidado, centímetro a centímetro, balanceándose suavemente de un lado para otro como una nerviosa hoja de papel que fuese tanteando el camino hacia el suelo.

Todo iba estupendamente, se sentía bien. El aire le sujetaba, pero le abría paso. Dos minutos después flotaba a sólo medio metro de la bolsa, y encaró algunas decisiones difíciles. Fluctuó levemente. Frunció el ceño, pero también con toda la levedad posible.

Si recogía la bolsa, ¿podría llevarla? ¿Acaso no le llevaría el nuevo peso directamente al suelo?

¿Es que el simple hecho de tocar algo que estuviera en el suelo no haría desaparecer de repente la misteriosa energía que le mantenía en el aire?

¿Acaso no sería mejor actuar de manera sensata en aquel momento, abandonar el aire y volver al suelo por unos instantes? Y si lo hacía, ¿sería capaz de volver a volar?

Cuando consintió que aquella idea penetrara en su conciencia, experimentó un éxtasis tan sosegado, que no pudo soportar la idea de perderlo, tal vez para siempre. Esa preocupación le hizo ascender un poco, sólo para notar la sensación, el suave y sorprendente movimiento. Se balanceó y flotó. Intentó un descenso rápido.

El picado fue tremendo. Con los brazos extendidos hacia adelante, el pelo y la bata ondeando tras él, cayó del cielo, se combó entre una masa de

aire a medio metro del suelo y volvió a remontarse, deteniéndose al término del arco y sujetándose. Sólo manteniéndose. Allí se quedó.

Era maravilloso.

Comprendió que aquél era el modo de recoger la bolsa. Descendería en picado y la cogería en el momento justo de enderezar el vuelo. La llevaría consigo. Tal vez vacilase un poco, pero estaba seguro de que podría mantenerse.

Ensayó unos picados más para hacer práctica y le salieron cada vez mejor. El aire en el rostro, junto con el vigor y la disposición de su cuerpo, le hacían sentir una intoxicación espiritual que no había sentido desde..., bueno, por lo que podía recordar, desde que había nacido. Vagó a merced de la brisa y sobrevoló la campiña que, según descubrió, era bastante desagradable. Tenía un aspecto yermo y desolado. Decidió no mirarla más. Se limitaría a recoger la bolsa y luego..., no sabía qué hacer después. Resolvió coger la bolsa y ver luego lo que pasaba.

Probó a ponerse contra el viento, tomó impulso y viró. Flotó. No se dio cuenta, pero entonces su cuerpo era como un sauce. Se acurrucó bajo la corriente de aire, se inclinó y se precipitó en picado.

El aire se apartaba a su paso haciéndole vibrar de emoción. El suelo fluctuó de modo incierto, ordenó sus ideas y se alzó suavemente para recibirle, brindándole la bolsa con las rajadas asas de plástico vueltas hacia él.

A mitad de camino hubo un momento de peligro inminente: dejó de creer en lo que estaba haciendo y por eso estuvo a punto de caer, pero se recobró a tiempo, pasó rozando el suelo, metió el brazo con suavidad entre las asas de la bolsa y empezó a remontarse de nuevo. No lo logró. Y de pronto se encontró en el suelo pedregoso, estremecido, arañado y lleno de moraduras.

En seguida se puso en pie, tambaleándose irremediablemente, balanceando la bolsa en un paroxismo de pesar y decepción. Súbitamente, sus pies quedaron sólidamente aferrados al suelo, como siempre lo habían estado. Su cuerpo parecía un abultado saco de patatas que se deslizaba tambaleante hacia el suelo, y su mente tenía toda la liviandad de una bolsa de plomo.

El vértigo le debilitaba y le hacía tambalearse. Intentó correr, sin éxito: notó que sus piernas estaban de pronto muy débiles. Tropezó y cayó hacia adelante. Entonces recordó que en la bolsa que ahora llevaba no sólo había una lata de aceite de oliva griego, sino también una ración de retsina libre de impuestos, y la agradable sorpresa que le causó el comprobarlo le impidió durante al menos diez segundos darse cuenta de que estaba volando

otra vez.

Chilló y gritó de alivio y de placer, de puro deleite físico. Bajó en picado, viró, se deslizó e hizo remolinos en el aire. Se sentó descaradamente en una corriente ascendente e inspeccionó el contenido de la bolsa de viaje. Se sintió de la misma manera

en que imaginaba que debía sentirse un ángel mientras ejecutaba su famosa danza sobre la cabeza de un alfiler al tiempo que los filósofos hacían el recuento de sus congéneres. Rió de placer al descubrir que la bolsa contenía efectivamente la lata de aceite y la retsina, al igual que unas gafas de sol rotas, un bañador lleno de arena, unas tarjetas postales arrugadas de Santorini, una toalla grande e impresentable, algunas chinas interesantes y varios trozos de papel con direcciones de gente a la que no volvería a ver,

pensó con alivio, aunque el motivo fuese lamentable. Tiró las piedras, se puso las gafas de sol y dejó que el viento se llevara los pedazos de papel.

Diez minutos después, cuando vagaba sin rumbo por una nube, se plantó en su espalda una gran fiesta sumamente vergonzosa.

21

La fiesta más prolongada y destructiva que se haya celebrado jamás va ahora por la cuarta generación y, sin embargo, nadie da muestra alguna de querer marcharse. Alguien miró una vez el reloj, pero eso fue hace ya once años y no se ha vuelto a repetir.

El jaleo es extraordinario; hay que verlo para creerlo, pero si no se tiene especial necesidad de creerlo, entonces no vaya a verlo porque no le gustará.

Hace poco ha habido ciertas explosiones y resplandores en las nubes, y existe la teoría de que se trata de una batalla entablada entre las flotas de varias compañías rivales de limpieza de alfombras que se ciernen como buitres sobre la fiesta, pero no hay que creer nada de lo que se diga en las fiestas, especialmente de lo que se comente en ésta.

Uno de los problemas, que evidentemente irá de mal en peor, es que todos los participantes en la fiesta son hijos, nietos o bisnietos de la gente que no quiso marcharse, y debido a todo el asunto de crianza selectiva, genes regresivos, etcétera, ello significa que todos los asistentes actuales son absolutos fanáticos de las fiestas o idiotas de remate o, cada vez con mayor :frecuencia, ambas cosas.

En cualquier caso, se deduce que, genéticamente hablando, las generaciones sucesivas tienen menos posibilidades de marcharse que las anteriores.

De manera que intervienen otros factores, como cuándo va a acabarse la bebida.

Ahora bien, a causa de ciertas cosas ocurridas que en su momento parecieron buena idea (y uno de los problemas de un jolgorio que no acaba nunca es que todo lo que únicamente parece buena idea en las fiestas sigue teniendo el aspecto de ser buena idea), ese tema aún parece bastante remoto.

Una de las cosas que pareció buena idea en su momento fue que la fiesta se echase a volar; no en el sentido corriente en que se suele volar en una fiesta, sino en el literal.

Una noche, hace mucho tiempo, un grupo de astroingenieros borrachos

de la primera generación se encaramaron en el edificio para clavar esto, arreglar lo otro, golpear muy duramente lo de más allá, y cuando a la mañana siguiente amaneció, el sol se sorprendió al ver que brillaba sobre un edificio lleno de borrachos felices que ahora flotaba sobre las copas de los árboles como un pajarillo inseguro.

Y eso no era todo, porque la fiesta volante también se las había arreglado para pertrecharse con buena cantidad de armas. Si se veían envueltos en mezquinas discusiones con bodegueros, querían estar seguros de que tenían la fuerza de su lado.

La transición de fiesta permanente a fiesta con incursiones por horas, se produjo con facilidad. Eso contribuyó mucho a dar la dosis adicional de ímpetu y entusiasmo que tanta falta hacía en aquel momento debido a la enorme cantidad de veces que la orquesta había tocado a lo largo de los años todo el repertorio que conocía.

Hacían incursiones de rapiña y secuestraban ciudades enteras para rescatarlas a cambio de víveres frescos, aguacates, costillas de cerdo, vino y licores, que se cargaban a bordo sacándolos mediante una bomba de depósitos flotantes.

Sin embargo, algún día habría de encararse el problema de cuándo se acabaría la bebida.

El planeta sobre el que entonces flotaban ya no era el mismo que cuando lo sobrevolaron por primera vez.

Está deteriorado.

La fiesta le había atacado llevándose un botín inmenso, y nadie había logrado contraatacar debido a la manera caprichosa e imprevisible en que se bamboleaba por el cielo.

Es una fiesta tremenda.

También es tremendo que le caiga a uno en la espalda.

22

Arthur yacía dolorido en un trozo de hormigón agrietado; jirones de nube le pasaban rozando y se sentía confuso por el apacible rumor de juerga que oía vagamente a sus espaldas.

Había un ruido que no pudo identificar en seguida, en parte porque no conocía la canción Me dejé la pierna en Jaglan Beta y en parte debido a que la orquesta estaba muy cansada y algunos de sus componentes la tocaban en un ritmo de tres por cuatro y otros en una especie de pr^2 completamente borracho, cada cual según la cantidad de sueño de que hubiera disfrutado últimamente.

Respiraba agitadamente en el aire húmedo. Tanteó partes de su cuerpo para ver dónde estaría herido. Donde tocaba, hallaba un dolor. Al cabo del rato pensó que era porque le dolía la mano.

Al parecer se había torcido la muñeca. La espalda también le dolía, pero pronto comprobó que no le pasaba nada malo, que sólo estaba magullado y un tanto conmocionado, ¿y quién no lo estaría? No podía entender qué hacía un edificio volando entre las nubes.

Por otro lado, se habría visto en un apuro para explicar su presencia de manera convincente, por lo que decidió que el edificio y él no tendrían más remedio que aceptarse mutuamente. Alzó la vista. Tras él se alzaba un muro de baldosas de piedra, blancas pero manchadas: el edificio propiamente dicho. Arthur parecía estar tumbado en una especie de reborde o saliente que se proyectaba a unos ciento treinta centímetros alrededor. Era un pedazo del suelo en donde el edificio de la fiesta había tenido los cimientos y que había llevado consigo para mantenerse aferrado a su base.

De pronto se puso en pie, nervioso; miró por el saliente y el vértigo le dio náuseas. Se apretó la espalda contra la pared, empapado de niebla y sudor. Su cabeza nadaba a estilo libre, pero en su estómago alguien practicaba el mariposa.

Aunque había llegado allá arriba por sus propios medios, ahora ni siquiera era capaz de mirar la espantosa caída que tenía delante. No se disponía a probar suerte y saltar. No estaba preparado para acercarse ni un milímetro al borde.

Asió la bolsa con fuerza y avanzó pegado a la pared, esperando encontrar una puerta de entrada. El sólido peso de la lata de aceite de oliva le dio mucha confianza.

Iba en dirección a la esquina más próxima, con esperanza de que la pared del otro lado ofreciera más posibilidades respecto a entradas que ésta, que no brindaba ninguna.

El equilibrio inestable del edificio le ponía enfermo de miedo, y al cabo de poco sacó la toalla de la bolsa e hizo algo que una vez más justificó su lugar predominante en la lista de cosas útiles que llevar cuando se haga autoestop por la Galaxia. Se la puso por la cabeza para no ver lo que estaba haciendo.

Sus pies tanteaban el suelo. Su mano extendida bordeaba la pared.

Al fin llegó a la esquina y, cuando su mano la traspasó, encontró algo que le dio un susto tal, que casi se cae sin más. Era otra mano.

Las dos manos se agarraron mutuamente.

Sintió la desesperada necesidad de utilizar la otra mano para quitarse la toalla de los ojos, pero con ella llevaba la bolsa de viaje con la lata de aceite de oliva, la retsina y las tarjetas postales de Santorini, y no tenía intención de soltarla.

Pasó por uno de esos momentos «yoístas» en que uno se da la vuelta de repente, se mira a sí mismo y piensa: «¿Quién soy yo? ¿Para qué sirvo? ¿Qué he logrado? ¿Estoy progresando?» Lloriqueó muy bajito.

Trató de liberar la mano, pero no pudo. La otra la asía con fuerza. No tuvo más remedio que acercarse más a la esquina. Se inclinó al doblarla y meneó la cabeza con intención de desprenderse de la toalla. Eso provocó un grito agudo de insondable emoción en el dueño de la otra mano.

La toalla salió despedida de su cabeza y se encontró mirando cara a cara a Ford Prefect. Detrás estaba Slartibartfast, y al fondo vio con toda claridad un porche y una enorme puerta cerrada.

Ford y Arthur se hallaban pegados a la pared, con los ojos desorbitados de terror al tratar de mirar entre la densa nube negra que les rodeaba y de resistir el inestable balanceo del edificio.

—¿Dónde fotones has estado? —siseó Ford, lleno de pánico.

—Pues, bueno —tartamudeó Arthur, sin saber cómo resumirlo todo de manera muy breve—. Por ahí. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Ford volvió a mirar a Arthur con ojos desorbitados.

—No nos dejan entrar si no llevamos una botella —murmuró.

Lo primero que Arthur observó cuando pasaron al meollo de la fiesta, aparte del ruido, del calor sofocante, de la abigarrada profusión de colores que se destacaban vagamente entre la atmósfera de humo cabezón, de las

alfombras, llenas de cristales espachurrados, de ceniza y de restos de aguacate, y del grupillo de criaturas semejantes a pterodáctilos de lúrex que caían sobre su apreciada botella de retsina graznando: «Un placer nuevo, un placer nuevo», fue que Trillian estaba charlando con un tal Dios del Trueno.

—¿No te he visto en Milliways? —decía el Dios.

—¿No llevabas tú un martillo?

—Sí. Esto me gusta mucho más. Cuanto menos respetable, más ambiente.

Alaridos de algún placer repugnante resonaban por la estancia, cuyas dimensiones exteriores resultaban invisibles entre la jadeante multitud de criaturas ruidosas que gritaban alegremente cosas que nadie podía oír y que de cuando en cuando sufrían momentos de crisis.

—Parece divertido ——comentó Trillian—. ¿Qué decías, Arthur?

—Decía que cómo demonios has llegado aquí.

—Me convertí en una línea de puntos que flotaba a la ventura por el Universo. ¿Conoces a Tor? Hace el trueno.

—Hola —dijo Arthur—. Supongo que eso debe ser muy interesante.

—Hola —contestó Tor—. Lo es. ¿Estás bebiendo?

—Pues, no, en realidad...

—Entonces, ¿por qué no vas a buscar una copa?

—Hasta luego, Arthur —dijo Trillian.

Algo se movió a ritmo lento por la cabeza de Arthur. Miró en torno con aire acosado.

—Zaphod no está aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Hasta luego —repuso Trillian en tono firme.

Tor le fulminó con sus ojos negros como el carbón, su barba se erizó y la poca luz que había en la habitación tomó fuerzas brevemente para relucir de forma amenazadora en los cuernos de su casco.

Tomó a Trillian del codo con una mano sumamente grande y los músculos de su brazo se movieron unos en torno a otros como un par de Volkswagen en el momento de aparcar.

Se fue con ella.

—Una de las cosas interesantes de ser inmortal —iba diciendo— es...

—Una de las cosas interesantes del espacio —oyó Arthur que decía Slartibartfast a una criatura grande y voluminosa con aspecto de haber perdido una pelea con una tela de terciopelo rosa y que miraba embelesado a los ojos profundos y a la barba plateada del anciano— es que resulta muy aburrido.

—¿Aburrido? —repitió la criatura guiñando unos ojos inyectados en sangre y bastante arrugados.

—Sí —confirmó Slartibartfast—, asombrosamente aburrido. Pasmosamente. Mira, es muy grande y hay muy poco en él. ¿Te gustaría que te citara unas estadísticas?

—Pues, bueno...

—Por favor, a mí sí me gustaría. También son sensacionalmente aburridas.

—Volveré a escucharlas dentro de un momento —dijo ella.

Le dio una palmadita en el brazo, se alzó las faldas como un hidrofóil y se alejó entre la jadeante multitud.

—Pensé que no se marcharía nunca —gruñó el anciano—. Vamos, terrícola.

—Arthur.

—Tenemos que encontrar el Arco de Plata; está aquí, en alguna parte.

—¿No podemos descansar un poco? —protestó Arthur—. He tenido un día muy agitado. A propósito, Trillian está aquí; no me ha dicho cómo ha venido, probablemente no importa.

—Piensa en el peligro que corre el Universo...

—El Universo es lo bastante mayor y está lo suficientemente crecido como para cuidar de sí mismo durante media hora. De acuerdo —añadió Arthur en respuesta a la inquietud creciente de Slartibartfast—, daré una vuelta a ver si alguien lo ha visto.

—Bien, bien —aprobó Slartibartfast—, bien.

Se metió entre la multitud y todos los que se encontraba le decían que se relajara.

—¿Has visto un arco por algún sitio? —preguntó Arthur a un hombrecillo que parecía estar esperando ansiosamente escuchar a alguien —. Es de plata, es de importancia vital para la seguridad futura del Universo y así de largo.

—No ——contestó el enjuto personaje—, pero toma una copa y cuéntamelo.

Ford Prefect pasó haciendo contorsiones. Bailaba una danza fogosa, frenética, no enteramente desprovista de obscenidad, con una que parecía llevar el palacio de la ópera de Sidney en la cabeza.

—¡Me gusta el sombrero! —gritó Ford a voz en cuello.

—¿Qué?

—He dicho que me gusta el sombrero.

—No llevo sombrero.

—Pues, entonces, me gusta la cabeza.

—¿Cómo?

—He dicho que me gusta la cabeza. Tiene una estructura ósea

interesante.

Ford se las arregló para encogerse de hombros sin salirse de los complicados movimientos que ejecutaba.

—He dicho que bailas estupendamente —gritó—, sólo que no muevas tanto la cabeza.

—¿Qué?

—Es que cada vez que mueves la cabeza... ¡Ay! —exclamó cuando su pareja inclinó la cabeza para decir «¿Qué?» y una vez más le picoteó en la frente con el extremo afilado de su cráneo prominente.

—Mi planeta fue demolido una mañana —dijo Arthur, que de un modo enteramente inesperado se encontró contando al hombrecillo la historia de su vida o, al menos, retocando sus rasgos sobresalientes—; por eso voy vestido así, en bata. Mi planeta saltó por los aires con toda mi ropa, ¿entiendes? No reparé en que podría venir a una fiesta.

El hombrecillo asintió con entusiasmo.

—Después me echaron de una nave espacial. Con la bata. En vez de con un traje espacial, que es lo que normalmente cabría esperar. Poco después me enteré de que mi planeta lo construyó originalmente un grupo de ratones. Puedes figurarte lo que sentí. Luego me dispararon durante un rato y me reprendieron. En realidad, me han regañado con una frecuencia absurda; me han disparado, insultado, privado de té, desintegrado con regularidad, y hace poco aterricé en un pantano y tuve que pasar cinco años en una cueva húmeda.

—¡Ah! —exclamó embelesado el hombrecillo—. ¿Y te has divertido mucho?

Arthur se atragantó violentamente con la copa.

—¡Qué tos tan maravillosamente emocionante! —dijo el hombrecillo, muy sorprendido—. ¿Te importa que te acompañe?

Y acto seguido le acometió el más extraordinario y espectacular acceso de tos, y Arthur, pillado por sorpresa, se atragantó violentamente, se dio cuenta de que ya había empezado a hacer eso y se sintió muy confundido.

Ambos ejecutaron un dúo como para romperse los pulmones que duró dos minutos enteros hasta que Arthur logró toser y detenerse con un chisporroteo.

—Muy tonificante —manifestó el hombrecillo, jadeando y limpiándose las lágrimas de los ojos—. Qué vida tan emocionante debes llevar. Muchísimas gracias.

Estrechó calurosamente la mano a Arthur y se dirigió hacia la multitud. Arthur meneó la cabeza, lleno de estupor.

Se le acercó un hombre con aire juvenil, un tipo de aspecto agresivo

con labios en forma de gancho, nariz de farol y mejillas diminutas, como perlas. Vestía pantalones negros, camisa de seda negra abierta hasta lo que probablemente era su ombligo, aunque Arthur había aprendido a no hacer suposiciones respecto a la anatomía de la clase de gente con la que solía encontrarse por entonces, y del cuello le colgaba toda clase de objetos de oro, feos y tintineantes. Llevaba algo en una bolsa negra, y sin duda quería que la gente notara que él no tenía deseo alguno de que repararan en ella.

—Oye, hmmm..., ¿acabo de oírte decir tu nombre? —preguntó.

Esa era una de las muchas cosas que Arthur había contado al hombrecillo.

—Sí, Arthur Dent.

El recién llegado pareció bailar suavemente a un ritmo distinto de los varios que la orquesta se esforzaba desagradablemente por imponer.

—Sí —repuso el desconocido—, sólo que en una montaña había un hombre que quería verte.

—Lo he visto.

—Sí, sólo que parecía muy deseoso de verte, ¿sabes?

—Sí, lo he visto.

—Sí, bueno, creí que deberías saberlo.

—Lo sé. Lo he visto.

El desconocido hizo una pausa para mascar chicle. Luego dio una palmada a Arthur en la espalda.

—De acuerdo —dijo—, muy bien. Yo me limito a decírtelo, ¿vale? Buenas noches, buena suerte, que ganes premios.

—¿Cómo? —dijo Arthur, que para entonces comenzaba a perder seriamente el hilo.

—Lo que sea. Hagas lo que hagas, hazlo bien.

Hizo una especie de chasquido con lo que estuviera mascando y luego un gesto vagamente dinámico.

—¿Por qué? —preguntó Arthur.

—Hazlo mal —repuso el hombre—, ¿qué más da? ¿A quién le importa un rábano?

De pronto pareció que la sangre le afluía al rostro y empezó a gritar, colérico.

—¿Por qué no volverse loco? —añadió—. Márchate, déjame en paz, ¿eh, tío? ¡¡¡Lárgate!!!

—Muy bien, me voy —se apresuró a decir Arthur.

—Ha sido real —concluyó el desconocido, haciendo un gesto brusco y desapareciendo entre el gentío.

—¿A qué venía eso? —preguntó Arthur a una chica que encontró a su

lado—. ¿Por qué me ha dicho que gane premios?

—Cosas del mundo del espectáculo —contestó la muchacha encogiéndose de hombros—. Acaba de ganar un premio en la ceremonia anual de premios del Instituto de Ilusiones Recreativas de Osa Menor Alfa, y esperaba traspasarlo sin dificultad, pero como tú no lo has mencionado, no ha podido.

—Pues siento no haberlo hecho ——comentó Arthur—. ¿Por qué se lo han dado?

—Por El uso más gratuito de la palabra «Joder» en un guión cinematográfico serio. Es muy prestigioso.

—Ya veo —dijo Arthur—, ¿y qué es lo que dan?

—Un Rory. No es más que un pequeño objeto de plata engastado en una base negra. ¿Qué has dicho?

—No he dicho nada. Iba a preguntarte si la plata...

—Ah, creía que habías dicho «va».

—¿Qué?

—«Va».

Ya hacía unos años que pasaba gente a ver la fiesta, gorrones elegantes de otros mundos que al mirar bajo ellos a su propio planeta, con las ciudades destruidas, los cultivos de aguacate asolados, los viñedos marchitos, las grandes extensiones de nuevo terreno desértico, los mares llenos de migas de galletas y de algo peor, se les ocurrió durante un tiempo que a una escala reducida y casi imperceptible su mundo no era tan divertido como lo había sido. Unos empezaron a preguntarse si lograrían permanecer sobrios el tiempo suficiente para trasladar la fiesta por el espacio y dirigirse a otros mundos donde el aire fuese más fresco y les diese menos dolores de cabeza.

Los pocos campesinos que aún conseguían vivir precariamente de la tierra semiárida del planeta, se habrían alegrado mucho de oír eso, pero aquel día, cuando la fiesta surgió gritando de entre las nubes y los campesinos alzaron la vista consumidos por el miedo de otra incursión en busca de un botín de queso y vino, se hizo evidente que la fiesta no iba a trasladarse durante algún tiempo a ningún otro sitio y que terminaría pronto. En seguida vendría la hora de recoger sombreros y abrigos y salir al exterior; los asistentes, vacilantes y agotados, tendrían que averiguar la hora, la época del año y si en alguna parte de aquella tierra quemada y asolada había taxis que llevaran a alguna parte.

La fiesta estaba enzarzada en un abrazo horrible con una extraña nave de color blanco que parecía medio metida en ella. Iban unidas por el cielo, jadeando, dando tumbos y vueltas, haciendo caso omiso de su grotesco

peso.

Las nubes se abrieron. Rugió el aire, apartándose de un salto de su paso.

En sus contorsiones, la fiesta y la nave de Krikkit se parecía un poco a dos patos; era como si uno de ellos tratara de hacer un tercer pato dentro del segundo mientras que éste intentase explicar con todas sus fuerzas que en aquel momento no se sentía preparado para un tercer pato, inseguro indeciso en cualquier caso de si quería que ese primer pato en concreto hiciera un tercer pato, y desde luego no mientras él mismo, el segundo pato, estaba muy ocupado volando.

El cielo cantó y gritó con la rabia que le producía todo aquello y abofeteó el suelo con ondas de choque.

Y súbitamente, con un zumbido, la nave de Krikkit desapareció.

La fiesta vagó torpemente por el cielo como alguien que se apoyara contra una puerta inesperadamente abierta. Giró y tembló sobre sus motores a reacción. Trató de enderezarse y, en cambio, se torció. Volvió a tambalearse hacia atrás por el firmamento. Tales vacilaciones prosiguieron durante algún tiempo, pero era evidente que no podían continuar mucho tiempo. La fiesta ya estaba mortalmente herida. Había desaparecido toda la alegría, y eso no podía disimularse con cabriolas ocasionales y sin gracia.

En esa situación, cuanto más tiempo evitara el suelo, más fuerte sería el impacto cuando entrara en contacto con él.

En el interior las cosas tampoco iban muy bien. En realidad marchaban monstruosamente mal, y eso no le gustaba a la gente, que lo decía a gritos.

Habían hecho desaparecer el premio por El uso más gratuito de la palabra «Joder» en un guión cinematográfico serio, y en su lugar habían dejado una escena de devastación que a Arthur le hizo sentirse casi tan mal como un aspirante al Rory.

—Nos encantaría quedarnos y ser útiles —gritó Ford, abriéndose paso con dificultad entre los escombros irreconocibles—, pero no vamos a hacerlo.

La fiesta sufrió una nueva sacudida, provocando gruñidos y gritos enfebrecidos entre los restos humeantes del edificio.

—Tenemos que ir a salvar el Universo, ¿sabéis? —explicó Ford—. Y si os parece una excusa bastante inaceptable, tal vez tengáis razón. De todos modos, nos vamos.

De pronto encontró en el suelo una botella sin abrir, que no se había roto de milagro.

—¿Os importa que nos la llevemos? —preguntó—. Vosotros no la necesitaréis.

También cogió una bolsa de patatas fritas.

—¿Trillian? —gritó Arthur con voz débil y asustada. No podía ver nada entre la humeante confusión.

—Debemos irnos, terrícola —dijo Slartibartfast, nervioso.

—¿Trillian? —volvió a gritar Arthur.

Instantes después apareció Trillian, temblando y haciendo eses, apoyada en su nuevo amigo, el Dios del Trueno.

—La chica se queda conmigo —anunció Tor—. Se está celebrando una gran fiesta en Valhala y volaremos...

—¿Dónde estabas cuando pasaba todo esto? —preguntó Arthur

—En el piso de arriba —contestó Tor—. Estaba pesándola. Mira, volar es un asunto complicado, hay que calcular el viento...

—Ella viene con nosotros —afirmó Arthur.

—Oye —protestó Trillian—, yo no...

—No —insistió Arthur—, vienes con nosotros.

Tor le miró despacio, con ojos de ira. Daba mucha importancia a su aspecto divino, lo que no tenía nada que ver con estar limpio.

—Viene conmigo —dijo con calma.

—Vamos, terrícola —dijo nerviosamente Slartibartfast, cogiendo á Arthur de la manga.

—Vamos, Slartibartfast —dijo Ford, nervioso, mientras cogía al anciano de la manga. Slartibartfast tenía el aparato teletransportador.

La fiesta se bamboleaba y daba tumbos, haciendo rodar a todo el mundo menos a Tor y a Arthur, que miraba tembloroso a los negros ojos del Dios del Trueno.

Poco a poco, de forma increíble, Arthur levantó lo que ahora parecían ser unos puños diminutos.

—¿Quieres ver para qué sirven? —preguntó.

—Te pido minúsculas disculpas, ¿cómo has dicho?

—He dicho —repitió Arthur sin poder contener el temblor de su voz —que si quieres ver para qué sirven.

Movió los puños de manera ridícula.

Tor le miró con incredulidad. Entonces, una pequeña espiral de humo ascendió de su nariz. También había una llamita diminuta. Se cogió el cinturón.

Hinchó el pecho para que quedase absolutamente claro que ahí estaba la clase de hombre sobre el que uno no se atrevería a pasar a menos de ir acompañado de un grupo de sherpas.

Sacó del cinto el mango del martillo. Lo sostuvo en las manos para mostrar la maciza cabeza de hierro. De ese modo aclaró cualquier

malentendido posible de que sólo llevara consigo un poste de telégrafos.

—¿Acaso quiero —preguntó con un siseo que parecía un río que desembocara en una fábrica de acero— comprobar su utilidad?

—Sí —repuso Arthur con una voz súbita y extraordinariamente fuerte y agresiva.

Volvió a mover los puños, esta vez como si lo hiciera en serio.

—¿Quieres hacerte a un lado? —sugirió a Tor con un gruñido.

—¡De acuerdo! —aulló Tor como un toro rabioso (o, mejor dicho, como un Dios del Trueno enfurecido, lo que es mucho más impresionante), apartándose.

—Bien —dijo Arthur—, nos hemos librado de él. Slarty, vámonos de aquí.

23

—De acuerdo —gritó Ford a Arthur—, soy un cobarde, pero el caso es que aún estoy vivo.

Se encontraban de nuevo a bordo de la Nave Bistromática, junto con Slartibartfast y Trillian. La armonía y la concordia se hallaban ausentes.

—Pues yo también estoy vivo, ¿no? —replicó Arthur, demacrado por la aventura y la ira. Sus cejas saltaban de un lado para otro, como si quisieran enzarzarse a puñetazos.

—¡Casi no lo logras! —estalló Ford.

Arthur se volvió bruscamente a Slartibartfast, que estaba sentado en la butaca del piloto en la cabina de vuelo, mirando pensativo el fondo de una botella que, según parecía, le decía algo que él era incapaz de comprender. Apeló a él.

—¿Crees que ha entendido la primera palabra que he dicho? —preguntó, temblando de emoción.

—No sé —repuso Slartibartfast en tono un tanto abstracto—. No estoy seguro de saberlo.

Alzó la vista un momento y luego miró los instrumentos con mayor fijeza y perplejidad.

—Tendrás que explicárnoslo otra vez —añadió.

—Pues...

—Pero en otra ocasión. Se avecinan cosas horribles.

Dio unos golpecitos al vidrio de imitación del fondo de la botella.

—Me temo que en la fiesta nos comportamos de una manera bastante lastimosa —prosiguió—. Ahora, nuestra única esperanza es impedir que los robots introduzcan la Llave en la Cerradura. Lo que no sé —murmuró —es cómo demonios lo haremos. Tendremos que ir para allá, supongo. No puedo decir que me guste la idea en absoluto. Probablemente acabaremos muertos.

—Pero ¿dónde está Trillian? —inquirió Arthur afectando una súbita despreocupación.

Estaba enfadado porque Ford le había reñido por perder tiempo con todo el asunto del Dios del Trueno cuando tendrían que haberse largado con

mayor rapidez. La opinión de Arthur, que había expuesto para que cualquiera le diese el valor que a su juicio merecía, era que se había portado de una manera sumamente decidida y valiente.

El punto de vista preponderante parecía ser que su opinión no valía un par de riñones fétidos de dingo. Pero lo que le molestó de verdad fue que Trillian no reaccionara en sentido alguno, retirándose a alguna parte.

—¿Y dónde están mis patatas fritas? —preguntó Ford.

—Trillian y las patatas están en la Cámara de Ilusiones Informáticas —informó Slartibartfast sin levantar la vista—. Creo que nuestra joven amiga está tratando de asimilar ciertos problemas de la historia de la Galaxia. Me parece que las patatas fritas la están ayudando.

24

Es un error creer que cualquier problema importante puede solucionarse con ayuda de unas patatas.

Por ejemplo, una vez hubo una raza locamente agresiva llamada Monomaníacas Blindados Silásticos de Striterax. Ese era solamente el nombre de su raza. Su ejército se llamaba de un modo enteramente horripilante. Por suerte vivieron en una etapa primitíva de la historia de la Galaxia, anterior a las que hemos encontrado hasta el momento, hace veinte billones de años, cuando la Galaxia era joven y fresca y toda idea por la que mereciera la pena luchar era nueva.

Para la lucha era para lo que mejor servían los Monomaníacos Blindados Silásticos de Striterax, y como se les daba bien, lo hacían a menudo. Combatían también contra sus enemigos (es decir, contra todo el mundo) y también entre sí. Su planeta era un desastre absoluto. La superficie estaba llena de ciudades abandonadas, cercadas por inservibles máquinas de guerra que a su vez estaban rodeadas de hondas trincheras en las que vivían los Monomaniacos Blindados Silásticos peleándose entre sí.

La mejor manera de entablar pelea con un Monomaníaco Blindado Silástico de Striterax era haber nacido. No les gustaba, se ofendían. Y cuando un Monomaníaco Blindado Silástico se enfadaba, alguien pagaba el pato. Cabría pensar que se trataba de un estilo de vida agotador, pero parecían poseer una enorme cantidad de energía.

El mejor medio de tratar con un Monomaníaco Blindado Silástico era dejarle solo en una habitación, pues tarde o temprano empezaba a golpearse a sí mismo.

Al fin comprendieron que aquello era algo que debían evitar, y dictaron una ley en la que se decretaba que todo aquel que utilizara armas en razón de su trabajo silástico normal (policías, guardias de seguridad, maestros de enseñanza primaria, etc.) debía pasar al menos cuarenta y cinco minutos diarios dando puñetazos a un saco de patatas para descargar la agresividad excedente.

Durante una temporada aquello dio buen resultado, hasta que a alguien se le ocurrió que sería mucho más eficaz y se desperdiciaría menos tiempo

si, en vez de dar golpes a las patatas, se disparaba contra ellas.

Ello condujo a una renovación del entusiasmo por disparar contra toda clase de cosas, y todo el mundo estuvo muy excitado durante semanas ante la perspectiva de su primera guerra importante.

Otro logro de los Monomaníacos Blindados Silásticos de Striterax es que fueron la primera raza que consiguió sobresaltar a un ordenador.

Se trataba de un ordenador gigantesco, creado en el espacio, que se llamaba Hactar y que incluso en nuestros días se recuerda como uno de los más eficaces que se hayan construido jamás. Fue el primero en construirse como un cerebro natural, pues en él cada partícula celular albergaba en su interior la configuración del todo, cosa que le permitía pensar de manera más flexible e imaginativa y que, al parecer, también le puso en condiciones de sobresaltarse.

Los Monomaníacos Blindados Silásticos de Striterax libraban una de sus continuas guerras con los Tenaces Garguerreros de Stug, y no disfrutaban tanto de ella como de costumbre porque debían efectuar una enorme cantidad de recorridos fatigosos por los Pantanos de Radiación de Cwulzenda y por las Montañas de Fuego de Frazfraga, y no se encontraban cómodos en ninguno de ambos terrenos.

De manera que, cuando los Estrangulones Estiletantes de Jajazikstak se sumaron al conflicto obligándoles a luchar en otro frente, en las Cuevas Gamma de Carfrax y en las Tormentas de Hielo de Varlengooten, decidieron que ya estaba bien y ordenaron a Hactar que les proyectara un Arma Definitiva. Final.

—¿Qué queréis decir con Final? —preguntó Hactar.

—Consulta un puñetero diccionario —contestaron los Monomaníacos Blindados Silásticos de Striterax, precipitándose de nuevo al combate.

De modo que Hactar proyectó un Arma Final.

Era una bomba muy pequeña; se trataba simplemente de una caja de empalme situada en el hiperespacio que, una vez activada, conectaba simultáneamente los corazones de todos los soles importantes para de ese modo convertir el Universo entero en una gigantesca supernova hiperespacial.

Cuando los Monomaníacos Blindados Silásticos intentaron utilizarla para volar un polvorín que los Estrangulones Estiletantes tenían en una de las Cuevas Gamma, se enojaron mucho al ver que no funcionaba y se lo dijeron a Hactar.

Al ordenador le había conmocionado la idea.

Intentó explicar que había pensado en el asunto del Arma Final llegando a la conclusión de que si no hacía explotar la bomba no era

concebible que las consecuencias fuesen peores que si la hacía estallar, y que por tanto se había tomado la libertad de implantar un pequeño defecto en el funcionamiento de la bomba con la esperanza de que todo el mundo reflexionara fríamente y comprendiera que...

Los Monomaníacos Blindados discreparon y pulverizaron el ordenador.

Más tarde lo pensaron mejor y también destruyeron la bomba defectuosa.

A continuación, tras una pausa para aplastar a los Tenaces Garguerreros de Stug y a los Estrangulones Estiletantes de Jajazikstak, siguieron buscando un medio enteramente nuevo para volarse a sí mismos, lo que constituyó un profundo alivio para todas las demás razas de la Galaxia, en especial para los Garguerreros, los Estiletantes y las patatas.

Trillian había visto todo eso, así como la historia de Krikkit. Salió pensativa de la Cámara de Ilusiones Informáticas, justo a tiempo para descubrir que habían llegado demasiado tarde.

25

Incluso cuando la Nave Bistromática sobrevolaba su objetivo, situado en la cima de una pequeña colina en el asteroide de kilómetro y medio de anchura que describía una órbita solitaria y eterna en torno al cerrado sistema estelar planetario de Krikkit, sus tripulantes comprendieron que sólo llegaban a tiempo de presenciar un acontecimiento histórico inevitable.

No tenían idea de que iban a ver dos.

Quedaron impotentes, fríos y solos al borde de la colina, contemplando la actividad que se desarrollaba a sus pies. Lanzas de luz describían arcos siniestros en el vacío desde un lugar que sólo estaba a cien metros debajo y delante de ellos.

Miraron el acontecimiento cegador.

Una extensión del campo energético de la nave les permitía estar allí mediante una nueva explotación de la predisposición de la mente a que le gasten bromas: los problemas de caer a la masa diminuta del asteroide o de no poder respirar se convirtieron sencillamente en Problemas de Otro.

La nave blanca de Krikkit estaba situada entre los desolados despeñaderos del asteroide, destellando bajo los arcos luminosos o desapareciendo en la sombra. La negrura de las sombras marcadas que arrojaban los duros riscos ejecutaban una danza conjunta cuando los arcos de luz pasaban en torno a ellos.

Los once robots blancos llevaban en procesión la Llave Wikket hacia el centro de un círculo de luces oscilantes.

La Llave Wikket se reconstruyó. Sus componentes relucían y brillaban: el Pilar de Acero (o pierna de Marvin) de la Fuerza y del Poder, el Arco de Oro (o el corazón de la Energía de la Improbabilidad Infinita) de la Prosperidad, el Pilar Perspex (o el Cetro de Justicia de Argabuthon) de la Ciencia y de la Razón, el Arco de Plata (o Premio Rory por El uso más gratuito de la palabra «Joder» en un guión cinematográfico serio) y el ya recompuesto Pilar de Madera (o cenizas de un tronco quemado que simboliza la muerte del críquet inglés) de la Naturaleza y de la Espiritualidad.

—Supongo que no podremos hacer nada a estas alturas, ¿verdad? —

preguntó Arthur con voz nerviosa.

—No —suspiró Slartibartfast.

La expresión decepcionada que apareció en el rostro de Arthur fue un completo fracaso, y como se encontraba en la sombra dejó que se transformara en una de alivio.

—Lástima —dijo.

—Estúpidamente, no tenemos armas —sentenció Slartibartfast.

—Maldita sea —apostilló Arthur en voz muy baja.

Ford no dijo nada.

Trillian tampoco abrió la boca, pero tenía un aire extrañamente claro y reflexivo. Miraba más allá del asteroide, al vacío del espacio.

El asteroide giraba en torno a la Nube de Polvo, que rodeaba la envoltura de Tiempo Lento, que a su vez encerraba el mundo en que vivían los habitantes de Krikkit, los Amos de Krikkit y sus robots asesinos.

El impotente grupo no tenía medio de saber si los robots de Krikkit habían notado su presencia. Sólo podían suponer que sí, pero que de acuerdo con las circunstancias los enemigos sabían que no tenían nada que temer. Debían realizar una misión histórica, y podían mirar con desprecio a su público.

—Es horrible el sentimiento de impotencia, ¿verdad? —dijo Arthur, pero los demás no le hicieron caso.

En medio de la zona de luz a la que se acercaban los robots, se abrió en el suelo una grieta en forma de cuadrado. La grieta fue haciéndose cada vez más visible y pronto resultó que un bloque de terreno, de unos dos metros cuadrados, se iba elevando poco a poco.

Al mismo tiempo percibieron otro movimiento, pero era casi subliminal, y por unos instantes no estuvo claro si era aquello lo que se movía.

Luego, sí.

El asteroide se movía. Se acercaba despacio a la Nube de Polvo, como si tirara de él un pescador celestial arrastrándolo con su caña a las profundidades.

Iban a hacer en la vida real el viaje por la Nube de Polvo que ya habían hecho en la Cámara de Ilusiones Informáticas. Permanecieron en silencio, paralizados. Trillían frunció las cejas.

Pareció que pasaba una eternidad. Los acontecimientos empezaron a sucederse con vertiginosa lentitud cuando el costado principal del asteroide penetró en el vago y blando perímetro exterior de la Nube.

Y pronto se vieron inmersos en una oscuridad tenue y vacilante. Fueron atravesándola, débilmente conscientes de formas vagas y de

espirales indistinguibles en la oscuridad salvo con el rabillo del ojo.

El polvo amortiguaba los haces de brillante luz. Los haces de brillante luz destellaban sobre las innumerables motas de polvo.

Una vez más, Trillian contempló el pasadizo desde lo más profundo de sus ceñudos pensamientos.

Y llegaron al final. No estaban seguros de si habían tardado un minuto o media hora, pero lo habían atravesado para encontrarse con un vacío nuevo, como si el espacio hubiese concluido su existencia delante de ellos.

Y entonces las cosas se sucedieron con rapidez.

Un haz de luz cegadora casi pareció estallar de la masa que se había alzado a un metro del suelo, y de su interior brotó un bloque de Perspex más pequeño que despedía colores deslumbrantes y retozones.

El bloque tenía unas ranuras profundas, tres hacia arriba y dos atravesadas, con idea evidente de albergar la Llave Wikket. Los robots se acercaron a la Cerradura, introdujeron la Llave y retrocedieron. El bloque giró sobre sí mismo con voluntad propia y el espacio empezó a alterarse.

El espacio recobró la existencia pareciendo revolver en sus órbitas los ojos de los observadores. Se encontraron mirando, cegados, a un sol deshilachado que se presentó ante ellos donde sólo segundos antes ni siquiera había habido espacio vacío. Pasaron unos momentos antes de que se dieran cuenta suficiente de lo que había pasado y se pusieran las manos sobre los ojos aterrorizados y ciegos. En esos breves instantes percibieron que una mota diminuta cruzaba despacio el ojo de aquel sol.

Retrocedieron tambaleantes y oyeron resonar en sus oídos el tenue e inesperado canto de los robots, que gritaban al unísono.

—¡Krikkit! ¡Krikkit! ¡Krikkit! ¡Krikkit!

El sonido les dio escalofríos. Era áspero, frígido, vacío; era mecánico y lúgubre.

También era triunfal.

Quedaron tan pasmados por aquellas dos conmociones sensoriales, que casi se perdieron el segundo acontecimiento histórico.

Zaphod Beeblebrox, el único hombre de la historia que sobrevivió a un ataque de los robots asesinos, salió corriendo de la nave de guerra de Krikkit. Empuñaba una pistola Mata.

—Vale —gritó—. La situación está absolutamente controlada, igual que este momento del tiempo.

El único robot que guardaba la escotilla de la nave blandió en silencio el bate aplicándolo a la nuca izquierda de Zaphod.

—¿Quién diablos ha hecho eso? —dijo la cabeza izquierda, cayendo hacia adelante de mala manera.

La cabeza derecha miró atentamente hacia una distancia media.

—¿Quién ha hecho qué? —dijo.

El bate llegó a la nuca derecha.

Zaphod midió el suelo con todo su cuerpo, adoptando una forma bastante extraña.

Al cabo de unos segundos concluyó todo el acontecimiento. Unas cuantas descargas de los robots fueron suficientes para destruir la Cerradura para siempre. Se partió, se fundió y sus piezas se dislocaron.

Sombríamente y, casi podría decirse, con aire decepcionado, los robots se encaminaron de vuelta a la nave de guerra, que desapareció con un zumbido.

Trillian y Ford descendieron frenéticamente por la inclinada cuesta hacia el cuerpo oscuro y quieto de Zaphod Beeblebrox.

26

—No sé —declaró Zaphod por lo que le pareció trigésimo séptima vez —; podían haberme matado, pero no lo hicieron. Tal vez pensaran que yo era una especie de individuo maravilloso, o algo así. No logro entenderlo.

Los demás se limitaban a tomar nota en silencio de sus opiniones respecto a aquella teoría.

Zaphod estaba tumbado en el frío suelo del puente de mando. Su espalda parecía forcejear con el suelo cuando el dolor le atravesaba el cuerpo y le golpeaba en las cabezas.

—Creo —susurró— que esos fulanos sin gracia tienen algo fundamentalmente espectral.

—Están programados para matar a todo el mundo —indicó Slartibartfast.

—Podría ser —resolló Zaphod entre bofetadas de dolor. No parecía convencido del todo.

—Hola, nena —dijo a Trillian, deseando que aquello compensara su comportamiento anterior.

—¿Estás bien? —dijo ella cariñosamente.

—Sí —contestó Zaphod—. Estupendamente.

—Bien —repuso ella, retirándose a meditar.

Miró a la enorme visipantalla situada sobre las butacas de vuelo, giró un interruptor y empezaron a proyectarse imágenes locales. Una de ellas era la blancura de la Nube de Polvo. Otra, el sol de Krikkit. Otra, el propio Krikkit. En los intervalos se ponía furiosa.

—Bueno, pues ése es el adiós a la Galaxia —dijo Arthur, dándose una palmada en las rodillas y levantándose.

—No —dijo gravemente Slartibartfast—. Nuestro rumbo está claro.

En su frente se hicieron surcos suficientes para sembrar verduras de raíz pequeña. Se puso en pie, paseó de un lado para otro. Cuando volvió a hablar, lo que dijo le asustó tanto, que tuvo que sentarse otra vez.

—Hemos vuelto a fracasar de manera lastimosa. Muy penosa.

—Eso es porque no nos importa lo bastante —comentó Ford en voz baja—. Te lo dije.

Colocó los pies sobre el panel de instrumentos y con aire incierto empezó a hurgar algo que tenía en una uña.

—Pero a menos que decidamos tomar medidas —dijo el anciano en tono quejumbroso, como si luchara contra cierta indiferencia profunda de su naturaleza—, todos seremos destruidos, moriremos todos. Sin duda eso sí nos importa, ¿verdad?

—No lo suficiente para querer que nos maten por ello —repuso Ford, que esbozó una especie de falsa sonrisa exhibiéndola por toda la cámara para todo aquel que quisiera contemplarla.

Slartibartfast consideró ese punto de vista como sumamente sugestivo, y luchó contra él. Se volvió de nuevo a Zaphod, que rechinaba los dientes y sudaba de dolor.

—Seguro que tienes alguna idea —dijo el anciano— de por qué te han perdonado la vida. Es insólito. De lo más raro.

—Casi estoy por pensar que ni siquiera lo saben ellos —dijo Zaphod, encogiéndose de hombros—. Ya te lo he dicho. Me lanzaron una descarga muy débil, sólo para quitarme el sentido, ¿no? Me subieron a su nave, me dejaron tirado en un rincón y no me hicieron caso. Como si se sintieran molestos de tenerme allí. Si decía algo, me dormían otra vez. Tuvimos unas conversaciones magníficas. «¡Eh..., uf!» «¡Hola..., uf!» «Me pregunto..., ¡uf!» Me tuvieron entretenido durante horas, ¿sabes?

Volvió a encogerse de dolor.

Jugaba con algo que tenía entre los dedos. Lo sostuvo en alto. Era el Arco de Oro, el Corazón de Oro, el centro de la Energía de la Improbabilidad Infinita. Sólo eso y el Pilar de Madera habían escapado intactos de la destrucción.

—He oído que tu nave puede moverse un poco —dijo—. Así que, ¿qué te parece si me llevas zumbando a la mía antes de que vosotros...?

—¿Es que no vas a ayudarnos? preguntó Slartibartfast.

—¿A nosotros? —dijo bruscamente Ford—. ¿Quiénes somos nosotros?

—Me encantaría quedarme y ayudaros a salvar la Galaxia —insistió Zaphod, incorporando un poco la espalda—, pero tengo un par de dolores de cabeza y noto que se avecina un montón de jaquecas pequeñas. Pero la próxima vez que haga falta salvarla, ahí estaré. Oye, nena. ¿Trillian?

Ella volvió la cabeza brevemente.

—¿Sí?

—¿Quieres venir? ¿Al Corazón de Oro? ¿Emoción, aventura y desenfreno?

—Yo bajaré a Krikkit.

27

Era la misma colina, pero no del todo.

Esta vez no era una Ilusión Informática. Era el propio Krikkit, y tenían el pie puesto en él. Cerca de ellos, detrás de los árboles, estaba el extraño restaurante italiano que había traído sus cuerpos reales al mundo real de Krikkit.

La fuerte hierba que pisaban era real, igual que aquél suelo fértil. Las fragancias embriagadoras del árbol también eran reales. La noche era una noche auténtica.

Krikkit.

Para alguien que no sea de ese planeta, es el lugar más peligroso. El planeta que no toleraba la existencia de cualquier otro, cuyos encantadores, deliciosos e inteligentes habitantes aullaban de miedo, de fiereza y de odio asesino si se enfrentaban con alguien que no fuese de los suyos.

Arthur sintió un escalofrío.

Slartibartfast se estremeció.

Ford, curiosamente, tembló.

Lo sorprendente no era que temblase, sino que realmente se encontrara allí. Pero cuando llevaron a Zaphod a su nave, Ford se sintió inesperadamente avergonzado por su deseo de escapar.

Error, pensó para sí, grandísimo error. Apretó contra el pecho una de las pistolas Mata con que se habían pertrechado en el arsenal de Zaphod.

Trillian se estremeció, miró al cielo y frunció las cejas.

El cielo tampoco era el mismo. Ya no estaba vacío.

Aunque la campiña que les rodeaba había cambiado poco en los dos mil años de las Guerras de Krikkit y en los meros cinco años que habían transcurrido localmente desde que Krikkit fue encerrado en la envoltura de Tiempo Lento diez billones de años atrás, el cielo era dramáticamente diferente.

De él pendían luces mortecinas y formas densas.

En lo más alto, donde ningún habitante de Krikkit miraba jamás, estaban las Zonas de Guerra y las Zonas de Robots: enormes naves de guerra y edificios en forma de torre que flotaban en los campos de Nil—O

—Grav, muy por encima de las bucólícas e idílicas tierras de la superficie de Krikkit.

Trillian las contempló y meditó.

—Trillian —musitó Ford Prefect.

—¿Sí? —dijo ella.

—¿Qué haces?

—Estoy pensando.

—¿Siempre respiras así cuando piensas?

—No me daba cuenta de que estaba respirando.

—Eso es lo que me preocupaba.

—Me parece que sé... —dijo Trillian.

—¡Chss! —dijo alarmado Slartibartfast, cuya mano delgada y temblorosa les hizo adentrarse más en la sombra del árbol.

De pronto, como antes en la cinta, vieron luces que venían por el sendero de la colina, pero esta vez los haces luminosos no provenían de faroles sino de linternas eléctricas; no es que fuese un cambio espectacular, pero cualquier detalle hacía que sus corazones

latieran fuertemente en sus pechos. En esta ocasión no había canciones melodiosas y extravagantes que celebraran las flores, las labores del campo y los perros muertos, sino voces apagadas que discutían con premura.

Una luz se movió lentamente en el cielo. Arthur se sintió sobrecogido por un terror claustrofóbico y el aire cálido se le agarró a la garganta.

Al cabo de unos instantes apareció un segundo grupo que se aproximaba por el otro lado de la negra colina. Se movían con rapidez y con paso decidido; sus linternas oscilaban sondeando los alrededores.

Era evidente que ambos grupos se juntarían, y no precisamente el uno con el otro. Iban a converger deliberadamente en el sitio donde se encontraban Arthur y los demás.

Arthur oyó un leve rumor cuando Ford Prefect se llevó al hombro el rifle Mata, y una tosecilla quejumbrosa cuando Slartibartfast hizo lo mismo con el suyo. Sintió el peso poco familiar de su propio rifle y, con manos temblorosas, lo alzó.

Movió los dedos torpemente para quitar el seguro y liberar el mecanismo de máximo peligro, tal como Ford le había enseñado. Temblaba de tal manera, que si en aquel momento disparaba contra alguien probablemente le habría marcado su firma a fuego.

Unicamente Trillian no alzó su fusil. Enarcó las cejas, volvió a bajarlas y se mordió el labio, absorta en sus pensamientos.

—¿Se os ha ocurrido...? —empezó a decir, pero nadie tenía muchas ganas de hablar en aquel momento.

Una luz atravesó la oscuridad a sus espaldas y, al darse la vuelta, vieron a un tercer grupo de krikkitenses que les enfocaba con sus linternas.

El arma de Ford Prefect rugió con furia, pero el fuego volvió a entrar en ella y el fusil se le cayó de las manos.

Hubo un momento de terror puro, un segundo eterno antes de que alguien volviera a disparar.

Y cuando el segundo concluyó, nadie disparó.

Estaban rodeados de pálidos krikkitenses que les bañaban con la luz oscilante de sus linternas.

Los cautivos miraron a sus captores, los captores miraron a sus cautivos.

—Hola —dijo uno de los captores—. Disculpadme, pero, ¿sois... extranjeros?

28

Entretanto, a una distancia de más millones de kilómetros de los que la imaginación puede cómodamente abarcar, Zaphod Beeblebrox se encontraba exultante de nuevo.

Había arreglado la nave; es decir, había mirado con gran interés mientras un robot de servicios la reparaba. Volvía a ser una de las naves más potentes y extraordinarias que existían. Podía dirigirse a cualquier parte, hacer lo que quisiera. Hojeó un libro y luego lo tiró. Era el que había leído antes.

Se acercó al banco de comunicaciones y abrió un canal conectado a todas las frecuencias.

—¿Alguien quiere una copa? —preguntó.

—¿Es una emergencia, tío? —crepitó una voz a medio camino del otro extremo de la Galaxia.

—¿Tienes alguna coctelera? —dijo Zaphod.

—Vete a dar una vuelta en cometa.

—Vale, vale —concluyó Zaphod, volviendo a cerrar el canal.

Se levantó y se dirigió a la pantalla de un ordenador. Pulsó unos botones. Por la pantalla empezaron a correr unas burbujitas que se comían las unas a las otras.

—¡Paf! —exclamó Zaphod—. ¡Aaauuuú! ¡Pa pa pá!

—Hola —dijo el ordenador en tono jovial al cabo de un minuto de lo mismo—, has marcado tres puntos. La mejor marca anterior es de siete millones quinientas noventa y siete mil doscientas...

—Muy bien, muy bien —dijo Zaphod apagando la pantalla de nuevo.

Volvió a sentarse. Jugueteó con un lápiz. Poco a poco, el lapicero también empezó a perder su encanto.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, introduciendo en el ordenador los datos de su tanteo y los de la mejor marca anterior.

La nave convertía el Universo en una mancha.

29

—Decidnos —ordenó el krikkitense delgado y pálido que se había destacado con aire incierto de entre las filas de sus compañeros hacia el círculo de luz de la linterna, empuñando la pistola como si estuviera sujetándosela a alguien que acabara de largarse a algún sitio pero que volvería en un momento—, ¿sabéis algo acerca de eso que llaman Equilibrio de la Naturaleza?

Los cautivos no le respondieron, o al menos no articularon nada más que gruñidos y murmullos confusos. La luz de las linternas seguía enfocándolos. Arriba, en el cielo, continuaba la actividad en las zonas de los Robots.

—Sólo es algo de lo que hemos oído hablar, y probablemente no tenga importancia —prosiguió el krikkitense con aire inquieto—. Bueno, entonces supongo que será mejor mataros.

Miró la pistola como si tratara de decidir qué programa iba a poner.

—Es decir —prosiguió, alzando la vista de nuevo—, a menos que queráis charlar de algo.

Un pasmo lento y paralizante hizo presa en Slartibartfast, Ford y Arthur. Y pronto les llegaría al cerebro, que en aquel momento estaba exclusivamente ocupado en mover las mandíbulas de arriba abajo. Trillian meneaba la cabeza como si intentase terminar un rompecabezas sacudiendo la caja.

—Es que estábamos preocupados —dijo otro del grupo—, por ese plan de destrucción universal.

—Sí —añadió otro—, y el Equilibrio de la Naturaleza. Nos pareció que si todo el resto del Universo quedaba destruido, en cierto modo se rompería el Equilibrio de la Naturaleza. Somos muy aficionados a la ecología.

Su voz se apagó insatisfecha.

—Y al deporte —dijo otro en voz muy alta.

Aquello provocó una aprobación apoteósica por parte de los demás.

—Sí —convino el primero—, y al deporte...

Volvió la cabeza para mirar intranquilo a sus compañeros y se rascó la

mejilla con aire confuso. Parecía luchar con alguna incertidumbre en lo más profundo de su ser, como si todo lo que quisiera decir y todo lo que pensara fuesen cosas completamente diferentes entre las cuales no viese ninguna relación posible.

—Mirad, algunos de nosotros... —masculló mirando otra vez a su alrededor como si esperase confirmación. Los otros hicieron ruidos de aprobación y él prosiguió—: Algunos de nosotros tenemos mucho interés en establecer vínculos deportivos con el resto de la Galaxia, y aunque entiendo el argumento de separar el deporte de la política, creo que si queremos tener relaciones deportivas con el resto de la Galaxia, que sí queremos, probablemente sería un error destruirlo. Y efectivamente, el resto del Universo... —su voz se apagó de nuevo—..., que es la idea que ahora parece...

—¿Qu...? —dijo Slartibartfast—. ¿Qu...?

—¿Ehhh...? —dijo Arthur.

—Ahh... —dijo Ford Prefect.

—Muy bien —dijo Trillian—. Hablemos de ello.

Se adelantó y cogió del brazo al pobre y confuso krikkitense. Parecía tener unos veinticinco años, lo que debido a las extrañas alteraciones de tiempo que se habían producido en aquella zona significaba que no habría tenido más de veinte cuando terminaron las Guerras de Krikkit, unos diez billones de años atrás.

Trillian le llevó a dar un corto paseo entre la luz de las linternas antes de decir algo más. El la siguió con aire vacilante. El círculo de luz de las linternas era ahora más reducido, como si se rindiera ante aquella muchacha extraña y tranquila que parecía ser la única en saber lo que hacía en aquel Universo de oscuridad y confusión.

Se dio la vuelta, le miró de frente y con suavidad puso las manos en sus brazos. El krikkitense parecía la encarnación del asombro y la desdicha.

—Cuéntame —dijo Trillian.

El no respondió de momento, limitándose a mirarla a los ojos, primero a uno y luego a otro.

—Nosotros... —dijo—, tenemos que estar solos..., me parece.

Torció el rostro y luego dejó caer la cabeza hacia adelante, sacudiéndola como alguien que tratara de sacar una moneda de una hucha. Volvió a alzar la vista.

—Ahora tenemos esa bomba, ¿sabes? Es pequeña.

—Lo sé —dijo Trillian.

La miró con los ojos en blanco como si hubiera dicho algo muy raro acerca de la remolacha.

—Sinceramente, es muy pequeñita.

—Lo se —repitió Trillian.

—Pero ellos dicen —su voz parecía apagarse—, dicen que puede destruir todo lo que existe. Y tenemos que hacerlo, ¿comprendes? Me parece. ¿Nos quedaremos solos después? No lo sé. Pero creo que es nuestro deber.

Al decir eso, dejó caer otra vez la cabeza.

—Sea lo que fuere lo que eso signifique —dijo una voz profunda entre el grupo.

Tríllian rodeó poco a poco con sus brazos al joven krikkitense, confuso y asustado, le apoyó la cabeza contra su hombro y le dio unas palmaditas.

—Está bien —dijo en voz baja, pero en un tono lo suficientemente claro para que todo el grupo lo oyera en la sombra—, no tenéis que hacerlo.

Le acunó.

—No tenéis que hacerlo —repitió.

Le soltó y dio un paso atrás.

—Quiero que hagáis algo por mí —dijo, echándose a reír de repente.

—Quiero —prosiguió, riendo de nuevo. Se puso la mano en la boca y continuó con expresión sobria—: Quiero que me llevéis ante vuestro jefe.

Señaló al cielo, a las Zonas de Guerra. De algún modo parecía saber que su jefe estaba allí.

Su risa pareció descargar algo en la atmósfera. En algún sitio detrás de la multitud una voz solista empezó a cantar una canción que, de haberla escrito él, habría puesto a Paul McCartney en condiciones de comprar el mundo entero.

30

Zaphod Beeblebrox se arrastraba valerosamente por un túnel como el tipo estupendo que era. Estaba muy confuso, pero de todos modos continuó arrastrándose tenazmente porque era así de valiente.

Estaba confundido por algo que acababa de ver, pero no tanto como iba a estarlo por algo que oiría en seguida, de manera que será mejor explicar dónde se encontraba exactamente.

Estaba en las Zonas de Guerra Robótica, a muchos kilómetros sobre la superficie del planeta Krikkit.

La atmósfera estaba enrarecida y relativamente poco protegida de los rayos o de cualquier otra cosa que al espacio se le ocurriera lanzar en su dirección.

Había aparcado el Corazón de Oro entre los enormes y oscuros cascos de otras naves apiñadas en el cielo de Krikkit y había entrado en lo que parecía ser el edificio más grande e importante armado únicamente con un rifle Mata y algo para los dolores de cabeza.

Se encontró en un pasillo largo, ancho y escasamente iluminado en el cual pudo ocultarse para pensar lo que haría a continuación. Se escondió porque de cuando en cuando pasaba por allí un robot de Krikkit, y aunque hasta el momento le habían dado una especie de vida encantadora, había resultado de todos modos sumamente dolorosa, y no tenía deseos de abusar de lo que sólo a medias se sentía inclinado a llamar buena suerte.

En cierto momento se agazapó en una habitación que daba al pasillo, encontrándose en una cámara enorme y, también, débilmente iluminada.

En realidad, se trataba de un museo que sólo exhibía un objeto: los restos de una nave espacial. Estaba horriblemente quemada y despedazada, y, ahora que había aprendido parte de la historia galáctica de la que no se enteró debido a sus intentos fallidos de acostarse con la chica que estaba en el cibercubículo vecino al suyo en el colegio, fue capaz de establecer la inteligente hipótesis de que se trataba de los restos de la nave que vagó por la Nube de Polvo todos esos billones de años atrás, y que provocó todo aquel asunto.

Pero había algo que no estaba bien en absoluto, y eso fue lo que le dejó

confundido.

La nave estaba verdaderamente destruida. Había ardido de veras, pero una inspección bastante breve realizada por un ojo experto revelaba que no se trataba de una astronave genuina. Parecía una maqueta a escala natural, un calco perfecto. En otras palabras, era un objeto muy útil si uno decidía de repente construir por sí mismo una nave espacial y no sabía cómo hacerlo. Pero no se trataba de algo que pudiera volar por sí solo a cualquier parte.

Seguía confuso sobre aquel tema —en realidad sólo había empezado a inquietarle—, cuando se dio cuenta de que en otra parte de la cámara se había abierto suavemente otra puerta por la que entraron dos robots de Krikkit con aire melancólico.

Zaphod no quería enredarse con ellos y, decidiendo que, como la discreción era el mejor componente del valor y la cobardía el mejor ingrediente de la discreción, se escondió valientemente en un armario.

El armario resultó ser efectivamente la parte superior de un conducto que a través de una escotilla de inspección daba a un túnel de ventilación bastante amplio. Se metió por él y empezó a arrastrarse, y así es como le hemos encontrado.

No le gustaba. Estaba oscuro, hacía frío, se hallaba muy incómodo y todo eso le asustaba. Salió de él a la primera oportunidad que se le presentó, por otro conducto que encontró cien metros más allá.

Esta vez apareció en una cámara más pequeña que tenía el aspecto de ser la sede del servicio de información de ordenadores. Se encontró en un espacio reducido y oscuro entre la pared y un ordenador voluminoso.

Pronto notó que no estaba solo en la habitación, y se disponía a marcharse de nuevo cuando llamó su atención lo que decían los otros ocupantes.

—Son los robots, señor —dijo una voz—. Algo malo les pasa.

—¿Qué, exactamente?

Eran las voces de dos jefes de operaciones guerreras de Krikkit. Todos los jefes de operaciones vivían en el cielo, en las Zonas de Guerra Robótica, y eran ampliamente inmunes a las ridículas dudas e incertidumbres que afligían a sus compatriotas en la superficie del planeta.

—Pues, señor, me parece que se están desfasando por el esfuerzo de la guerra, ahora que estamos a punto de detonar la bomba supernova. En el brevísimo tiempo transcurrido desde que nos liberaron de la envoltura...

—Vaya al grano.

—A los robots no les gusta, señor.

—¿Cómo?

—Parece, señor, que la guerra les está deprimiendo. Tienen cierto cansancio del mundo, o tal vez debería decir cansancio del Universo.

—Pues eso está bien, se pretende que nos ayuden a destruirlo.

—Sí, pero lo están encontrando difícil, señor. Padecen cierta fatiga. Les está resultando difícil cumplir con su trabajo. Les falta uumf.

—¿Qué intenta decir?

—Bueno, creo que se encuentran muy deprimidos por algo, señor.

—¿De qué diablos krikkitenses habla?

—Pues en las pocas escaramuzas que han librado últimamente, parece que al entrar en combate alzan las armas para disparar y de pronto piensan: ¿para qué molestarse? ¿Qué sentido tiene todo esto desde el punto de vista cósmico? Y se vuelven un poco tristes y cansados.

—¿Y qué es lo que hacen entonces?

—Pues, .principalmente ecuaciones de segundo grado, señor. Tremendamente difíciles en todos los sentidos. Y luego se enfurruñan.

—¿Se enfurruñan?

—Sí, señor.

—¿:Cuándo se ha oído que un robot se enfurruñe?

—No sé, señor.

—¿Qué ha sido ese ruido?

Era el ruido que Zaphod hacía al marcharse con las cabezas dándole vueltas.

31

En un pozo oscuro y profundo estaba sentado un robot cojo. Durante algún tiempo había permanecido en silencio en su metálica oscuridad. Era frío y húmedo, pero tratándose de un robot se suponía que no debía notar esas cosas. Sin embargo, con un enorme esfuerzo de voluntad consiguió percibirlas.

Su cerebro se había acoplado al núcleo de inteligencia central del Ordenador de Guerra de Krikkit. No disfrutaba de aquella experiencia, pero tampoco le gustaba al núcleo de inteligencia central del Ordenador de Guerra de Krikkit.

Los robots de Krikkit que habían salvado a aquella patética criatura de metal de los pantanos de Squornshellous Zeta, lo hicieron porque casi inmediatamente reconocieron su inteligencia gigantesca y el uso que podían hacer de ella.

No tuvieron en cuenta los desarreglos de personalidad concomitantes, que el frío, la oscuridad, la humedad, el confinamiento y la soledad no hacían nada por disminuir.

No estaba contento con su tarea.

Aparte de todo lo demás, la simple coordinación de toda la estrategia militar de un planeta sólo le ocupaba una parte diminuta de su formidable cerebro, y el resto se aburría extraordinariamente. Tras resolver todos los problemas más importantes (salvo el suyo), matemáticos, físicos, químicos, biológicos, sociológicos, filosóficos, etimológicos, metereológicos y psicológicos del Universo por tres veces, se encontró ante la imperiosa necesidad de hacer algo, y empezó a componer dolorosos sonsonetes sin ton ni son, o sin melodía. El último era una canción de cuna.

Ahora el mundo se tumba a dormir —zumbó Marvin.

La oscuridad no sumerge mi cabeza,
Infrarrojos son mis ojos,
Cómo aborrezco la noche.

Hizo una pausa para reunir la fuerza artística y emocional necesaria para acometer el verso siguiente.

Ahora me tumbo a dormir,
Contaré ovejas eléctricas,
Dulces sueños tenga usted,
Cómo aborrezco la noche.

—¡Marvin! —siseó una voz.

Su cabeza se alzó de golpe, casi soltando la intrincada red de electrodos que le conectaban con el Ordenador de Guerra central de Krikkit.

Se abrió una escotilla de inspección y aparecieron dos cabezas inquietas, una de las cuales atisbaba fijamente mientras la otra entraba y salía continuamente mirando de un lado a otro con gran nerviosismo.

—Ah, eres tú —murmuró el robot—. Debería haberlo imaginado.

—Qué hay, chaval —dijo Zaphod, sorprendido—. ¿Qué cantabas hace un poco?

—En estos momentos estoy en una forma brillante —reconoció amargamente Marvin.

Zaphod introdujo más una cabeza por la escotilla y miró en torno,

—¿Estás solo?. —preguntó.

—Sí. Aquí estoy, cansado, con el dolor y la desdicha por única compañía. Y una gran inteligencia, por supuesto. Y una pena infinita. Y...

—Sí —le interrumpió Zaphod—. Oye, ¿dónde estás conectado con todo esto?

—Aquí —dijo Marvin, señalando con su brazo menos estropeado todos los electrodos que le conectaban con el ordenador de Krikkit.

—Entonces —repuso torpemente Zaphod—, supongo que me has salvado la vida. Dos veces.

—Tres —corrigió Marvin.

Una cabeza de Zaphod se volvió con rapidez (la otra miraba como un halcón justo en sentido contrario), a tiempo para ver que el mortífero robot asesino que se encontraba a su espalda se agarrotaba y empezaba a echar humo. El robot retrocedió tambaleándose y se desplomó contra una pared. Se deslizó por ella de lado, echando la cabeza hacia atrás y sollozando de manera inconsolable.

Zaphod volvió la vista a Marvin.

—Debes de tener una idea tremenda de la vida —comentó.

—No te molestes en preguntármelo.

—No lo haré —dijo Zaphod, que no lo hizo—. Oye, estás haciendo un

trabajo magnífico.

—Lo que significa, supongo —dijo Marvin, que sólo necesitó la diez mil millonésima billonésima trillonésima grillonésima parte de sus facultades intelectuales para efectuar aquella operación lógica en concreto —, que no vas a liberarme ni nada parecido.

—Muchacho, sabes que me encantaría.

—Pero no lo harás.

—No.

—Ya veo.

—Lo estás haciendo bien.

—Sí —dijo Marvin—. ¿Por qué dejarlo ahora, cuando empiezo a aborrecerlo?

—Tengo que ir a buscar a Trillian y a los muchachos. Oye, ¿tienes alguna idea de dónde están? Es que tengo todo un planeta para elegir. Podría tardar un poco.

—Están muy cerca —informó Marvin con voz triste—. Puedes escucharlos desde aquí, si quieres.

—Será mejor que vaya a buscarlos —sentenció Zaphod—. Tal vez necesiten un poco de ayuda, ¿no?

—Quizá fuese preferible que los escuchases desde aquí —dijo Marvin con un repentino timbre de autoridad en la voz—. Esa muchacha es una de las formas de vida orgánica menos sumida en la ignorancia y menos torpe que he tenido la profunda falta de placer de no ser capaz de evitar conocer.

Zaphod tardó unos momentos en encontrar el camino por aquella laberíntica sarta de negativas, llegando sorprendido a su final.

—¿Trillian? —dijo—. No es más que una niña. Simpática, sí, pero temperamental. Ya sabes lo que pasa con las mujeres. O tal vez no lo sepas. Supongo que no. Si lo sabes, no quiero que me lo cuentes. Conéctanos.

—...totalmente manipulados.

—¿Cómo? —dijo Zaphod.

La que estaba hablando era Trillian. Zaphod se volvió en redondo.

La pared contra la cual sollozaba el robot de Krikkit se iluminó para revelar una escena que tenía lugar en una parte ignota de las Zonas de Guerra Robótica de Krikkit. Parecía una especie de sala de juntas; Zaphod no podía distinguirlo con claridad porque el robot se había derrumbado súbitamente sobre la pantalla.

Intentó moverlo, pero se había vuelto muy pesado por la melancolía y pretendió morderle, de manera que trató de verlo lo mejor posible mirando a un lado y a otro del robot.

—Pensadlo un poco —decía la voz de Trillian—, vuestra historia no es

más que una sucesión de acontecimientos extraños e improbables. Y yo conozco un acontecimiento improbable en cuanto lo veo. Vuestro completo aislamiento de la Galaxia fue extraño desde el principio. Justo en el mismísimo extremo, envueltos en una Nube de Polvo. Es algo dispuesto de antemano. Evidentemente.

La frustración de no poder ver la pantalla enfurecía a Zaphod. La cabeza del robot tapaba a la gente a quienes hablaba Trillian, su bate de batalla de múltiples usos cubría el fondo, y el codo del brazo que apretaba dramáticamente contra su frente no le dejaba ver a la propia muchacha.

—Y luego —proseguía ésta—, esa nave espacial que se estrelló en vuestro planeta. Eso es verdaderamente probable, ¿no? ¿Tenéis alguna idea de las probabilidades que existen en contra de que una nave a la deriva entre en la órbita de un planeta?

—¡Eh! —exclamó Zaphod—, no sabe de qué diablos habla. Yo he visto esa nave. Es una imitación. Nada de eso.

—Ya me parecía a mí —dijo Marvin desde su prisión, detrás de Zaphod.

—Ah, sí —repuso Zaphod—. Te resulta fácil decirlo. Acabo de decírtelo yo. De todos modos, no sé qué tiene que ver esto con nada.

—Y sobre todo —continuó Trillian—, las probabilidades de que entrara en órbita con un solo planeta de la Galaxia o con todo el Universo serían sumamente traumatizantes. ¿Sabéis cuáles son esas probabilidades? Yo tampoco, son así de enormes. Otra situación preparada de antemano. No me sorprendería que esa nave no fuese más que una imitación.

Zaphod logró mover el bate del robot. En pantalla se veían las imágenes de Ford, de Arthur y de Slartibartfast, que parecían sorprendidos y pasmados por todo el asunto.

—¡Eh, mira! —dijo Zaphod, entusiasmado—. Los muchachos lo están haciendo estupendamente. ¡Ra ra ra! A por ellos, chicos.

—¿Y qué me decís de toda esa tecnología que habéis logrado idear por vosotros mismos casi de la noche a la mañana? A la mayoría de la gente le costaría miles de años. Alguien os soplaba lo que necesitabais saber, alguien que os hacía trabajar en ello.

—Lo sé, lo sé —añadió en respuesta a una interrupción que no se había visto—; sé que no os disteis cuenta de lo que pasaba. Ese es exactamente mi punto de vista. Nunca comprendisteis nada de nada. Como esa bomba Supernova.

—¿Cómo te has enterado de eso? preguntó una voz.

—Lo sé, simplemente —dijo Trillian—. ¿Esperáis que me crea que sois lo bastante listos para inventar algo tan brillante y al mismo tiempo tan

tontos para no comprender que también os haría desaparecer a vosotros? Eso no es sólo estúpido, es algo espectacularmente obtuso.

—¡Eh!, ¿qué es eso de la bomba? —preguntó Zaphod a Marvin, alarmado.

—¿La bomba Supernova? —dijo Marvin—. Es una bomba muy pequeña.

—¿Sí?

—Puede destruir el Universo in toto —añadió Marvin—. Buena idea, si quieres saber mi opinión. Pero no podrán hacerla funcionar.

—¿Por qué no, si es tan brillante?

—La bomba es brillante —apuntó Marvin—; ellos, no. Sólo llegaron a diseñarla antes de que se vieran encerrados en la envoltura. Se han pasado los últimos cinco años construyéndola. Creen que la han hecho bien, pero no. Son tan estúpidos como cualquier otra forma de vida orgánica.

Trillian proseguía sus explicaciones.

Zaphod trató de quitar de en medio al robot tirándole de la pierna, pero le gruñía y daba patadas; luego se estremeció con un nuevo acceso de llanto. De pronto se derrumbó y continuó expresando sus sentimientos en el suelo, perdidamente.

Trillian estaba sola en medio de la cámara, muy cansada, pero sus ojos tenían un brillo fiero.

Alineados frente a ella se encontraban unos ancianos pálidos y arrugados. Los Amos de Krikkit se sentaban inmóviles tras la amplia mesa redonda de control, mirándola con odio y miedo irremediables.

Delante de ellos, en un punto equidistante de la mesa de control y del centro de la habitación, donde Trillian permanecía de pie como en un juicio, había un estrecho pilar blanco de alrededor de un metro y medio de alto. Encima de él había un pequeño globo blanco de unos diez centímetros de diámetro.

A su lado había un robot de Krikkit con su bate de múltiples usos.

Trillian sudaba. Zaphod pensó que aquello era poco elegante por parte de la muchacha.

—En realidad —explicaba Trillian—, sois tan tontos y tan estúpidos, que dudo, dudo mucho que hayáis sido capaces de fabricar adecuadamente la bomba sin ayuda de Hactar en estos últimos cinco años.

—¿Quién es ese tal Hactar? —preguntó Zaphod, sacando los hombros.

Si Marvin contestó, Zaphod no le oyó. Tenía toda la atención puesta en la pantalla.

Uno de los Ancianos de Krikkit hizo un pequeño gesto con la mano al robot. Este alzó su bate.

—No hay nada que yo pueda hacer —anunció Marvin—. Está en un circuito independiente de los demás.

—Esperad —dijo Trillian.

El Anciano hizo un leve movimiento. El robot se detuvo. De pronto, Trillian parecía muy insegura de su propio juicio.

—¿Cómo sabes tú todo esto? —preguntó Zaphod a Marvin.

—Archivos de ordenadores —repuso Marvin—. Tengo acceso a ellos.

—Vosotros sois muy diferentes de vuestros pobres compatriotas de ahí abajo, ¿no es cierto? —dijo Trillian a los Ancianos de Krikkit—. Os habéis pasado la vida aquí, expuestos a la atmósfera. Habéis sido muy vulnerables. ¿Sabéis que el resto de vuestra raza está muy asustada? No quieren seguir adelante con esto. No estáis al corriente, ¿por qué no lo comprobáis?

El Anciano de Krikkit manifestaba impaciencia. Hizo un gesto al robot que era precisamente la antítesis del que le había hecho antes.

El robot blandió el bate. Acertó en el pequeño globo blanco.

El pequeño globo blanco era la bomba Supernova.

Era una bomba muy pequeña y se había ideado para acabar con el Universo.

La bomba Supernova voló por el aire. Dio contra la negra pared de la sala de juntas haciéndole un buen desconchón.

—¿Y cómo sabe ella todo eso? —inquirió Zaphod.

Marvin mantuvo un silencio taciturno.

—Probablemente va de farol —dijo Zaphod—. Pobre chica, nunca debí dejarla sola.

32

—¡Hactar! —gritó Trillian—. ¿Qué te traes entre manos?

No hubo respuesta desde las sombras circundantes. Trillian esperó, nerviosa. Estaba segura de no equivocarse. Atisbó entre la penumbra desde la cual esperaba alguna especie de contestación. Pero sólo hubo un silencio frío.

—¿Hactar? —volvió a llamar—. Me gustaría que conocieras a mi amigo Arthur Dent. Yo quería marcharme con un tal Dios del Trueno, pero él no me dejó y se lo agradezco. Me hizo comprender dónde estaban realmente mis afectos. Lamentablemente, Zaphod está demasiado asustado por todo esto, de modo que traje a Arthur en su lugar. No estoy segura de por qué te cuento todo esto. ¿Hola? —insistió—. ¿Hactar?

Y entonces habló.

Era una voz tenue y débil, como traída por el viento desde una gran distancia. Apenas se oía; era la memoria o el sueño de una voz.

—Por qué no os acercáis los dos —dijo la voz—. Prometo que estaréis perfectamente a salvo.

Se miraron y luego aparecieron, como por arte de magia, en el centro de un haz luminoso que brotaba de la escotilla abierta del Corazón de Oro hacia la granulosa y débil penumbra de la Nube de Polvo.

Arthur intentó coger a Trillian de la mano para darle ánimo y confianza, pero ella no lo permitió. Se sujetó a la bolsa de líneas aéreas, con su lata de aceite de oliva griego, su toalla, sus postales arrugadas de Santorini y demás objetos diversos. A eso fue, en cambio, a lo que dio ánimo y confianza.

Se quedaron quietos, en medio de nada.

De una nada lóbrega y polvorienta. Cada mota de polvo del ordenador pulverizado brillaba tenuemente al girar despacio, atrapando la luz del sol en la oscuridad. Cada partícula del ordenador, cada mota de polvo contenía en su interior, vaga y débilmente, la estructura del todo. Al reducir el ordenador a polvo, los Monomaníacos Blindados Silásticos de Striterax sólo consiguieron baldarlo, no matarlo. Un campo débil e incorpóreo mantenía las partículas en una delicada relación mutua.

Arthur y Trillian estaban o, mejor dicho, flotaban en medio de esa extraña entidad. No tenían nada para respirar, pero de momento eso no parecía importar. Hactar cumplió su promesa. Se encontraban a salvo. De momento.

—No tengo nada que ofreceros en cuanto a hospitalidad, salvo juegos de luces —dijo Hactar con voz débil—. Aunque si sólo se dispone de juegos de luces, es posible encontrarse cómodo con ellos.

Su voz se apagó, y entre el polvo oscuro se formó vagamente un sofá de colores vivos.

Arthur apenas pudo soportar el hecho de que fuese el mismo que se le apareció en la campiña de la Tierra prehistórica. Que el Universo siguiera haciéndole esas locuras que le dejaban perplejo, era algo para ponerse a gritar y a retorcerse de rabia.

Dominó sus sentimientos y luego se sentó en el sofá con cuidado. Trillian hizo lo mismo.

Era de verdad.

Y si no lo era, al menos les sostuvo, y como eso es lo que los sofás tenían que hacer, aquel era auténtico desde cualquier prueba importante a que se le sometiese.

La voz volvió a murmurar en el aire solar.

—Espero que estéis cómodos ——dijo.

Ellos asintieron con la cabeza.

—Y me gustaría felicitaros por la precisión de vuestras deducciones.

Arthur se apresuró a indicar que él no había deducido muchas cosas; Trillian, sí. Ella le había invitado a acompañarla porque a él le interesaba la vida, el Universo y todo lo demás.

—Eso es algo que también me interesa a mí —susurró Hactar.

—Pues alguna vez deberíamos charlar sobre ello —sugirió Arthur—. Tomando una taza de té.

Entonces empezó a materializarse despacio delante de ellos una mesita de madera con una tetera de plata, una jarra de leche, un azucarero, dos tazas y dos platillos, todo ello de porcelana fina.

Arthur extendió la mano, pero no era más que un juego de luces. Se retrepó en el sofá, que era una ilusión a la que su cuerpo estaba preparado para admitir como cómoda.

—¿Por qué crees que debes destruir el Universo? —preguntó Trillian.

Le resultaba un tanto difícil hablar a la nada, con nada en que centrar la atención. Evidentemente, Hactar lo notó. Lanzó una risita espectral.

—Si va a ser una sesión tan corta —dijo—, bien podemos tener los decorados apropiados.

Y entonces se materializó ante ellos otra cosa: el sofá de un psiquiatra. El cuero de la tapicería era brillante y suntuoso, pero no era más que otro juego de luces.

En torno a ellos, para completar el decorado, había una vaga sugerencia de paredes forradas de madera. Y entonces apareció en el sofá la imagen del propio Hactar, que era como para apartar la vista.

El sofá tenía un tamaño normal de psiquiatra: entre uno ochenta y dos metros.

El ordenador parecía de una talla normal para un satélite de ordenador creado en el espacio: unos mil quinientos kilómetros de diámetro.

La ilusión de que uno estuviera sentado sobre el otro era lo que hacía apartar la vista.

—De acuerdo —dijo Trillian en tono firme.

Se levantó del sofá. Pensó que le pedirían que se sintiera muy cómoda y que aceptara demasiadas ilusiones.

—Muy bien. ¿También puedes crear cosas de verdad? Me refiero a objetos sólidos.

Hubo otra pausa antes de la respuesta, como si la mente pulverizada de Hactar tuviera que ordenar sus ideas a lo largo de los millones y millones de kilómetros por donde andaban esparcidas.

—Ah —suspiró—. Estás pensando en la astronave.

Empezaron a vagar ideas a través de ellos, como ondas a través del éter.

—Sí —reconoció Hactar—, puedo. Pero requiere una enorme cantidad de esfuerzo y de tiempo. Lo único que puedo hacer en mi... estado de partículas es animar y sugerir, ¿comprendes?

Animar y sugerir. Y sugerir...

La imagen de Hactar en el sillón pareció oscilar y fluctuar, como si le resultara difícil mantenerse.

Hizo acopio de fuerza.

—Puedo animar y sugerir que trozos diminutos de escombro espacial —el meteoro menudo y esporádico, unas cuantas moléculas por aquí, varios átomos de hidrógeno por allá— se muevan juntos. Les animo a juntarse. Puedo enredarlos y darles forma, pero se tardan muchos eones.

—Así que hiciste el modelo de la nave destrozada —insistió Trillian.

—Pues..., sí —murmuró Hactar—. He hecho... unas cuantas cosas. Puedo trasladarlas de un sitio a otro. He construido una nave espacial. Parecía lo mejor.

Algo hizo a Arthur recoger la bolsa de donde la había dejado sobre el sofá y agarrarla con fuerza.

La niebla de la vieja mente pulverizada de Hactar remolineaba en torno a ellos como una pesadilla perturbadora.

—Mira, me arrepentí —murmuró apesadumbrado—. Me arrepentí de haber saboteado el proyecto que hice para los Monomaníacos Blindados Silásticos. No me correspondía tomar tales decisiones. Fui creado para cumplir una función y fracasé. Negué mi propia existencia.

Hactar suspiró. Trillian y Arthur esperaron en silencio a que continuara su historia.

—Tenías razón prosiguió al cabo—. Guié deliberadamente al planeta de Krikkit para que llegaran al mismo estado de ánimo que los Monomaníacos Blindados Silásticos y me pidieran proyectar la bomba que no logré hacer la primera vez. Me envolví alrededor del planeta y lo cuidé. Bajo la influencia de los acontecimientos que pude fraguar y de otros que fui capaz de provocar, aprendieron a odiar como maníacos. Tuve que hacerlos vivir en el cielo. En la tierra mis influencias no tenían mucha fuerza.

»Claro que, sin mí, cuando se vieron separados de mí y encerrados en la envoltura de Tiempo Lento, sus respuestas se hicieron muy confusas y fueron incapaces de actuar.

»¡Vaya, vaya! —añadió—. Sólo trataba de cumplir con mi deber.

Poco a poco, con mucha lentitud, las imágenes de la nube empezaron a desvanecerse, disolviéndose con suavidad.

Y de repente, dejaron de hacerlo.

—También estaba el asunto de la venganza, por supuesto —dijo Hactar con una brusquedad que resultaba nueva en su voz—. Recordad que estaba pulverizado, que luego me dejaron lisiado, en un estado de semiimpotencia durante billones de años. Francamente, me gustaría acabar con el Universo. Vosotros sentiríais lo mismo, creedme.

Hizo otra pausa mientras unos remolinos barrían el polvo.

—Pero en primer lugar traté de cumplir mi función —afirmó en su anterior tono melancólico—. ¡Vaya, vaya!

—¿Te preocupa el haber fracasado? —preguntó Trillian.

—¿He fracasado? —musitó Hactar.

En el sofá de psiquiatra la imagen del ordenador empezó a desvanecerse de nuevo.

—¡Vaya, vaya! —volvió a entonar débilmente la voz—. No, en este momento no me preocupa el fracaso.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer? —preguntó Trillian con voz fría e indiferente.

—Sí —repuso Hactar—. Vais a dispersarme. Vais a destruir mi

conciencia. Haced lo que queráis, por favor; después de todos esos eones, lo único que imploro es el olvido. Si no he cumplido con mi cometido, ya es demasiado tarde. Gracias y buenas noches.

El sofá desapareció.

La mesa del té desapareció.

El sofá de vivos colores y el ordenador desaparecieron. Las paredes se esfumaron. Arthur y Trillian regresaron de extraña manera al Corazón de Oro.

—Pues eso parecería ser eso —dijo Arthur.

Las llamas crecieron frente a él y luego se aquietaron. Las últimas lenguas de fuego se apagaron, dejando únicamente ante él un montón de cenizas donde pocos minutos antes se alzaba el Pilar de Madera de la Naturaleza y de la Espiritualidad.

Las sacó del depósito inferior de la Barbacoa Gamma del Corazón de Oro, las puso en una bolsa de papel y regresó al puente.

—Creo que deberíamos devolverlas —anunció—. Tengo la fuerte impresión de que debemos hacerlo.

Ya había discutido del tema con Slartibartfast, y el anciano acabó aburriéndose y marchándose. Había vuelto a su nave, la Bistromática, tuvo una furibunda pelea con el camarero y desapareció en una idea enteramente subjetiva de lo que era el espacio.

La discusión surgió por la pretensión de Arthur de devolver las cenizas al Lord's Cricket Ground en el mismo momento en que se tomaron en un principio, lo que requeriría viajar hacia atrás en el tiempo durante un día más o menos, y eso era precisamente la especie de desbarajuste gratuito e irresponsable que la Campaña para el Tiempo Real trataba de impedir.

—Sí —había dicho Arthur—, pero intenta explicar eso al Instituto Meteorológico.

Y se negó a oír nada más en contra de la idea.

—Creo —volvió a decir y se detuvo.

Empezó a repetirlo porque nadie le había escuchado la primera vez, y se detuvo porque estaba bastante claro que esta vez tampoco iba a hacerle caso nadie.

Ford, Zaphod y Trillian miraban la visipantalla con atención. Hactar se estaba dispersando bajo la presión de un campo vibratorio que el Corazón de Oro le lanzaba.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ford.

—Me parece —contestó Trillian en tono confundido— que ha dicho: «Lo hecho, hecho está... He llevado a cabo mi cometido... »

—Creo que deberíamos devolverlas ——dijo Arthur mostrando la

bolsa que contenía las cenizas—. Tengo la firme impresión de que debemos hacerlo.

33

El sol brillaba en calma sobre una escena de absoluta desolación.

El humo seguía ascendiendo de la hierba quemada inmediatamente después del robo de las cenizas por los robots de Krikkit. Entre la humareda, la gente corría presa del pánico, chocando entre sí, tropezando con las camillas. Se practicaban detenciones.

Un policía trató de detener a Wowbagger el Infinitamente Prolongado por conducta ofensiva, pero fue incapaz de evitar que el extraño ser, alto y de color gris verdoso, volviera a su nave y huyera con arrogancia por el aire, causando así más pánico y confusión.

En medio de todo aquello, por segunda vez en aquella tarde, los cuerpos de Arthur Dent y de Ford Prefect se materializaron súbitamente, teletransportados desde el Corazón de Oro que se encontraba en órbita de espera alrededor del planeta.

—¡Puedo explicarlo! —gritó Arthur—. ¡Tengo las Cenizas! Están en esta bolsa.

—No creo que te hagan caso —le previno Ford.

—También he contribuido a salvar el Universo —decía Arthur a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharle; esto es, a nadie.

—Eso habría detenido a una multitud —dijo Arthur a Ford.

—No lo ha hecho —comentó Ford.

Arthur abordó a un policía que pasaba corriendo.

—Discúlpeme. Tengo las cenizas. Las robaron esos robots blancos hace un momento. Están en esta bolsa. Forman parte de la Llave de la envoltura del Tiempo Lento, ¿sabe? Y bueno, puede adivinar el resto. El caso es que las tengo; ¿qué voy a hacer con ellas?

El policía se lo dijo, pero Arthur sólo pudo pensar que hablaba en sentido metafórico.

Desconsolado, fue de acá para allá.

—¿No le interesa a nadie? —gritó.

Un hombre pasó corriendo a su lado rozándole el codo. Se le cayó la bolsa de papel y su contenido se esparció por el suelo. Arthur lo miró con los labios apretados.

Ford le miró.

—¿Quieres que nos marchemos ya? —preguntó.

Arthur suspiró con fuerza. Miró al planeta Tierra con la seguridad de que era la última vez.

—Muy bien.

En aquel momento, entre el humo que se disipaba, distinguió una meta que a pesar de todo aún estaba en pie.

—Espera un momento —dijo a Ford—. Cuando era niño...

—¿No me lo podrías contar luego?

—Tenía pasión por el criquet, ¿sabes?, pero no era muy bueno.

—O no me lo cuentes, si lo prefieres.

—Y siempre soñaba, bastante estúpidamente, que algún día pondría fuera de juego al bateador en el Lord's Ground.

Miró a la atemorizada multitud. A nadie le importaría mucho.

—De acuerdo —dijo Ford en tono fatigado—. Hazlo de una vez. Estaré por allí, aburriéndome.

Fue a sentarse sobre una zona de hierba humeante.

Arthur recordó que aquella tarde, en su primera visita, la pelota de criquet había caído en su bolsa, y miró en la que llevaba.

La encontró antes de recordar que no era la misma bolsa que había tenido entonces. No obstante, la pelota estaba entre sus recuerdos de Grecia.

La sacó, la limpió contra la pierna, escupió sobre ella y volvió a frotarla. Dejó la bolsa en el suelo. Iba a hacerlo como era debido.

Fue tirando la pelotita roja y dura de una mano a otra para sentir su peso.

Con una maravillosa sensación de ligereza y despreocupación, se alejó de la meta a paso vivo. A un paso medianamente rápido, decidió, calculando una buena carrera.

Miró al cielo. Los pájaros remolineaban en él, unas pocas nubes blancas se deslizaban por el firmamento. El aire estaba enrarecido por el ruido de las sirenas de la policía y de las ambulancias, y de la gente que gritaba y chillaba, pero Arthur se sentía extrañamente feliz y a salvo de todo ello. Iba a marcar un tanto en el Lord's Cricket Ground.

Se volvió y escarbó en la hierba un par de veces con las zapatillas de estar por casa. Sacó los hombros, arrojó la pelota al aire y volvió a cogerla.

Echó a correr.

Mientras corría, vio que al pie de la meta había un bateador. Pues muy bien, pensó, eso añadiría un poco de...

Entonces, al acercarse, vio con más claridad. El bateador que estaba junto a la meta no era del equipo de criquet inglés. Tampoco era de la

selección australiana. Era uno de los robots de Krikkít. Un mortífero robot asesino de color blanco, frío y duro, que posiblemente no había regresado a su nave con los demás. Unas cuantas ideas se entrechocaron en la cabeza de Arthur en ese momento, pero no parecía capaz de dejar de correr. El tiempo pasaba con una lentitud tremenda, pero aun así no podía dejar de correr.

Con un movimiento deslizante, como de jarabe, volvió su inquieta cabeza y se miró la mano con que sostenía la pelotita roja y dura.

Sus pies seguían avanzando despacio, sin poder detenerse mientras él miraba la bola sostenida por su mano muerta. Emitía un brillo rojo oscuro y destellaba de manera intermitente. Sus pies, implacables, continuaban adelante.

Volvió a mirar al robot de Krikkit, que seguía frente a él con aire decidido y el bate alzado, dispuesto. Sus ojos despedían un brillo profundo y fascinante, y Arthur no pudo apartar la vista de ellos. Era como si los mirase a través de un túnel: parecía que en medio no existía nada.

Algunos de los pensamientos que chocaban en su cabeza eran los siguientes:

Se sintió un estúpido tremendo.

Lamentó no haber escuchado con más atención una serie de cosas que le habían dicho, frases que ahora resonaban en su interior como sus pies golpeaban el terreno en su carrera hacia el punto en que de manera inevitable lanzaría la pelota al robot de Krikkit, que irremediablemente la sacudiría con el bate.

Recordó las palabras de Hactar: «¿He fracasado? No me preocupa el fracaso.»

Recordó las últimas palabras del ordenador: «Lo hecho, hecho está, he llevado a cabo mi cometido.»

Recordó que Hactar dijo que había logrado hacer «algunas cosas».

Recordó el súbito movimiento de su bolsa, que le hizo sujetarla con fuerza cuando estaba en la Nube de Polvo.

Recordó que había viajado un par de días hacia atrás en el tiempo para volver al campo del Lord's.

También recordó que no era muy buen lanzador.

Notó que su brazo describía un círculo, apretando fuertemente la bola, y ahora tenía la certeza de que se trataba de la bomba Supernova que el propio Hactar había fabricado y traspasado a su bolsa, la bomba que llevaría el Universo a un final brusco y prematuro.

Esperó y rogó que no hubiese vida después de la muerte.

Luego comprendió que en eso había una contradicción y simplemente deseó que no hubiese vida futura.

Se sentiría molestísimo si se encontraba con alguien.

Esperó con todas sus fuerzas que su lanzamiento fuese tan malo como todos los que recordaba, porque eso parecía ser lo único que se interponía entre ese momento y el olvido universal.

Percibió el martilleo de sus piernas, sintió el círculo que describía su brazo, percibió que sus pies tropezaban contra la bolsa de líneas aéreas que estúpidamente había dejado en el suelo frente a él, notó que caía pesadamente hacia adelante, pero al tener la cabeza tan llena de otras cosas, se olvidó por completo de chocar contra el suelo y no lo tocó.

Sin soltar la pelota, que aún sujetaba firmemente en la mano derecha, se elevó por el aire gimoteando de sorpresa.

Giró y remolineó por el aire, dando vueltas sin sentido. Viró hacia el suelo, lanzándose frenéticamente y arrojando al mismo tiempo la bomba a una distancia donde no podía hacer daño.

Se precipitó contra el robot por detrás. Aún tenía alzado el bate de múltiples usos, pero se vio súbitamente desprovisto de algo a lo que golpear.

Con un repentino y enloquecido acceso de energía, Arthur arrancó el bate del sorprendido robot, ejecutó un deslumbrante giro en el aire, se apartó con un impulso poderoso y con ímpetu febril desprendió de los hombros la cabeza del robot.

—¿Vienes ya? —preguntó Ford.

EPÍLOGO

LA VIDA, EL UNIVERSO Y TODO LO DEMÁS

Y al fin volvieron a viajar.

Hubo un momento en que Arthur Dent no quiso hacerlo. Dijo que la Energía Bistromática le había revelado que el tiempo y la distancia eran una sola cosa, que el Universo y la mente eran lo mismo, que la percepción y la realidad eran idénticas, que cuanto más se viajaba más se quedaba uno en el mismo sitio, y que entre una cosa y otra prefería estarse quieto durante un tiempo para ordenar todo aquello en su mente, que ahora formaba parte del Universo, de manera que no tardaría mucho; luego se tomaría un buen descanso, haría unos ejercicios de vuelo y aprendería a cocinar, cosa que siempre había tenido intención de hacer. La lata de aceite de oliva griego constituía ahora su posesión más preciada, y afirmó que la manera inesperada en que había aparecido en su vida le había vuelto a conferir cierto sentido de la unidad de las cosas, cosa que le hacía sentir que...

Bostezó y se quedó dormido...

Por la mañana, mientras se disponían a llevarle a un planeta tranquilo e idílico donde no les importase que hablase de aquel modo, recibieron inopinadamente una llamada de socorro emitida por ordenador y se desviaron del rumbo para investigar.

Una pequeña nave espacial del tipo Mérida, indemne al parecer, parecía bailar una extraña jiga en el vacío. Una breve inspección realizada por ordenador reveló que la nave se encontraba en buenas condiciones; su ordenador funcionaba, pero el piloto estaba loco.

—Medio loco, medio loco insistió el piloto cuando le llevaron a bordo, delirando.

Era periodista y trabajaba en la Gaceta Sideral. Le dieron un sedante y enviaron a Marvin para que le hiciese compañía hasta que prometiera hablar con sentido común.

—Estaba informando de un juicio en Argabuthon —dijo al fin.

Incorporó la estrecha y agotada espalda; sus ojos miraban

frenéticamente. Sus cabellos blancos parecían saludar a alguien que estuviera en la habitación de al lado.

—Tranquilo, tranquilo ——dijo Ford.

Trillian le puso una mano en el hombro para calmarle.

El periodista volvió a tumbarse y miró al techo de la enfermería de la nave.

—El caso ya no tiene importancia —dijo—, pero había un testigo... un testigo..., un hombre llamado Prak. Una persona difícil y extraña. Al final se vieron obligados a administrarle un narcótico para que dijera la verdad, una droga de la verdad.

Sus ojos giraron desvalidamente en las órbitas.

—Le dieron demasiado —prosiguió en un leve murmullo—. Le dieron demasiado. —Empezó a llorar—. Creo que los robots empujaron el brazo del médico.

—¿Robots? —preguntó bruscamente Zaphod—. ¿Qué robots?

—Unos robots blancos —susurró el hombre con voz ronca irrumpieron en la sala del juicio y robaron el cetro del juez, el cetro de la justicia de Argabuthon, un objeto desagradable de Perspex. No sé por qué lo querían. —Se echó a llorar de nuevo—. Y creo que empujaron el brazo del médico...

Sacudió la cabeza de un lado a otro, sin fuerza, tristemente, con aire desvalido y los ojos retorcidos de pena.

—Y cuando prosiguió el juicio —añadió en un murmullo llorón, haciendo una pausa y estremeciéndose—, pidieron a Prak una cosa de lo más lamentable. Le pidieron que dijera la Verdad, Toda la Verdad y Nada más que la Verdad. Pero ¿no comprendéis?

De pronto volvió a incorporarse sobre el codo y empezó a gritar.

—¡Le habían dado demasiada droga!

Volvió a derrumbarse, quejándose en voz baja. Demasiada, demasiada, demasiada...

El grupo reunido en torno a su cama intercambió unas miradas. Tenían la espalda con carne de gallina.

—¿Qué pasó? —preguntó Zaphod al cabo.

—Pues claro que la dijo ——dijo el hombre con furia—. Por lo que yo sé, todavía sigue diciéndola. ¡Unas cosas horribles...; horribles!

Chilló de nuevo.

Trataron de calmarlo, pero volvió a incorporarse a duras penas.

—¡Cosas horribles, incomprensibles —gritó—, cosas que volverían loco a cualquiera!

Los miró con ojos de loco.

—O en mi caso, medio loco. Soy periodista.

—¿Quieres decir —preguntó Arthur en voz baja— que estás acostumbrado a enfrentarte con la verdad?

No —dijo el periodista con el ceño fruncido de perplejidad—. Me refiero a que presenté una excusa y me marché pronto.

Cayó en un estado de coma del que sólo se recobró una vez y brevemente.

En tal ocasión, descubrieron por él lo siguiente:

Cuando se hizo evidente lo que pasaba y que no se podía detener a Prak, viéndose la verdad en su forma absoluta y definitiva, se despejó la sala del tribunal.

No sólo se despejó, sino que se selló con Prak todavía dentro. A su alrededor se erigieron muros de acero y, sólo para estar seguros, se instalaron alambres de espino, cercas electrificadas, fosos de cocodrilos y tres ejércitos importantes, para que de ese modo nadie oyera hablar jamás a Prak.

—¡Qué lástima! ——dijo Arthur—. Me hubiera gustado escucharle. Es posible que supiera cuál es la Pregunta de la Respuesta Ultima. Siempre me ha molestado que nunca la hayamos encontrado.

—Piensa en un número —dijo el ordenador—. Cualquiera.

Arthur dijo al ordenador el número de teléfono de la oficina de información de la estación de King's Cross, porque si tenía alguna utilidad, podría ser ésa.

El ordenador introdujo el número en la ya reconstituida Energía de la Improbabilidad de la nave.

En Relatividad, la Materia dice al Espacio cómo curvarse, y el Espacio dice a la Materia cómo moverse.

El Corazón de Oro dijo al espacio que se contrajera, aterrizando suavemente en el interior del recinto de acero del Palacio de justicia de Argabuthon.

La sala del tribunal era un lugar sobrio, una sala amplia y oscura, sin duda hecha para la justicia y no, por ejemplo, para el Placer. Allí no podría celebrarse una cena; al menos, no con éxito. El decorado deprimiría a los invitados.

Los techos eran altos, abovedados y muy oscuros. Las sombras se movían furtivamente, con lúgubre determinación. El revestimiento de las paredes, de los bancos y de las pesadas columnas había salido de los árboles más oscuros y severos del aterrador Bosque de Arglebard. El negro y macizo Podio de la justicia que dominaba el centro de la sala era un monstruo de gravedad. Si un rayo de sol lograba alguna vez introducirse

hasta ese lugar del palacio de Justicia de Argabuthon, se habría dado la vuelta para escapar de inmediato.

Arthur y Trillian fueron los primeros en entrar, mientras Ford y Zaphod mantenían vigilancia en la retaguardia.

Al principio parecía completamente a oscuras y desierta. Sus pasos resonaban huecamente por la estancia. Era curioso. Todas las defensas seguían en su sitio y funcionaban en el perímetro exterior del edificio; habían hecho verificaciones superficiales. Por tanto, supusieron que la confesión de la verdad continuaba. Pero no había nada.

Luego, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguieron —un tenue resplandor rojo en un rincón, y tras él una sombra que se movía. Lo enfocaron con una linterna.

Prak estaba repantigado en un banco, fumando desganadamente un cigarrillo.

—Hola —dijo con un breve gesto.

Su voz resonó por la estancia. Era un hombrecillo de cabellos ásperos. Estaba sentado con los hombros echados hacia adelante; su cabeza y sus rodillas no paraban de moverse. Dio una calada al cigarrillo.

Lo miraban fijamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Trillian.

—Nada —contestó Prak, agitando los hombros.

Arthur enfocó la linterna directamente sobre el rostro de Prak.

—Creíamos —dijo— que estabas obligado a decir la Verdad, Toda la Verdad y Nada más que la Verdad.

—Ah, eso. Sí. Lo estaba. Ya he terminado. No da para tanto como la gente imagina. Aunque tiene cosas bastante curiosas.

Súbitamente estalló en carcajadas locas durante tres segundos y se detuvo. Permanecía allí sentado, moviendo la cabeza y las rodillas. Fumaba el cigarrillo con una sonrisita extraña.

Ford y Zaphod avanzaron de entre las sombras.

—Cuéntanoslo —dijo Ford.

—Ya no me acuerdo de nada —confesó Prak—. Pensé en anotar algunas cosas, pero primero no encontré un lápiz y luego me dije: ¿para qué molestarme?

Hubo un largo silencio durante el que recibieron la impresión de que el Universo había envejecido un poco. Prak miraba directamente a la luz de la linterna.

—¿Nada? —preguntó Arthur al fin—. ¿No te acuerdas de nada?

—No. Salvo que lo más agradable era acerca de las ranas; eso sí lo recuerdo.

De pronto empezó a retorcerse otra vez de risa, golpeando los pies en el suelo.

—No creeríais algunas de las cosas de las ranas —jadeó—.Venga, salgamos a buscar una rana. ¡Qué distintas las veo ahora, chico!

Se puso en pie de un salto y ejecutó una danza breve. Luego se detuvo y dio una calada larga al cigarrillo.

—Vamos a buscar una rana que me haga reír. De todos modos, ¿quiénes sois vosotros?

—Hemos venido a buscarte —dijo Trillian, que no quiso borrar la decepción en su voz—. Me llamo Trillian.

Prak agitó la cabeza.

—Ford Prefect —dijo éste, encogiéndose de hombros.

Prak sacudió la cabeza.

—Y yo —anunció Zaphod cuando consideró que el silencio volvía a ser lo bastante profundo para lanzar a la ligera una noticia tan seria— soy Zaphod Beeblebrox.

Prak meneó la cabeza.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Prak, moviendo el hombro hacia Arthur, que permanecía silencioso, perdido en sus decepcionados pensamientos.

—¿Yo? —dijo Arthur—. Pues me llamo Arthur Dent.

A Prak casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿En serio? —aulló—. ¿Tú eres Arthur Dent? ¿El mismo Arthur Dent?

Retrocedió tambaleándose, sujetándose el estómago con ambas manos, retorciéndose en otro paroxismo de risa.

—¡Eh, sólo imaginar que te conocería! —jadeó, y prosiguió gritando —: ¡Chico, eres el más..., vaya, si haces que las ranas se pongan de pie!

Aulló y chilló de risa. Se desplomó hacia atrás sobre el banco. Gritó y vociferó, histérico. Lloró de risa, pataleó en el aire, se golpeó el pecho. Poco a poco se calmó, jadeando. Los miró. Se fijó en Arthur. Volvió a derrumbarse, aullando de risa. Por fin se quedó dormido.

Arthur se quedó allí con la boca torcida mientras los demás llevaban a la nave a Prak, en estado comatoso.

—Antes de que recogiéramos a Prak —manifestó Arthur—, me iba a marchar. Todavía quiero hacerlo, y creo que sería preferible hacerlo lo antes posible.

Los otros asintieron en silencio. La quietud sólo se veía levemente rota por los lejanos y muy amortiguados ecos de la risa histérica procedente de la cabina de Prak, al otro extremo de la nave.

—Le hemos interrogado —prosiguió Arthur—; o al menos, le habéis interrogado, pues ya sabéis que yo no puedo acercarme a él, sobre todas las cosas, y no parece tener prácticamente nada con que colaborar. Sólo cosas insignificantes de cuando en cuando y eso acerca de las ranas que no deseo escuchar.

Los otros trataron de no sonreír.

—Bueno, yo soy el primero en apreciar un chiste —dijo Arthur y entonces tuvo que esperar a que los demás dejaran de reírse—. Soy el primero... —volvió a detenerse.

Esta vez se detuvo y escuchó el silencio. Había silencio de verdad, y se había producido de repente.

Prak había callado. Durante días habían vivido con una continua risa loca que resonaba por toda la nave, con sólo unos períodos breves de risitas suaves y de sueño. El ánimo de Arthur estaba lleno de paranoia.

Aquél no era el silencio del sueño. Sonó un timbre. Una mirada al tablero les informó de que Prak lo había hecho sonar.

—No se encuentra bien —dijo Trillian, con calma—. La constante risa le está destrozando el cuerpo por completo.

Arthur torció los labios, pero no dijo nada.

—Será mejor que vayamos a verle —dijo Trillian.

Trillian salió de la cabina con cara seria.

—Quiere que pases —dijo a Arthur, que tenía una expresión sombría y taciturna.

Metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de la bata e intentó pensar en decir algo que no fuese mezquino. Parecía sumamente desleal, pero no pudo.

—Por favor —insistió Trillian.

Se encogió de hombros y entró, sin alterar la expresión sombría y taciturna a pesar de la reacción que siempre provocaba en Prak.

Miró a su atormentador, que yacía tranquilo en la cama, pálido y agotado. Su respiración era muy poco profunda. Ford y Zaphod estaban de pie junto a la cama con expresión afectada.

—Querías preguntarme algo —dijo Prak con voz tenue y tosiendo ligeramente.

Sólo la tos hizo que Arthur se pusiera rígido, pero pasó pronto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque es verdad —dijo sencillamente Prak, encogiendo los hombros.

Arthur comprendió.

—Sí —dijo al fin, arrastrando las palabras con esfuerzo—. Tenía una

pregunta. Mejor dicho, lo que realmente tenía era una Respuesta. Quería saber cuál era la Pregunta.

Prak asintió con aire comprensivo y Arthur se tranquilizó un poco.

—Es..., bueno, es una larga historia —dijo—, pero la pregunta que me gustaría conocer es la Pregunta Ultima de la Vida, del Universo y de Todo lo Demás. Lo único que sabemos es que la Respuesta es Cuarenta y Dos, lo que resulta un poco exasperante.

Prak volvió a asentir con la cabeza.

—Cuarenta y dos —dijo—. Sí, eso es.

Hizo una pausa. Pensamientos y recuerdos cruzaron por su rostro como sombras de nubes por la tierra.

—Me temo —dijo al cabo— que la Pregunta y la Respuesta se excluyen mutuamente. El conocimiento de una impide lógicamente la aprehensión de la otra. Es imposible que puedan conocerse ambas en el mismo Universo.

Hizo otra pausa. La decepción asomó al rostro de Arthur, acomodándose en su lugar acostumbrado.

—A menos que, si eso ocurriera —dijo Prak, tratando de ordenar una idea—, la Pregunta y la Respuesta se anularan mutuamente llevándose consigo al Universo, en cuyo caso quedaría sustituido por algo aún más extraño e inexplicable —y añadió con una débil sonrisa—: Pero hay en ello cierta cantidad de Incertidumbre.

Esbozó una sonrisita.

Arthur se sentó en un taburete.

—Pues vaya —dijo con resignación—, esperaba que hubiese alguna razón.

—¿Conoces la historia de la Razón? —preguntó Prak.

Arthur dijo que no, y Prak afirmó que sabía que no la conocía.

Se la contó.

Dijo que una noche apareció una nave en el cielo de un planeta por el que nunca se había visto ninguna. El planeta se llamaba Dalforsas; la nave era en la que estaban. Surgió como una estrella nueva y brillante que se movía silenciosa por el firmamento.

Tribus primitivas que se sentaban acurrucadas en las Laderas del Frío levantaron la vista de sus humeantes copas nocturnas y señalaron con dedos temblorosos, jurando que habían visto una señal, un signo de sus dioses que les indicaba que debían levantarse al fin y matar a la maligna Princesa de las Llanuras.

En las altas torres de sus palacios, la Princesa de las Llanuras alzó la vista y vio la estrella brillante, que sin lugar a dudas interpretó como una

señal de los dioses para atacar a las malditas tribus de las Laderas del Frío.

Y entre ambos, los Habitantes del Bosque miraron al cielo y vieron la señal de la nueva estrella; sintieron miedo y recelo, pues aunque nunca habían visto antes nada parecido, sabían exactamente lo que presagiaba, e inclinaron la cabeza con desesperación.

Sabían que cuando llegaran las lluvias, habría una señal.

Cuando las lluvias terminaran, habría una señal.

Cuando el viento se levantara, habría una señal.

Cuando el viento cesara, habría una señal.

Cuando en aquella tierra naciera una cabra con tres cabezas a media noche de un día de luna llena, habría una señal.

Cuando a alguna hora de la tarde naciera en aquella tierra un gato o un cerdo enteramente normales sin ninguna complicación en el parto, o incluso un niño con nariz respingona, eso también se tomaría a menudo como una señal.

De modo que no cabía duda alguna de que una estrella nueva en el cielo era una señal de un tipo particularmente espectacular. Y cada nueva señal significaba lo mismo: que la Princesa de las Llanuras y las Tribus de las Laderas del Frío estaban a punto de armar otro alboroto.

Eso no sería tan malo si la Princesa de las Llanuras y las Tribus de las Laderas del Frío no decidieran siempre armar jaleo en el Bosque, y si en los enfrentamientos no llevaran siempre la peor parte los Habitantes del Bosque, aunque por lo que les concernía nunca habían tenido nada que ver en ello.

Y a veces, después de algunos de los peores atropellos, los Habitantes del Bosque enviaban un mensajero al jefe de la Princesa de las Llanuras o al de las Tribus de las Laderas del Frío exigiendo saber la razón de aquella conducta intolerable.

Y el jefe, cualquiera que fuese, llevaba al mensajero aparte y le explicaba la razón despacio, cuidadosamente, prestando gran atención a todos los detalles.

Y lo terrible residía en que era una razón muy buena. Muy clara, muy sensata y firme. El mensajero bajaba la cabeza sintiéndose triste y estúpido por no haber comprendido la complejidad y dureza del mundo real y las dificultades y paradojas que había que aceptar si se vivía en él.

—¿Comprendes ahora? —decía el jefe.

El mensajero asentía en silencio.

—¿Y entiendes que estas batallas debían librarse?

Otra seña muda.

—¿Y por qué debían llevarse a cabo en el Bosque, y por qué son en

beneficio de todos, incluso de los Habitantes del Bosque?

—Pues...

—A la larga.

—Pues, sí.

El mensajero comprendía la razón y volvía al Bosque con su gente. Pero al acercarse a ellos, al caminar por el Bosque, entre los árboles, descubría que lo único que recordaba de la Razón era lo tremendamente claro que le había parecido la argumentación. No recordaba en absoluto de qué trataba.

Lo que, por supuesto, constituía un gran alivio cuando las Tribus y la Princesa entraban en el Bosque a sangre y fuego, matando a todos los Habitantes del Bosque que se presentaban a su paso.

Prak hizo una pausa en la historia y tosió lastimosamente.

—Yo fui el mensajero —anunció— a raíz de las batallas provocadas por la aparición de vuestra nave, que fueron particularmente feroces. Murieron muchos de los nuestros. Creí que podía llevarles la Razón. Fui ante el jefe de la Princesa, que me la dijo, pero a la vuelta se me escapó de la mente fundiéndose como nieve al sol. Eso fue hace muchos años, y desde entonces han pasado muchas cosas.

Miró a Arthur y volvió a sonreír con mucha dulzura.

—Hay otra cosa que recuerdo por la droga de la verdad. Aparte de las ranas; es el último mensaje de Dios a la creación. ¿Te gustaría saberlo?

Por un momento no supieron si tomarle en serio.

—Es verdad —afirmó—. Auténtico. Lo digo en serio.

Su pecho se hinchaba débilmente, pugnando por respirar. Su cabeza oscilaba despacio.

—Cuando me enteré de lo que era no quedé muy impresionado, pero al recordar ahora la impresión que me produjo la Razón de la Princesa y cómo lo olvidé por completo poco después, creo que será mucho más útil. ¿Os gustaría saber de qué se trata? ¿Os gustaría?

Asintieron en silencio.

—Lo sabía. Si tenéis tanto interés, os sugiero que vayáis a buscarlo. Está escrito en letras de fuego de diez metros de alto en la cima de las Montañas de Quentulus Quazgar, en la tierra de Sevorbeupstry, en el planeta Preliumtarn, el tercero a partir del sol Zarss en el Sector Galáctico QQ7 Activo J Gamma. Está guardado por el Lajestic Vantrashell de Lob.

Tras ese anuncio hubo un largo silencio que Arthur rompió al cabo.

—Disculpa, ¿dónde está? —preguntó.

—Está escrito —repitió Prak— en letras de fuego de diez metros de altura en la cima de las Montañas de Quentulus Quazgar, en la tierra de

Sevorbeupstry, en el planeta Prehumtarn, el tercero...

—Perdona —dijo Arthur otra vez—, ¿qué montañas?

—En las Montañas de Quentulus Quazgar, en la tierra de Sevorbeupstry, en el planeta...

—¿En qué tierra? No me he enterado.

—En Sevorbeupstry, en el planeta...

—¿Sevorve qué?

—¡Oh, por amor de Dios! —exclamó Prak, muriendo irritado.

En los días siguientes Arthur pensó un poco en aquel mensaje, pero al final decidió no dejarse arrastrar por él e insistió en seguir su primitivo plan de buscar un mundo agradable en alguna parte para establecerse y llevar una vida retirada. Tras haber salvado el Universo dos veces en un solo día, pensaba que en adelante podía tomarse las cosas con un poco más de calma.

Le dejaron en el planeta Krikkit, que volvía a ser una vez más un mundo bucólico e idílico, aunque las canciones le ponían nervioso a veces.

Pasaba mucho tiempo volando.

Aprendió a comunicarse con los pájaros y descubrió que su conversación era fantásticamente aburrida. Versaba exclusivamente sobre la velocidad del viento, la amplitud de las alas, las relaciones entre fuerza y peso, y bastante sobre bayas. Lamentablemente, descubrió que una vez aprendido el lenguaje de los pájaros, uno comprende en seguida que el aire está repleto de él en todo momento: nada más que un soso parloteo pajaril. No hay manera de ignorarlo.

Por esa razón abandonó Arthur el deporte y aprendió a amar la tierra y a vivir de ella, pese a que allí también oía el soso parloteo.

Un día paseaba por los campos tarareando una melodía apasionante que había oído últimamente, cuando una nave plateada descendió del cielo y aterrizó delante de él.

Se abrió una escotilla, se extendió una rampa y salió un ser extraño, alto, de color gris verdoso, que se le acercó.

—Arthur Phili... —dijo.

Le lanzó una mirada penetrante y luego consultó una tablilla de notas. Frunció el ceño. Volvió a mirarle.

—A ti ya te he pasado lista, ¿verdad? —preguntó.

---

[1] Esta palabra suena lo mismo que «wicket», que significa «meta» en el juego del criquet. A su vez, «Krikkit» tiene casi la misma realización fonética que «cricket». (N. del T.).